



FRANCISCO UMBRAI

DÍAS FELICES EN ARGÜELLES
MEMORIAS

«Quisiera uno seguir refugiándose todos los días en estas páginas, que son al mismo tiempo una inmersión en el agua bautismal de la literatura y una huida hacia tiempos más felices o que ahora nos parecen tales, porque conservan un resol de juventud que se irá empalideciendo. Ahora comprendo que escribir unas memorias, aunque ligeras como éstas, es más metafísico y corazonal de lo que uno pensaba. Me cuesta dejar este libro porque me ha hecho mucha compañía durante los meses de su escritura. Y no porque haya pensado mucho en él, que no ha sido así, sino porque de pronto abrí un espacio inédito en mi vida, una cancha libre y aireada para correr en todas direcciones y contarle todo de cualquier manera.»



Francisco Umbral

Días felices en Argüelles

Memorias

ePub r1.0

Achab1951 03.06.13

más libros en epubgratis.org

Título original: *Días felices en Argüelles. Memorias*
Francisco Umbral, 2005
Retoque: Achab1951
Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

Madrid es moro.
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Prólogo

Escribo este prólogo después de terminadas mis memorias que yo llamaría periodísticas. Y digo periodísticas porque, aparte de que casi toda mi obra sea memorial, aquí he procurado hacer las memorias de los demás. Después de *Trilogía de Madrid* no me había planteado otras memorias en serio. *La Trilogía* son unas memorias literarias, y esto son unas memorias como más periodísticas, donde hablo de la gente más que de esa gente que soy yo. O sea una mala gente.

En realidad, toda mi obra es memorialística, como ha visto el escritor José Antonio Marina. Incluso cuando hago la biografía de un clásico estoy retratándome parcialmente en el clásico. Esto no es monomanía ni pecado peligroso puesto que no podemos escapar del yo y la escritura no es más que una forma de lectura de nosotros mismos. A partir de esta idea no debe extrañar que uno sienta a veces la necesidad de hacer las memorias que lo son plenamente, o bien, como en este caso, las memorias de la gente que uno ha tratado, visto, admirado, plagiado y asimilado.

Buena parte de esa gente pasa por estas memorias, aunque no estuviera nunca en mi ático de Argüelles. En cambio hay otros que subieron mucho a verme y no salen aquí. Lo más valioso que tenía en el ático era el violín de Natanael, uno de sus violines, pero como a mí la música no me dice nada, un día lo llevé al Rastro y lo vendí.

Si Natanael vuelve por aquí, que no lo creo, le diré la verdad, porque cualquier mentira va a adivinármela y nadie vende el violín o el piano de la mujer que ama. Es saludable y renovador escribir de la gente, ocuparse de los antiguos y de los modernos, contar una época, unos viajes, unos peligros.

Este libro, para mí, es refrescante, pues me libera de esa atmósfera cerrada que soy yo mismo. He disfrutado bastante escribiéndolo y hubiera podido continuar, pero los días felices en Argüelles y en todo Madrid se han ido disipando a medida que he dejado de ser madrileño, y no por lo que opinen mis biógrafas.

Hay muchas maneras de hacer un libro de memorias, pero la más saludable es ésta. La vida se resume en salir a por el periódico, bajarse paseando todo Argüelles y el Parque del Oeste.

No ha querido uno profundizar en casi nada para que las cosas no pierdan su perfume antiguo y bravío. En puridad, no ha querido uno casi nada, sino soltar la pluma para que trisque alegremente libre, que es como soltar la cabra y verla correr y ramonear por los árboles con su cabeza de divinidad griega y corrompida, pero hermosísima.

Así hubiera preferido yo mi prosa: cabra loca.

1. Oficio de escribir

El Ateneo de Valladolid era un caserón romántico y como bombardeado por las guerras literarias del siglo anterior. Allí había vivido don José Zorrilla, de quien yo realmente no sabía nada ni lo he sabido nunca, pues era un poeta y dramaturgo que jamás me interesó y al que los vallisoletanos no hacíamos mucho caso. Si en aquella casa hubiera vivido por ejemplo Larra, un Larra hipotético y vallisoletano, yo me habría sentido en la intimidad hogareña de la literatura, del Romanticismo y del personaje. El caserón estaba bien amueblado, mal conservado y organizado con un criterio más teatral que literario, como si todo fuera falso cuando todo era verdadero, pero el saber esto a mí no me emocionó nada. Mi relación con el Romanticismo es posterior, tardía y viene de Francia. Yo descubriría a Baudelaire, privilegiado de este libro, a través de Jean Paul Sartre. Cuando, muchos años más tarde, publiqué en Madrid mi libro de Larra, un crítico jovencito, inexperto y de mala leche escribió: «Es la mejor traducción del Baudelaire de Sartre.»

Pero el Romanticismo como tal no me interesó nunca y de esta enemistad tiene la culpa don José Zorrilla. Los odios y amores de juventud ya se sabe que nos marcan para toda la vida. Me interesa mucho el Romanticismo crítico y desolado de Larra, pero no soporto el Romanticismo festivalero, cementerial y facilón de Zorrilla. Ya digo que la casa era interesante por dentro, de un Romanticismo carcomido por esos bichos que se comen el terciopelo rojo del tiempo como en una borrachera permanente, igual que las erratas se comen el texto de aquellos poetas. La casa, repito, servía para albergar el Ateneo de Valladolid, que era como una miniatura del Ateneo de Madrid que yo conocería luego, pero estaba situada en un barrio solitario de la ciudad, entre conventos y colegios de frailes, entre calles afiladas donde aullaba un viento gris y permanente que era la característica del Norte de la ciudad. Así no había manera, a aquel Ateneo no iba nadie o íbamos sólo cuatro jóvenes reviejos y cuatro señoritas resabiadas que previamente habían abandonado el negro piano familiar como se abandona el ataúd del amante muerto.

En nuestras raleadas sesiones —raleadas en el tiempo y en la concurrencia— nos reuníamos para leernos poesías unos a otros y aplaudíamos como ferviente público entusiasta y ausente. Había el joven aseado de rizos rubios, la poetisa exaltada y protagonista, el visitante meditabundo dentro de su aire romántico y algún raro prosista como yo que siempre fui mirado como se miraba a un comunista o algo así. El declararse prosista en aquel limbo de la poesía era una audacia y una blasfemia. Todos los contertulios se alimentaban de poesía lírica y convivían con José Zorrilla como se convive con el abuelo glorioso y eterno que estuvo en la guerra de Cuba. Mis botas colegiales y mis prosas nunca oídas me distanciaban progresivamente del corazón carcomido de aquel Ateneo, y así es como dejé de ir.

Aparte los poetas del Ateneo había unos cuantos terratenientes, opositores y gente culta que se reunían los domingos por la mañana en la Casa de Cervantes, se agredían con sus implacables poemas y luego se iban todos a tomar unas cervezas al bar del Casino, galanteando mucho a las poetisas, que eran más o menos las mismas del Ateneo porque las poetisas, por entonces, años 40, no abundaban en una capital de provincia.

Aquellas reuniones dominicales de la Casa de Cervantes acabaron cruelmente con el sombrío prestigio del Ateneo, adonde yo creo que no ha vuelto nadie. Mi huida definitiva fue después de alguna broma colectiva sobre mis botas escolares. Lo de la Casa de Cervantes duró más y hasta acudía a leer sus versos un pariente lejano de Jorge Guillén, que era el que a mí me gustaba y el que leía en la Biblioteca Municipal inducido por mi madre. Pero el único escritor profesional y reconocido en Madrid que teníamos en la provincia era Miguel Delibes desde su Premio Nadal. Pero Miguel no acudió jamás a estos saraos antañones e inútiles. Yo le conocí pocos años más tarde

en la redacción de *El Norte de Castilla*. Miguel me consagró literariamente cuando una tarde me diera veinte duros por un artículo.

Miguel Delibes, con precisión y optimismo, como hacía él las cosas, fue introduciendo mis artículos en periódicos y radios de provincias. Miguel estaba contento con el descubrimiento de un escritor nuevo que se llamaba Francisco Umbral. Él fue mi primer público y mi primer promotor. Tuvimos unos años de trabajar juntos. Yo atendía y entendía bien sus encargos y él comprendió en seguida lo que se podía esperar de mí y lo que no se podía esperar. Las mejores amistades nacen a la sombra de un trabajo compartido.

En todo caso, yo seguía teniendo la fijación de Madrid, que Delibes no acababa de comprender, puesto que él había triunfado a nivel nacional sin moverse de su pueblo, sólo con unas cuantas novelas. Claro que Miguel había acertado con el punto narrativo exacto, el que podía esperar el público. Ni el realismo alborotado de Cela (que luego sería uno de mis maestros en Madrid) ni el experimentalismo inicial de los jóvenes, del que Miguel se burlaba incluso en una novela/parodia que hizo sobre el tema. Lo que yo no podía o no quería decirle a Delibes es que él tenía un status en la ciudad que yo no tenía en absoluto. Yo, a poco que pensase en el futuro, necesitaba un amplio paisaje laboral y un dinero fluyente que sólo podía venir del periodismo. Estas cosas es mejor no contarlas sino atenerse a ellas y Dios dirá.

En cuanto a nuestras diferencias en el oficio, se lo dije una vez, refiriéndome a *El Norte de Castilla*:

—Este periódico necesita unos blancos, un periódico moderno se expresa también por los blancos. *El Norte* no tiene blancos.

Y echaba yo a volar las hojas del periódico para que viera él lo que le decía. Pero Miguel no cedía posiciones en su entendimiento clásico de lo que era un periódico. La misma disciplina había seguido en la novela y parece que no le iba mal. El gran público es clasicón por naturaleza.

Mi jefe y amigo nunca metió blancos en *El Norte* y poco después yo me vine a Madrid, a principios de los 60, manteniendo, entre otras, la colaboración de *El Norte de Castilla*. O sea que yo vivía ya en Madrid pero no vivía de Madrid. Y eso tampoco me gustaba, pues dejaba incompleta mi conquista de la ciudad.

Con los años he ido comprendiendo que Miguel tenía tanta razón como yo y lo que pasa es que cada hombre tiene su papel en la vida y no hay por qué confundir los papeles.

Nos escribíamos mucho y Delibes llegó a decir en algún sitio: «Desde que tenía novia no recuerdo haber escrito tantas cartas como le escribo a Paco.» Aquel Miguel todavía juvenil era un hombre más práctico que intelectual, más sincero que inventor, más verdadero que literario. No le gustaba nada Cela y nunca comprendió bien mi amistad con él. Miguel podía haberse paseado por la ciudad como su príncipe literario, pero jamás lo hizo. Cuando había una fiesta se iba al campo con su escopeta, heredando las costumbres de su padre, a la caza de la perdiz roja. Sobre la perdiz roja escribió un libro delicioso de historias campesinas donde probaba que casi todos los escritores estamos más dotados para el recorrido corto; la novela gorda es una exigencia del editor, que la comercializa más y mejor. Ya en Madrid Cela me decía una vez: «Comprendo la caza mayor, que tiene su peligro y su grandeza, pero el espectáculo de un tío grandullón persiguiendo una pobre perdiz me parece lamentable.» Nunca le conté a Miguel este acierto objetivo de Camilo José.

2. Días felices en Argüelles

Mi primer barrio de Madrid fue el barrio de Salamanca, en una pensión demasiado cara para mí. Pagaba 75 pesetas mensuales con comida y cena incluida. Hablo de barrios porque Madrid ya era una ciudad muy grande y la vida madrileña había que distribuirla en barrios para no perderse. Lo que más me gustó de la ciudad fueron los tranvías, que le daban a Madrid un tono europeo y al mismo tiempo un casticismo superviviente, alegre y amarillo. Dice José Pla que el amarillo es el color de los locos. Seguramente esto se le ocurrió en Madrid viendo aquellos tranvías viejos y locos que se volcaban por las calles en cuesta. Me hubiera gustado hacer una novela que ocurriese toda ella en los tranvías, pero esto lo veía mejor para una película y yo no pensaba hacer películas, ni siquiera cuando me lo propuso Luis Berlanga.

Como la pensión se llevaba todas mis colaboraciones y además aquello era un barrio caro, aunque con chicas muy guapas, tuve que cambiarme a Argüelles, barrio estudiantil, universitario, Barrio Latino de Madrid. Vivía en un alto apartamento unipersonal. Mirando hacia el Sur veía la Torre de Madrid, recién acabada, y en la que ya vivía Luis Buñuel, recién vuelto de su exilio en Méjico. Decían que en aquel rascacielos Buñuel estaba escribiendo el guión de su película *Tristana*. Me gustaba ingenuamente eso de tener cerca a los grandes del oficio, empezaba a sentirme asentado en Madrid. Mirando para el Norte veía la Universitaria y la carretera de La Coruña, por donde yo había llegado a la ciudad, en un coche de línea, en esa hora mágica en que la ciudad flota sobre sí misma y todo su realismo galdosiano se trocaba en sueño.

Natanael tocaba el violín desnuda y cuando llegaba yo se ponía una bata o una camiseta. En el estuche de su violín llevaba una pequeña metrallera con la que su novio mataba a los grises de Franco cuando tomaban a caballo la Universitaria. A Natanael la conocí en el Ateneo de Madrid, aquel Ateneo grande, deshabitado de hombres importantes, que olía a café, a barbería y a urinarios. El rincón más acogedor y vivo del Ateneo era el Aula Pequeña de José Hierro, poeta que yo veneraba. En el Aula Pequeña había lecturas semanales de verso y prosa que dirigía Hierro. Allí tuvo lugar mi debut en Madrid con una lectura de cuentos a un público menos que escaso, entre el que había, no sé por qué, varias mujeres de medias negras. Por entonces, años 50 y 60, las medias negras eran el uniforme de las izquierdistas, las rojas y las feministas. Pepe me pagó quinientas pesetas por mi lectura. Las caderas de Natanael y la construcción del pubis recordaban un ancla de barco.

En aquella desolada lectura hice dos amistades, José Gerardo Manrique de Lara, que a pesar de la magnitud de sus apellidos no era poeta importante, y Manuel Álvarez Ortega, que quizá todavía vive cuando escribo esto, aunque va por los cien años o así. Álvarez Ortega ha sido el perpetuo traductor de la poesía francesa, de Baudelaire al surrealismo. Su labor es muy meritoria pero, inevitablemente, cuando él escribe poesía propia, le resuenan en cada verso sus queridos poetas franceses. Me dejó las galeradas de un libro suyo para que se las corrigiese, lo que hice encantado. Fue una noche entera leyendo la mejor poesía francesa de dos siglos.

El Ateneo de aquellos años había visto pasar, gentil de melenita corta, a Carmen Laforet, que le ganó el Premio Nadal a César González Ruano y se lo ganó para nada porque ella se retiraría en seguida. Las piernas de Natanael eran grandiosas subiendo las escaleras del Ateneo, aquella alfombra que iba perdiendo su cualidad de roja y ya podía ser cualquier cosa. El Opus Dei, que en parte regía el Ateneo, había conseguido llenarlo de estudiantes, de opositores, de poetas de provincias y de viejos que iban a leer a la gran biblioteca.

José Hierro iba y venía, entraba y salía y era el único que parecía hacer algo de provecho en aquel caserón. Los personajes literarios del Ateneo eran como de clase media, Rafael Morales, Ramón de Garcíasol, Luis Ponce de León, José García Nieto,

un tal Melero de Valladolid y gente así. Ponce de León era un falangista entre Juan Aparicio y Mussolini. Actuaba siempre con despliegue, amplitud y espectacularidad, como buen fascista, haciendo que cualquier cosa resultase más importante cuando la orquestaba él. Una tarde mandó hacer un gran círculo de sillas donde nos sentó a los jóvenes y mandó que nos identificásemos. Después de cada identificación Luis decía: «A ti te leo mucho y lo haces ya muy bien», o guardaba silencio, un silencio temible y significativo. A mí me dijo: «De modo que tú eres Umbral. Tú lo haces muy bien. Lo tuyo me gusta mucho. Estás contratado. Tenemos que hablar.» Así entré en *La Estafeta Literaria*, donde escribía mucho y cobraba decentemente. No se notaba en nada que aquella gente fuese la Falange. Ponce de León dirigía su revista sentado en el despacho, con una botella de whisky delante y una bolsa de hielo en la cabeza para evitar el derrame. Acogía muy bien mis artículos, pero siempre me sometía a un diálogo de guerra.

—Si tú no fueses tan decadente y tan gilipollas habrías escrito ya un artículo reclamando Gibraltar para España.

—Hombre, estando ahí la base americana de La Rota...

—¿Y tú, aparte de escribir muy bien, qué coños eres? Comprendí que la pregunta era política hasta el fondo. Un rejonazo.

—Hombre, yo creo que a mi edad y en esta época sólo se puede ser socialista.

—Socialista, nacional socialista, que es lo que soy yo. O sea, estamos en lo mismo, somos iguales.

A mí me parecía que no era lo mismo, pero no dije nada. En aquella redacción, entre otros, estaba José Antonio Novais, falangista y corresponsal de *Le Monde* en Madrid. Novais, también con su bolsa de hielo en la cabeza, tenía misteriosa autoridad en España, pues de pronto te sacaba en *Le Monde* y toda Europa se enteraba de que eras un fascista y además un poco chorizo. La verdad es que en aquellos años España era el circo de Europa y todo el mundo se divertía con aquel paisito que había sobrevivido con un general a la derrota universal del fascismo. A quien más recordaba Natanael era a Françoise Hardy, la cantante francesa que estaba de moda por aquellos años. Pero a Natanael no le gustaba que le recordasen el parecido. La verdad es que toda ella tenía un aura afrancesada y al Ateneo sólo iba a los conciertos, dejando un rastro de modernidad en aquella casa que a mí alguna vez me recordaba el pequeño Ateneo de la provincia. Evidentemente, a Natanael no le preocupaba nada el tema de Gibraltar.

A los grandes del momento los fui conociendo en los cafés de Madrid. Antonio Buero Vallejo llegaba todas las tardes a las cuatro en punto a tomar su café y fumar su pipa. El poeta maldito del café le saludaba escondiendo la cabeza: «Aquí llega don Antonio Buero Vallejo que en paz descansa.» Buero era un hombre alto, delgado y triste, con estructura de presidiario, que es lo que había sido, y cara amarilla de condenado a muerte. Yo conversé bastante con él hasta que dejamos de hablarnos porque no le gustaban las críticas teatrales que yo publicaba sobre sus estrenos. Más que un dialogante, Buero era un monologante que se enrollaba interminablemente con los temas de su gusto, generalmente la Guerra Civil, el teatro de Ibsen y cosas así.

Durante su estancia en la cárcel su compañero de celda le envidiaba la pipa y el tabaco de pipa, con su olor confortable. Buero le prometió que si le llamaban a él primero le dejaba en herencia la pipa y la bolsita de tabaco. Un día vinieron a llevarse a Buero y el compañero de celda se apropió gozoso de los enseres de fumar. Cuando estaba disfrutando su primera pipa, Buero volvió sonriente:

—No eran más que unas preguntas de trámite. Lo de la muerte parece que va para largo, de modo que devuélveme el tabaco y la pipa.

Y el otro tuvo que sacrificarse. Esta anécdota pudiera servir como símbolo del destino de Buero Vallejo, que se pasó la vida asustándonos con sus condenas y censuras,

pero siempre volvía a reaparecer en el escenario con su nuevo estreno. Era un poco resentido y con razón. Un día me dijo, paseando por la Casa de Campo: «A mí, por ejemplo, Marsillach nunca me ha pedido una obra.» «Marsillach no es lo tuyo. Marsillach va de moderno, como buen catalán, y no le interesa el realismo madrileño.» El realismo madrileño de Buero era *Historia de una escalera*, su primera obra triunfal, la que le había salvado de tantas cosas y le había otorgado otras. Desde entonces era el rojo oficial de la dictadura. No se le hacían muchas concesiones, pero nadie se atrevió nunca a prohibir una obra de Buero, salvo *Marat/Sade*, que la prohibió la señora de Carrero Blanco. Pero no era una obra española.

Buero tenía esa habilidad especialísima que se requiere para montar una comedia, y donde fallaba a veces era en el diálogo, pues su prosa le salía un poco pobre y nada creativa. Si había que sacar un cojo en escena el cojo, inevitablemente, se llamaba Patachula. Buero jugaba al dominó con Vizcaíno Casas en los domingos de la sierra, pero una vez les hicieron unas fotos juntos y Buero se las exigió a Vizcaíno «porque yo no puedo salir en una fotografía con un fascista».

Hubo una temporada en que frecuenté su casa y tuvimos largas conversaciones:

—Tú eres un muchacho que sabe muchas cosas pero ahora estás equivocado.

Los contertulios soportaban mal los largos y lentos monólogos de Buero, pero se equivocaban porque Buero a veces decía cosas interesantes y otras dignas de recogerse:

—Ahí tienes a Garcíasol, Umbral, que somos del mismo pueblo y soporta muy bien mi triunfo mientras él sigue siendo un poeta ignorado.

Al *Concierto de San Ovidio* le había puesto la música un ciego a petición de Buero. La obra triunfó en Italia y el ciego se presentó en el café para pedir sus derechos, pero los italianos habían impuesto un músico propio. «Tú no eres un amigo ni eres comunista ni eres digno ni eres nada», le dijo el ciego, que se quedaba sin cobrar y le hacía mucha falta. Ésta era la paradoja de la vida de Buero. Escribió demasiado y sus últimas obras estaban ya fuera de época. El realismo madrileño había muerto. En cualquier caso, Buero cubrió casi cuarenta años de teatro español, con condenas a muerte pero bien aferrado a su pipa y su tabaco.

Nuestras diferencias eran estéticas más que otra cosa y él me lo decía: «Conozco tu sistema, Umbral. Mihura, el conservador revolucionario y Buero, el revolucionario conservador.»

A Fernando Fernán-Gómez le preguntaba Perico Beltrán: «¿Y a ti cada vez que abrazas a Lola Cardona en escena se te pone dura?» «Siempre. Me pasa siempre. Tarde y noche.» Fernando presidió durante muchos años una tertulia de actores en el café' Cuando se hizo realmente famoso dejó de ir por allí. Pasa siempre y les pasaba a todos. Fernando era el único actor español metido en literaturas, es decir que había leído a los clásicos. Aquí, los clásicos no pasaban de Don Juan Tenorio. Luego, el cine ha traído unas generaciones de actores intelectuales y políticos que a veces hasta ganan el Oscar. Fernando me llevó una vez a la tele para un programa sobre la elegancia. Quiñones dijo: «A mí me parece que eso que llamáis la elegancia de Umbral consiste solamente en que él se mueve siempre muy despacio.» «Prueba tú a moverte despacio por delante de la cámara.» Quiñones se dio un paseo televisivo y el resultado fue cómico. A Quiñones le sobraba un poco de culo y un poco de todas partes. Acudía yo todos los años a las fiestas de Fernando en su casa de la Castellana o en su chalet de la carretera de Burgos, casi más cerca de Burgos que de Madrid. Si tuviese que hacer una biografía de Fernán-Gómez la dividiría en tres partes que corresponden a las tres mujeres importantes de su vida. María Dolores Pradera, Analía Gadé y Emma Cohen. María Dolores o el Fernando enamorado, romántico, feo, inmaduro para el triunfo. Analía o el triunfo absoluto, la popularidad y las excursiones colectivas a los museos pornográficos de Europa, como el de Ámsterdam o el de Copenhague, que

tenían preservativos con cresta.

Un día estuvimos con ellos en la finca del abogado común de todos. María Dolores y el periodista Luis Calvo hicieron un número de jardín y ruptura que yo no acababa de saber si era tomado de una comedia o les estaba ocurriendo realmente. Luis Calvo era un periodista muy valorado por todos, que dirigió *ABC*, pero a mí no acababa de interesarme, quizá por bajito. Sus méritos eran que había entrevistado a Chaplin.

Fernando era un gran monologador, como todos los grandes conversadores. Íbamos algunas noches de verano a la plaza de la Paja a beber whisky y Fernando mantenía un monólogo fascinante toda la noche. El Fernando de Emma es ya un artista de grandes festivales y un escritor con importantes aciertos, como su serie de *Los pícaros*. Fernando sí conoce a los clásicos y los ama.

—¿Por qué a Fernando Rey le llaman del extranjero y a ti no?

—Porque Fernando sabe inglés y yo no. Y te diré más: Fernando sabe inglés porque es espía. Yo no creo que nadie estudie inglés si no es para ser espía.

El humor de Fernán-Gómez tenía la cualidad de que rozaba al personaje pero no le hería. Un día se refugiaron Emma y él en el chalet y no se les volvió a ver más, a no ser que uno hiciera el viaje como para visitar la catedral de Burgos. A Fernando quizá ya no le pasa lo de antes cuando abrazaba a Lola Cardona. Esto era en el Teatro Recoletos, que estaba enfrente del Café Gijón y hoy me parece que ya no existe. Aquellos cafés de por allí habían tenido mucha vida durante la República, cuando los frecuentaban los poetas del 27. Después de la guerra estos poetas estaban fusilados, de modo que frecuentaban poco los cafés. Alguna rara vez se vio a Jorge Guillén en el Gijón.

Con Jorge Guillén tuve una correspondencia epistolar de bastantes años, muy grata para mí. Le había visitado en Valladolid, en casa de su familia, una vez que vino a España olvidándose de que era un exiliado. Luego, se estableció en España y le visité en Málaga, donde vivía con su segunda mujer, que era muy guapa. Guillén siempre fue muy elogioso y generoso conmigo, pero creo que fue su hijo Claudio quien me contó lo que había dicho de mí: «No se puede al mismo tiempo jugar y juzgar.» Se refería a mi visión irónica de las cosas, pero yo le hubiera contestado esto: Usted, con el manejo de esos dos verbos, jugar y juzgar, está haciendo lo que condena. No es más que una frase.

Del 27 creo que he conocido a cinco miembros: Guillén, Gerardo, Vicente, Alberti y Dámaso. De los cinco tengo cosas que contar. Tuve unos años de profesar en Guillén, unos años de profesar en Aleixandre, que me sigue gustando mucho. Los otros tres me interesan menos, aunque a Gerardo le traté durante diez años y es al que mejor conozco. Con Alberti, a quien había visitado en Roma, tuve amistad y complicidad desde que volvió del exilio hasta que murió.

Varias veces pidió el sillón de la Academia para mí en sus artículos de *El País*. Alberti vivió mucho en la estela de Lorca, pero al mismo tiempo le pesaba la muerte del granadino:

—A quien tenían que haber fusilado los fascistas era a mí.

Una tarde entró en el café un hombre alto de melena blanca y se dirigió a Gerardo:

—¿Don Gerardo de Diego, por favor?

Y Gerardo, sin levantar la cabeza para mirarle:

—Ni «Don» ni «de». Yo soy Gerardo Diego.

—Perdón, yo soy Severo Ochoa. Vengo de Suecia de recibir el Nobel.

Gerardo saltó de la silla, saludó al visitante y estuvieron ambos largo rato en una mesa lejana, conversando.

Gerardo era tímido incluso conmigo, que calculo haber sido el más joven de la tertulia. Aquel grupo de poetas había decidido sacar una colección lírica y andaban trajinando con Lope de Vega, que era su centenario. Necesitaban una persona que actualizase el

lenguaje de Lope sin perder su gracia ni su verso. Me ofrecí a hacerlo yo por mil pesetas y me quedaba todas las tardes en el apartamento trabajando en la destellante Olivetti o en la vieja y ferroviaria Underwood.

Un día, Gerardo empezó a tratarme en tercera persona, cosa que me desconcertó bastante:

—La persona que ha hecho esa versión de Lope es alguien que tiene cultura, sensibilidad y conocimiento de los clásicos.

Comprendí que Gerardo estaba hablando de mí, pero lo hacía en tercera persona, sin duda por timidez o por fijar de alguna manera una distancia generacional, digamos, que ya no existía entre nosotros, pues todos habíamos llegado a la intimidad.

—Muchas gracias, Gerardo, porque esa persona soy yo.

Gerardo no dijo nada y el elogio quedaba así impersonal, pero duradero como una lápida. Había un poeta aficionado que era gerente de un Banco y financiaba la colección de poesía para sacar alguna vez un libro suyo. Había sido finalista del Nadal y nunca se repuso de este fracaso. Poca vocación debía de tener. Este señor no quería saber nada de mis mil pesetas, aunque el tomo estaba allí, sobre la mesa de mármol, con su hermoso grosor.

—No creo que tu Banco necesite robarme a mí mil pesetas para salir adelante.

A los pocos días me citaban por la mañana en el Banco, que estaba en la Gran Vía, para darme un hermoso, crujiente y estirado billete de mil pesetas, que tenía un verdor matutino y era todo él como una lechuga planchada durante la noche.

A Miguel Mihura le visitaba yo en su casa de General Pardiñas, por donde se paseaba al anochecer, solitario y triste, cojo ya de las dos piernas. Sentados en el diván de su piso, frente a un televisor apagado, Mihura hablaba y hablaba, con el flequillo caído y la envejecida.

—A mí me lo quitaron todo, Umbral. Yo empecé en el teatro repartiendo vales en una taquilla que tenía un letrero donde ponía «no se reparten vales». A mí me lo quitaron todo, hicieron otra revista, me robaron *La Codorniz* y ahora hacen otra cosa que a mí no me interesa. El día del estreno de *Tres sombreros de copa*, por el año 32, yo estaba seguro del fracaso y me metí en Chicote a emborracharme con un amigo. La obra fue un gran éxito de crítica, pero el público no iba, salvo el de los vales. Decidí olvidarme de la obra como luego me olvidaría de *La Codorniz*. Me dediqué a hacer teatro que llaman burgués, donde la gente sí que iba y se reía mucho. De algo había que vivir. Nunca he vivido fuera del teatro. Un día vi a una señorita de la función que se iba con un desconocido, e impuse mi norma: «Las señoritas del teatro son para los hombres de teatro. Lo que ha hecho esa señorita no se puede tolerar.» Eran mis primeros amores y ahora he tenido el último, una joven suiza que vino a hacer una tesis sobre toda mi obra. Nos enamoramos mucho y fuimos muy felices. Ahora ella se ha vuelto a Suiza y ya estoy solo para siempre. Mi hermano Jerónimo me hace las comidas, prepara muy bien la merluza, y la criada se sienta aquí conmigo, a ver los seriales de la televisión y luego me los explica, porque yo, a veces, no cojo bien el fondo. Ahora estoy malo de la pata buena, el médico me ha dicho que ande, pero andando por ahí abajo, por General Pardiñas, me siento un pobre, de modo que me voy a pasear a El Corte Inglés. A ti te leí tus primeras cosas en Madrid y dije, coño, a este chico que le llamen y le den algo, este chico tiene talento.

Yo no quise decirle a Mihura que Álvaro de Laiglesia me había devuelto dos artículos, seguramente sin leerlos.

—Aquí me paso los días leyendo a Simenon. Simenon es lo único que he leído en mi vida. Me parece buenísimo. Yo veraneo en Fuenterrabía y cada poco tiempo me acerco a la librería a ver si han recibido algo nuevo de Simenon. En el piso tengo un catalejo grande para mirar a las bañistas que se bañan casi desnudas. Ya no me apetece escribir ni siquiera un artículo. Ahora dicen que los pagan bien. En mis tiempos

pagaban una mierda. ¿A ti qué tal te pagan? Mira, en la pared tengo los primeros carteles que le hicimos a Sarita Montiel. Con Ionesco he tenido una correspondencia asidua, pero yo quiero dejar el absurdo y que me pongan *Tres sombreros de copa* sin liebres ni cazadores, y con canciones de Raphael. Esta mañana me puso Jerónimo una merluza que no estaba fresca. «Esta merluza no está fresca, Jerónimo.» «La han cogido esta mañana, Miguel.» «Por eso la han cogido, porque no estaba fresca.» A Mihura, el último genio del teatro español, le visitaban en su casa Alfonso Sánchez y los viejos de La Codorniz, pero yo me encontré un hombre solo, amargo y retrospectivo. «En mis tiempos yo aparcaba el coche delante de Chicote. Vete tú ahora a aparcar delante de Chicote.» Le ilusionó que le eligieran académico, pero luego le decepcionaría saber que delante le habían puesto a un general. «Yo creo que en la Academia necesitan un general para que les enseñe a decir pum.» «En mi discurso de la Academia voy a decir que el humorista soy yo. Los otros, los que salen por la televisión sólo son caricatos.» Pero no llegó a leer nunca su discurso académico. Murió antes.

3. La generación del 36

Algunos han llamado generación del 36 a la que emerge inmediatamente después de la Guerra Civil, aglutinando a Luis Rosales, Leopoldo Panero, Rafael Sánchez Mazas, Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes y algún otro. Retrasado en el tiempo y el espacio queda Ramón Pérez de Ayala, que fue embajador de la República en Londres, aunque a Azaña no acababa de gustarle. Por su clasicismo de pegote y su señorío un poco pasado tiene mucho que ver con esa generación. En ella, el único hombre de izquierdas es Miguel Hernández, otra víctima de los vencedores. Esta generación es la tercera y última que apunta en el siglo XX con verdadera singularidad. Todos en ella pertenecen a la alta burguesía, todos son prosistas y poetas, todos son originales, cultos, hijos de una formación clásica, snobs de lo antiguo, de obra escasa y gran presencia en los periódicos. El régimen, aquel régimen se encuentra así con un núcleo duro, defensor de los valores de la Cruzada y fiel a ella hasta la muerte.

A los nombres citados habría que añadir el de César González-Ruano. En seguida tomaron la Prensa por asalto y cada uno de ellos tiene sus mejores páginas en un periódico o varios. Añadamos otro nombre: Agustín de Foxá. Parecen una generación fabricada de laboratorio. ¿Cómo se explica este bloque simétrico y homogéneo? Son señoritos educados en la cultura clásica de la derecha, tienen dinero, han certificado su ideología en la Guerra Civil, etc. Había un joven, José Antonio Primo de Rivera, que con su atractivo intelectual les había ganado a todos para la causa. Hicieron la guerra y la ganaron. España era suya. Podían hacer lo que les diese la gana, y entonces es cuando les dio la gana de no hacer nada. Ya en los primeros tiempos de la paz habían comprendido que ganar una guerra, y más una guerra civil, no era precisamente un prestigio para un intelectual. No podían presentarse ante la Historia con una doctrina balmesiana y militarista. La verdad es que podían hacerlo todo pero no podían escribir nada.

Huyen de la trascendencia y del compromiso mediante el ensayo corto y el artículo largo, que les permite orear su vasta y diversa cultura, ser conocidos, ganar dinero en los periódicos e ir dejando para más tarde la obra fundamental, ejemplar, que en su caso era imposible de hacer. Todos ellos tienen poca obra en libro porque el libro, novela o ensayo obliga a presentar una ideología y un sistema, pero ellos no sabían por qué habían hecho la guerra, por qué la habían ganado y por qué estaban allí. Se habían refugiado en los periódicos como en unas chabolas para ricos.

Ganaron la guerra, sí, o supieron ponerse a tiempo de parte del bando ganador, pero habían perdido el prestigio, la identidad y el respeto. Hicieron tanto periodismo porque no se atrevían a hacer otra cosa. En el recorrido corto todos ellos son brillantes, cultos, grandes prosistas, grandes eruditos, y encontraron el recurso de publicar sus artículos en forma de libro, pero eso es un truco que no funciona. Sus libros —algunos muy hermosos— no se vendían. Y encima tenían un lastre de cultura franquista que los hacía imposibles.

Sus libros mejores y siempre escasos son las *Memorias*, de Ruano, *La estrella y la estela*, de Montes, *Un mundo sin melodía*, de Foxá, *Sonetos a la piedra*, de Ridruejo, *Rosa Kruger*, de Sánchez Mazas, que lo escribió en una embajada, escondido, mientras Franco terminaba la guerra. Alguno más: *La casa encendida*, de Luis Rosales.

Fueron embajadores, fueron políticos, se quedaron siempre en el quicio de la puerta, aquellas puertas que les cerraba Franco aplastándoles las medallas. En todos había el mismo desánimo de haber perdido una guerra que ganaron. En el articulismo el mejor es González-Ruano. Después de haberlos conocido personalmente, los saco a todos en mi novela *Leyenda del César visionario*. Algunos críticos dijeron que era una penetrante visión del Movimiento. A Franco no le veían casi nunca, pero veían a Serrano Súñer, que era el otro Franco y les protegía como a unos rapsodas

medievales. Luis Rosales, ya muy mayor, tuvo una novia galerista en cuya casa cenamos algunas veces con Francisco Nieva y gentes así. La novia de Rosales era bella y exquisita y Luis le hizo algunos libros de versos ya póstumos donde desborda su amor.

A César lo traté bastante en Teide durante sus últimos años. Gerardo y yo hablábamos mucho de él. Le admirábamos ambos. Foxá triunfó incluso en el teatro. Sánchez Mazas y Ridruejo se volvieron invisibles.

El Movimiento, así, tuvo una coraza de versos y elogios. Hasta que estas gentes empezaron a llamarse liberales, sólo por despegarse un poco de la mitología franquista, pero la juventud ya les iba conociendo bien y les valoraba en lo poco o mucho que valían, según se mire. A Eugenio Montes le había conocido yo en la Casa de Cervantes de Valladolid, de la que se habla al principio de este libro. Un personaje me preguntó hace poco por Eugenio Montes: «¿Tú escribes de Eugenio Montes, quién es hoy Eugenio Montes, por qué pierdes el tiempo?» No quise decirle que Eugenio Montes era un enorme prosista, un sabio, un genio del pastiche, pero un genio genial, hoy olvidado, naturalmente; eso que nos perdemos. Ruano daría entrada tempranamente a todo el periodismo literario de nuestros días, que por cierto no le han leído.

A Leopoldo Panero le visitaba yo en su despacho de Cultura Hispánica. Tenía las manos hinchadas, la cara un poco congestiva de alcohol y hablaba poco. Nunca olvidaré estos versos:

*Yo he sido transparente
viajando en bicicleta,
con brisa en los pedales
y trigo en la chaqueta.*

César murió a la caída de la tarde, cumplido apenas el medio siglo. Estaba tirado en el suelo, como un rey antiguo, y tenía un pañuelo anudado a la barbilla. Habíamos ido a verle un grupo de periodistas jóvenes. A la vuelta, metidos todos en un taxi, Raúl del Pozo dijo:

—Ya no nos reiremos tanto hasta la muerte de Azorín.

Al día siguiente por la tarde fuimos Gerardo y yo, en un taxi, al entierro. Era una tarde de diciembre en la que se veía, como él hubiera dicho, un Madrid entornado. El Ayuntamiento le había puesto unos motoristas de gala. Años más tarde me darían el premio literario González-Ruano.

Mery me llamaba algunas mañanas y hablábamos de César. Después del entierro, Gerardo se fue a casa y yo volví al café. En una esquina lloraba la poetisa Acacia Uceta. O sea el pueblo.

4. José García Nieto

El poeta José García Nieto era una versión mejorada de Robert Taylor. Iba siempre muy peinado y muy planchado. El pintor Gregorio Prieto me decía: «Usa fijativos, Pepito usa fijativos.» Con fijativos o sin ellos, García Nieto era un seductor un poco antiguo pero efectivo. Cela me lo explicó una vez: «Pepe anda por las cafeterías haciendo manitas con las hispanoamericanas, y luego quiere entrar en la Academia. Hay que ser serio, hombre, hay que ser serio.» García Nieto era hijo de viuda y su madre vivía en la calle Santa Engracia, donde hubo una prisión franquista después de la guerra. A Pepe le hizo famoso Bobby Deglané por la radio, en un concurso de sonetos. El soneto era tan absolutamente bueno que se difundió por toda España. García Nieto sirvió a la Patria en el Ministerio de Marina, al lado de Correos. Un general le riñó un día: «Joven, con la mirada también se delinque.» ¿Y cómo habría mirado Pepe al general para que éste se sintiese delinquito? Conocí mucho a Pepe y no me consta que le gustasen especialmente los generales. Pero la frase de aquél se le quedó para siempre y esto pudiera ser la explicación freudiana de un cierto miedo a la vida que le caracterizaba. Hizo muchas cosas, combatió mucho su gloria, pero siempre daba un paso atrás en el momento decisivo. Este paso atrás fue la causa de que la generación del 36 le ignorase, no le contase entre los suyos y le creyera más reaccionario que ellos. Pero vuelvo a citar a Cela, que le conocía más que nadie y al fin le metió en la Academia:

—Mientras ellos hacían poemas a Franco, Pepito no salió nunca de la poesía amorosa. Era un poeta puro.

Yo había leído mucho en provincias la revista *Poesía Española*, que me gustaba mucho y que no mostraba por parte alguna su franquismo. *Poesía Española* era la prolongación de Garcilaso. Los garcilasistas de postguerra nacieron todos de esa revista, bajo el estímulo de Pepe. Eugenio Montes decía que Garcilaso de la Vega había hecho muchas heroicidades pero no era un dandy. No pudo serlo porque en su época aún no existía el dandismo.

Tuve buena amistad con García Nieto, hicimos la ruta de las hispanoamericanas por las cafeterías pertinentes y un día, de improviso, puso en mis manos *Poesía Española*. Allí trabajé con más entusiasmo que en las revistas de kiosco. Un año me nombraron el mejor crítico de poesía de España. Yo procuraba meter en la revista rojos, muchos rojos, por miedo al exceso contrario, o sea poetas falangistas. Juan Ramón Jiménez escribía a Pepe desde América y nos mandaba poemas para la revista. Yo no olvidaba que el dinero estaba en los periódicos, pero la poesía era el lujo de mi vida, aunque en *Poesía Española* sólo publiqué tres o cuatro poemas. Fue de las pocas veces que en periodismo he dirigido algo. No me gusta dirigir, pero lo de *Poesía Española* era otra cosa, la hacía yo solo y cuidaba la estética del número. García Nieto medía las galeradas con un cordelillo y le quedaba un ejemplar exquisito. Algunos poetas se cabreaban conmigo porque los poetas son enredosos, pero yo cobraba un sueldecillo a fin de mes y me fascinaba recibir dinero por un trabajo que era el más delicado y placentero que se me podía ofrecer.

José García Nieto, sin duda, había apostado por mí y me ayudó mucho en aquellos años de *Poesía Española*. Sin él quizá no habría podido yo aguantar en Madrid. Paradójicamente, la poesía lírica era lo único rentable que de pronto había en mi vida. García Nieto escribía los sonetos a máquina y a gran velocidad. Era de una perfección que desconcertaba, pero entre los viejos falangistas y los jóvenes socialistas, quedaba un espacio donde estaba él solo, poco valorado y muy premiado. Todos los meses le caían varias flores naturales.

El bigote de Robert Taylor se le iba poniendo blanco y un día me explicó que él no temía a las arrugas de la cara siempre que fueran horizontales: «Las arrugas que envejecen, Paco, son las verticales. Ésas son las que traen la vejez y yo ya voy para

viejo.» Años más tarde, siendo él secretario perpetuo de la Academia, desprendido ya de todos sus otros cargos y cuando sólo se dedicaba a beber vino con las incesantes hispanoamericanas, le dio una cosa cerebral y perdió la cabeza para siempre. Cela iba a verle puntualmente, pero yo no podía soportarlo. Pepe no nos conocía a ninguno. Murió tras unos años de desmemoria y locura pacífica. Siempre se había quejado de unos supuestos mareillos. Le daban sobre todo al salir del taxi:

—Nada, Paco. Esto es una pijada.

Pero la pijada le mató.

Pepe era la persona más buena y más generosa que yo había conocido. Me dejó el camino hecho para triunfar un poco o un mucho. Creía en mí demasiado y sólo se cabreaba cuando me elogiaban los demás. Yo era un descubrimiento suyo. Me dolía y me duele el olvido en que le tuvo la España que importa. Muchas cosas perdieron sentido para mí al perder al poeta, al huésped de Luis Esteban. No puedo cruzar el viejo Madrid sin recordarle en su despacho del Ayuntamiento o en sus paseatas por la Plaza Mayor. Qué perfecto y conmovido su poema a esta plaza, qué amor a Madrid, siendo asturiano. Y como asturiano me decía:

—Qué malos somos los escritores de mi tierra. Pero qué malos, empezando por Pérez de Ayala y pasando por Casona y por cualquiera. Qué malo soy yo mismo, Paco.

5. Los periódicos

Todavía teníamos en Madrid periódicos de la tarde. Estos vespertinos eran *Pueblo*, *Madrid*, *Informaciones* y luego *Diario 16*. *Pueblo* se hacía con dinero de los Sindicatos Verticales, o sea con el dinero de los obreros. Emilio Romero, el director, practicaba un cierto obrerismo que era la tierra firme del periódico. Allí escribieron Máximo, Manuel Alcántara, Raúl del Pozo, algunos sindicalistas de varia condición y el propio Emilio Romero.

Pueblo se vendía mucho por las tardes porque era un precursor de la Salsa Rosa televisiva. La aleación obrerismo/marbellismo parece que gustaba a la gente. Creo que yo no escribí nunca en *Pueblo* o quizá una sola vez, a través de una agencia.

Dámaso Santos, crítico literario del periódico, me recomendaba al director, pero éste siempre contestaba lo mismo:

—¿Umbral? Demasiado literario.

La verdad es que a mí siempre me dio un poco de miedo entrar en el mundo maniobrero de don Emilio, que por otra parte era un gran periodista y les iba poniendo a todos el sello de su estilo: Tico Medina, Yale, Amilibia, José María García, etc. También había bastantes mujeres, pero el periódico tenía un cierto aire machista de culto a los toreros y a los boxeadores. Olía mucho a prensa del Movimiento, aunque Romero negaba que lo fuese. *Pueblo* estaba en un edificio nuevo, de ladrillo, pura herencia estética de la Guerra Mundial, ofendiendo la majestad del Museo del Prado, que quedaba enfrente.

Hoy el edificio es un Ministerio. Para subir se cogían unos ascensores de madera, abiertos y de trabajo continuo. No había más que dar un salto y meterse en aquel cajón. Mujeres, he dicho. Entre las más veteranas recuerdo a Carmen Debén, a la gran Eugenia Serrano y a la sutil Carmen Rigalt. Todas han sido muy amigas mías en una época u otra.

Informaciones era una aleación de sobriedad y exceso regimental, una creación personal de Víctor de la Serna. Fui muy amigo de su hijo Vítín. En *Informaciones* tampoco escribí apenas, salvo algún artículo de tercera en la última época. Se ve que los periódicos de Madrid no me llamaban, pero a mí eso no me importaba porque publicaba en todos los periódicos de España y en muchas revistas. Se veía demasiado al rojo que yo era entonces y encima un rojo literario.

La estrella del *Informaciones* era Alfonso Sánchez, gran amigo de Mihura y colaborador de *La Codorniz*. Ya le he citado hablando de Mihura. Alfonso hacía una columna diaria en el periódico de la calle San Roque, que es donde estaba instalado. La columna de Alfonso era variada, aguda y divertida. De sus versales tomé yo mis negritas, que en realidad fueron una idea de Juan Luis Cebrián. Alfonso Sánchez formaba parte con todo derecho de la llamada generación del 27 del humor, Mihura, Jardiel, Herreros, etc. O sea, la generación de *La Codorniz*. Alfonso se hizo famoso en toda España cuando empezó a dar crítica cinematográfica por televisión. Hablaba improvisando, transmitía y recibía mal, porque era sordo, pero le salía todo muy bien.

En la pura postguerra Víctor de la Serna sacó otro periódico, *La Tarde*, donde escribieron Cela y Ruano. Pero *La Tarde* duró poco, dominada por una estética entre el *Arriba* y la *Revista de Occidente*, lo cual ya es difícil.

El *Madrid* era de Juan Pujol y cuando empezaba la Santa Transición lo voló Sánchez Bella. «¿Con la redacción dentro?» pregunté. No, a la redacción le habían dado una pausa para huir. En el *Madrid* escribía un artículo diario don Francisco de Cossío, a quien yo había conocido y tratado en *El Norte de Castilla* haciendo su artículo diario a mano y con gran rapidez, para cabreo de Miguel Delibes, que era lento y no comprendía la velocidad de viejo maestro. Luego fui muy amigo de Cossío en Madrid. Vivía en un hotelucho de la Gran Vía y bajaba por las mañanas a escribir al bar, porque Madrid por la mañana no es sino una inmensa redacción. Me decía don Paco:

—Mire usted, Umbral, hay que escribir dos artículos todos los días, uno para vivir y otro para beber.

Era un liberal de melena blanca que hizo algunos libros admirables e ignorados. Por ejemplo su novela *Clara*, ya en la línea orteguiana de la novela intelectual. Pero su mejor libro es *Manolo*, biografía de un hijo falangista que le mataron en Quijorna. Cossío no sabía nada de la Falange, pero le salió un libro emocionante donde da toda una época y la personalidad clara y alegre de su hijo fusilado. Yo le visitaba por las mañanas en aquel bar donde escribía, como visitaba a César en el suyo, y luego él, por la tarde, me devolvía la visita en el Gijón.

Los diarios de la tarde fueron desapareciendo en Madrid porque cada vez se vendían menos. Un periódico se hace con la información de medianoche, y eso es lo que vende a la mañana siguiente en los kioscos. La salida a media tarde es una salida absurda, pues durante la mañana sólo han llegado cuatro noticias locales, partes municipales y poco más. Emilio Romero sostuvo *Pueblo* a base de sensacionalismo local, mujeres guapas y toreros. La información política era con frecuencia la del día anterior. *Pueblo* vivía en un equilibrio inestable, pero vivía bien.

Por eso cuando Pedro J. Ramírez cogió el *Diario 16*, que no era sino una herencia de la revista *Cambio 16*, lo sacaba cada día más temprano hasta que lo convirtió en periódico de la mañana. Es cuando el periódico cogió velocidad y Pedro pudo darle una personalidad que todavía conserva en *El Mundo*, empero, la herencia alegre y violenta de un vespertino. Claro que todo ello no es sino el envoltorio de un periódico muy político, muy democrático y muy en la línea de los mejores rotativos norteamericanos, más una carga de columnistas que reparten por todo el periódico la palpitación cultural, intelectual, tan cara a este director joven que ha demostrado ser el más vivo y urgente de la prensa nacional. Pedro ha conseguido realizar la fórmula de todo gran director, que es esconder y difundir al mismo tiempo su propia personalidad, cuidándose de no ignorar lo que piensan los enemigos, las mujeres, los lectores, etc. Asimismo le preocupan a Pedro J. Ramírez los aspectos estéticos de su periódico, al que imprime una gran modernidad que le ha valido ganar numerosos premios internacionales de diseño, ilustración, etc.

En los últimos días del franquismo salía a la calle *El País*. Un proyecto muy esperado como realidad, que tuvo como posibles directores teóricos a Miguel Delibes, Laín Entralgo, etc. Al fin entró en la dirección Juan Luis Cebrián, muy joven y prestigioso por su labor en Televisión Española y otros medios. La misión de *El País* era recoger la vieja cosecha liberal, democrática, izquierdista, de la Historia de España, y hacer con ella un periódico grande, solemne, con credibilidad y destino claro: la remodelación de la España posterior al franquismo. Un día me llamó Juan Luis Cebrián y me dijo:

—Este periódico, como ves, tiene mucha barba, necesita un columnista y a mí el único que me gusta eres tú. Pero te vamos a pagar poco dinero. Piénsatelo.

Yo no tenía nada que pensar porque veía claro el porvenir del nuevo periódico, que iba a ir al paso de la España inaugural. Cebrián me pidió que les hiciese algo distinto de lo que había en la Prensa y de lo que hacía yo mismo. Me inventé una columna dialogada que salía diariamente y tuvo mucho éxito. Era la columna de apariencia frívola pero muy politizada. La titulé «Diario de un snob» y en su segunda época «Spleen de Madrid». Estuve en *El País* bastantes años y me fui por voluntad propia e incompatibilidad personal con las nuevas políticas del periódico. Creo que me fui amistosamente, pero parece que no.

Venía yo de los viejos periódicos vespertinos que eran como barcos varados y carcomidos en la ensenada de las noticias. *El País* parecía más un Banco que un periódico por sus extensiones y su funcionamiento. Estábamos dejando atrás el viejo periodismo romántico, y eso tampoco me gustaba del todo.

Creo que estaba yo aún en *El País* cuando el golpe militar de Tejero. La televisión me

sorprendió con la noticia cuando me encontraba en casa de Natanael, que tocaba el violín desnuda y me dijo: «Mira la tele. Me alegro porque no puedes irte. Sería suicida salir a la calle.» De modo que siguió tocando el violín y yo volví a meterme en la cama. Así pasamos la noche viendo aquel western de ministros y guardias civiles, hasta que salió el Rey con su uniforme de Rey encima del pijama y nos dijo que España volvía a ser libre. A partir de ahí principió realmente la Santa Transición. A un guardia civil que había salido de casa a comprar tabaco le metieron en un autocar y le llevaron con los demás a dar el Golpe. Un fascista distinguido llegó tarde al Golpe porque había estado afeitándose. No quería presentarse en aquel momento histórico sin afeitarse.

Los Milans del Bosch tienen en la Historia una tradición de monárquicos rebeldes. Continuando esta tradición, el Milans contemporáneo sacó los tanques en Valencia. Al día siguiente hubo una manifestación de un millón de personas en Madrid. Aurora Bautista se cogió de un brazo a Buero Vallejo y del otro a mí. El público de las aceras nos aplaudía mucho y parece que me conocían. Lo dijo Buero Vallejo:

—O sea que hemos hecho una manifestación de un millón de personas para que firme autógrafos Francisco Umbral.

Al salir de *El País* le pedí trabajo a Pedro J. Ramírez a través de Manuel Leguineche. Pedro me dijo: «Yo me enamoré de Agatha leyendo los artículos que tú le hacías.» Y Agatha: «Tú no eres un fichaje de Pedrojota, tú eres un fichaje mío.» O sea que empezábamos muy bien. Pedro me subió el sueldo en una cantidad fabulosa respecto de lo que venía cobrando en *El País*. *Diario 16* no era tan atómico como *El País*, pero no se quedaba atrás en la ideología. Pedro creía mucho en la columna diaria. «Tienes que ser un vicio para el lector, no faltar ni un día.» De modo que volví a hacer columna diaria, más otra para la agencia. Todavía ahora, cuando escribo esto, sigo en la columna diaria. Esta mañana he escrito sobre la crisis de Aznar y su extraño parecido con la conducta de Dreyfus en París, allá por los años escolares de Marcel Proust.

El diario *ABC* era el que traía más literatura y el que yo más compraba. La famosa tercera de *ABC* siempre la hacía un escritor, incluso Pérez de Ayala, que ya no escribía nada y seguía usando un monedero de aquéllos que eran una malla de plata. A Pérez de Ayala me lo saltaba muchas veces porque no era lo mío, sino pura erudición anticuada y aburrida, como si también sacase las palabras de aquella redecilla de plata. En *ABC* casi todo estaba bien escrito. Ahora, con tanta escuela de periodismo, a los chicos no les enseñan a escribir, pues el objetivo de todos es la televisión, donde basta con la corbata y el peinado. Incluso la corbata la han suprimido últimamente. La tercera de *ABC* era sobre todo campo de juego de la generación del 36, de la que ya he hablado aquí. Foxá hacía unos artículos melódicos, Sánchez Mazas escribía muy poco, pero se le tenía por un genio. César González-Ruano aportaba al periódico lo más vivo y vibrante de la actualidad. Sus artículos me animaron mucho a ser articulista. En cierto modo, debo agradecer a este señor que me estuviese sugiriendo, sin saberlo, el destino de mi vida, mi oficio y mi entidad, algo más urgente, sonante y profesional que el mero libro de homenaje a la prosa y autohomenaje al novelista, en el que yo no creía apenas hasta que encontré mi manera de hacer novelas líricas que tuvieron éxito y perduración, como *Mortal y rosa*.

ABC mantenía una silenciosa contienda con el franquismo. Ellos, desde su armadura borbónica, seguían propugnando la hipótesis monárquica. Curiosamente, hubo unos años en que *ABC* era el periódico de la izquierda. El monarquismo borbónico era su mitología, pero también su coartada.

En el edificio de *ABC*, en Serrano, no recuerdo cuándo entré por primera vez, pero acostumbrado a los periódicos que anteriormente he descrito, *ABC* me pareció una casa ducal bien puesta y con mucha pincelada de espejos. Yo visitaba allí a Pedro de Lorenzo, el estilista extremeño que imitaba a Azorín y se pasó. Pedro, que había pertenecido a la Juventud Creadora de García Nieto, vivía acojonado por un texto de

Juan Aparicio titulado «Ay de los solos», donde denunciaba el absentismo político de Pedro de Lorenzo. Era más bien un absentismo total, y Pedro me lo dijo un día: «Mira, Umbral, yo estoy aquí de reina madre; tengo este despacho pero no hago nada.» De todos modos, yo le dejé unos artículos míos por si, en su condición gaseosa de reina madre podía colármelos.

Pedro le decía una vez a Carlos Luis Álvarez: «Usted y yo estamos igual, somos escritores sin lectores.» Carlos salió de aquella conversación justamente indignado. Años más tarde ABC me daría el Premio Mariano de Cavia por un artículo sobre Martín Descalzo, un cura progre que escribía mucho de todo. Presidente del jurado era Camilo José Cela, quien después de la cena me riñó por haber hecho un discurso demasiado largo. He asistido a otras cenas del Cavia y siempre, a los postres, se levantan las copas y todos gritan «Por el rey». Parecíamos Caballeros de la Tabla Redonda.

ABC ha cambiado de domicilio y de empresa, pero en la gran biblioteca se sigue respirando el mismo clima de los tiempos de don Torcuato. El actual ABC es menos literario y más sociológico.

Sólo conserva un escritor cotidiano: Jaime Campmany, que había sido director del falangista *Arriba*, pero se desenvolvía con gran beatitud y humor liberal. El liberalismo, en realidad, era la gran palabra de la Casa. Uno de los gestores principales del actual ABC ha sido Luis María Anson, que ahora dirige *La Razón*.

El *Ya*, heredero de *El Debate*, era un periódico grande, religioso y muy vendido. Lo compraban las beatas para ver al Papa y las turistas extranjeras que buscaban apartamento. El *Ya* tenía una poderosa sección de anuncios por palabras. Al igual que el ABC, hacía un sutil antifranquismo que no llegaba a nadie. El ABC disparaba desde las altas almenas de la monarquía y el *Ya* desde las altas cúpulas del Vaticano. Almenas y cúpulas que a distancia daban una visión casi romana de Madrid.

En el *Ya* me metió Manuel Calvo Hernando, un civil clericalote, periodista científico y alegre siempre con esa alegría que profesan los católicos ejercitantes. Empecé haciendo una página literaria y otra de teatro, más algún artículo que metía en la tercera y algunos reportajes en el hueco de los domingos, sobre los movimientos juveniles del momento, que eran todavía los hippies, los underground y los Beatles. Demasiada modernidad para el periódico. El tiempo que estuve allí fue un tiempo tranquilo y el director me vio una sola vez y me dio una directriz: «información, mucha información, sólo información». No sabía con quién estaba hablando y que precisamente su redactor jefe, Calvo Hernando, me había metido allí para hacer literatura.

De modo que me vengo quejando de que la prensa de Madrid no me llamaba, pero luego iba saltando alegremente de periódico en periódico. El breve espacio literario que allí se consentía estaba reservado a Manuel Alcántara, con su recuadro diario. Manuel hacía y hace una prosa elegante intelectualmente, cuidada, ingeniosa y delicada con todo y con todos. Manolo había empezado en la prensa universitaria, luego entró en el círculo cerrado del ruanismo, hasta que se dio cuenta de que todos los mimetismos son malos, aunque el suyo era ejemplar.

Del *Ya* fui prácticamente despedido no por ningún delito cometido contra el periódico, sino por un libro, una novela, *El Giocondo*, que salió en el año 1970, después de otro año en la censura. El editor Lara consiguió arrancárselo a la censura, que había tachado una sola palabra, «culo». Era una novela de homosexuales donde se contaba el Madrid nocturno. El director dijo que la pluma que firmaba aquello no podía escribir en *Ya*. Me propusieron escribir sin firma o con pseudónimo, y así aguanté un tiempo. Muy atrás, todavía en provincias, me expulsó la Falange de una emisora de radio por el mismo procedimiento, o sea abolir la firma. Pero yo tenía decidido, como le oí una vez a Ruano, escribir siempre de firme y de firma.

A lo mejor era mi destino dejarme la firma enganchada en las altas verjas de los

periódicos. Me fui del *Ya* sin ningún dolor. Allí había conocido a Luis Apostua, el hombre más inteligente del periódico. Apostua, siendo tan clericalón como los demás, hacía a diario un recuadro político tan admirable que empezó a comprar el periódico toda la izquierda. Apostua tenía dos galgos elegantísimos y una esposa fea. Apostua me trataba con simpatía clerical, admiraba mi escritura, pero tampoco hizo nada por mí cuando el despido. Éramos vecinos de barrio y yo le veía pasearse mucho con los galgos. Hablábamos un poco de lo suyo y de lo mío, y siempre me despedía igual:

—Pero ahí está tu prosa.

Manuel Calvo Hernando ni siquiera se molestó en darme explicaciones. Veía yo que así como el columnista es un lujo de los periódicos, también es un poco la puta que se alquila por meses.

El Giocondo se vendió mucho y los poetas malditos del Gijón querían cortarme los ojos con una cuchilla, quizá porque es lo que habían visto hacer a Luis Buñuel en el cine.

El *Ya* murió de muerte natural en cuanto vino la Santa Transición y la libertad de prensa. Dicen que la Iglesia es poderosa en España, pero ya nunca ha conseguido mantener un periódico como *El Debate* y sucesores. Luis Apostua debe de haber muerto también, porque a sus galgos no he vuelto a verlos decorando las esquinas de mi barrio, que ya no es mi barrio.

El *Arriba*, diario de la Falange, lo montaron en la calle Larra, donde había estado El Sol orteguiano, apropiándose maquinarias y material en uno de los inmoderados saqueos del Movimiento. Pero yo lo que frecuenté, y no mucho, fue el *Arriba* del final de la Castellana, «la caja de cerillas», como lo llamaban. Efectivamente, el edificio era un desarrollo arquitectónico de la caja de cerillas que por entonces circulaba en España. El *Arriba* era de ladrillo y no se vendió nunca. Se lo repartían a los gobernadores civiles de provincias y a otros cargos, pero el público español manifestó siempre su indiferencia, para algunos irritante, por aquel periódico que vivía de una guerra que ni siquiera había ganado la Falange sino el Ejército.

No es que España odiase a la Falange, sino que la ignoraba. Sin embargo, *Arriba* era un periódico muy bien hecho, con un gran huecograbado, con muchos blancos, como le había yo exigido a Delibes en otro tiempo, y con un aura de periódico literario que le hacía parecer una revista de poesía. En *Arriba* escribían los grandes nombres de la Falange, García Escudero, el padre Sopeña, que era un cura falangista que vivía para la música y hacía crítica musical en el periódico. Los domingos, Sopeña decía misa en la capilla universitaria del mundo de la hispanidad, que era ya el mundo de los estudiantes. Ir a la misa del padre Sopeña era el éxtasis de un encuentro entre la religión y la Falange, dos mitologías que, con uno u otro nombre, siempre han funcionado en España.

En *Arriba* escribía también César González-Ruano, y allí publicó su famosa serie de entrevistas, que él llamaba «conversaciones», empezando por Jean Cocteau y terminando por Salvador Dalí.

Fue cuando Cocteau, quizá tomándole a César el número cambiado, le dijo: «Somos de la raza de los acusados.» A Cocteau nunca le había importado, en las guerras y las paces, alternar con el fascismo. Estas entrevistas de Ruano no son periodismo sino verdadera literatura de calidad. Como el periódico daba grandes fotos de los entrevistados, a veces superados en espectacularidad por el propio Ruano, éste se compró unos zapatos de piel de serpiente que salían siempre en las fotos de Pastor. *Arriba* pretendía mantener la llama olímpica, revolucionaria y pagana de sus orígenes germánicos. Su objetivo a abatir era la monarquía, y sacaron aquellos versos que decían «no queremos coronas de cartón», para rimar cartón de Borbón.

A Franco le hicieron algunas pirulas en las celebraciones del Valle de los Caídos, como si se hubieran vuelto de espaldas a todo el espectáculo franquista del Valle. De modo que no había guerra entre el monárquico *ABC* y el falangista *Arriba*, porque *Arriba*

no se vendía y el poderoso *ABC* se permitía ignorarlo.

Manuel Alcántara pasó como columnista fijo del *Ya* al *Arriba*. Yo imagino que ambas teologías le tenían sin cuidado, porque a él le bastaba con un trozo de periódico o de pared para hacer su artículo preciosista y de calidad. Un día alguien descubrió en el periódico a unos cuantos redactores jóvenes que en realidad eran submarinos del Partido Comunista. Quisieron tirarles por la ventana desde un piso muy alto, pero el propio director lo impidió.

En *Arriba* había poco trabajo, de modo que cerraban pronto. Cuando sonaba el teléfono más tarde de las ocho y algún joven redactor iba a cogerlo, toda la redacción le gritaba al novato: «No lo cojas, que es una noticia.» La frase era tan frecuente que un loro que había en la redacción, en cuanto sonaba un timbre decía no lo cojas que es una noticia.

De pronto, empezó a colaborar en *Arriba* el maestro Azorín. El primer día se presentó en la redacción muy pulcro, con su artículo en una mano y la otra levantada en el saludo falange/fascista, exclamando con su voz de viejo:

—¡Arriba España!

Y toda la redacción le coreó: ««Pero hombre, maestro, aquí eso no.»»

La verdad es que Azorín había sido muy querencioso con cualquiera, después de que el país de antaño le cortase su serie de reportajes sobre el hambre de Andalucía y andaba, como su discípulo Pedro de Lorenzo, sin encontrar un sombrero literario donde resguardarse. Una vez se presentó en Bellas Artes para pronunciar una conferencia de apertura de una exposición de arte, pero al llegar vio una estatua ecuestre de Franco que presidía la exposición. Azorín guardó sus papeles e improvisó un brillante discurso sobre los países regidos por hombres a caballo.

Yo colaboré muy poco en el *Arriba*. Ahora sólo recuerdo un cuento titulado *La actriz* y donde no pasaba nada. La actriz era María Asquerino y el cuento me lo había pedido Salvador Jiménez, el hombre útil de la casa, otro ruanista completo que se nos ha muerto hace poco, retirado ya en su levante para hacer versos bellos y breves. Salvador Jiménez era el único hombre con el que yo me he acostado en mi vida. Fue en Barcelona. Había en la ciudad grandes exposiciones y alardes, y ambos estábamos allí en función periodística. Desesperado de no encontrar una cama en Barcelona para dormir, de pronto me encontré con Salvador. Le conté mi problema y me dijo: «Hombre, a lo mejor te parece mal la oferta, pero si no te importa yo te ofrezco mi cama en el hotel. Es una cama grande y podemos compartirla. Si tú quieres yo se lo explico ahora mismo al director del hotel.» Le dijo que bueno y por la noche estábamos ambos metidos en la cama, exageradamente separados, con nuestros pijamas y nuestro pudor. Pasamos la noche hablando de literatura porque ninguno de los dos se decidió al gesto definitivo de apagar la luz y hundirse en la cama. Se lo he agradecido siempre a Salvador. De todos modos era un hombre de peculiaridades sentimentales un poco sorprendentes. Vivía con su mujer, los niños y una cuñada hermana gemela de su esposa. Un día la esposa murió de cáncer y Salvador, rodeado de niños y de problemas domésticos, no tuvo ninguna duda. Se casó con su cuñada y todo siguió igual.

—No he notado la diferencia, chico. Ya te digo que eran iguales.

No recuerdo ahora ninguna otra colaboración mía en *Arriba*. El periódico lo cerró Adolfo Suárez, como toda la prensa y radio del Movimiento, cuando la Santa Transición.

Salvador Jiménez escribió un poco en *Informaciones* con su prosa muy influida por César. Luego se volvió a su tierra y desde allí me mandaba versos y naranjas. Siempre que como una naranja tiene para mí el sabor dulce y salvaje del *Arriba*.

El Alcázar era un periódico sepia que salía entre la mañana y la tarde. Inspirado en los ideales militares de la Guerra Civil, tenía una estrella indudable, que era Rafael García

Serrano, pamplonica de gran prosa, que además del periódico hacía novelas y películas de calidad. García Serrano vivía con saludable fanatismo la mitología de los vencedores. Cuando se cerró aquel tipo de prensa perdimos aquella frase rotunda de García Serrano: «Europa, la gran puta.» En sus últimos años, García Serrano tuvo una tertulia en Mayte, a la que iban los viejos periodistas de *El Alcázar* y los admiradores de García Serrano. César escribió siempre mucho en *El Alcázar*, nunca supe por qué. Aquel señorito dandy no pegaba nada con los excombatientes que eran el núcleo duro del periódico.

Nunca tuve contacto personal con *El Alcázar* ni con su gente, sencillamente porque nunca me llamaron. Por otra parte, sospecho que nos hubiésemos entendido mal. El escaso éxito de *El Alcázar* era un testimonio de cómo iban disipándose las alegorías políticas de la Guerra Civil. En Madrid siempre hay un periódico que se vende mucho y otro que no se vende nada. Los demás van tirando.

Creo haber contado aquí cómo fue mi fichaje por *Diario 16*. Ahora tengo que contar mi despedida. Una mañana, estábamos Pedro y yo de charla en su despacho, cuando le llamó el gerente, Juan Tomás de Salas. Pedro estuvo bastante tiempo ausente. Yo no me esperaba nada bueno. Cuando entró Pedro algo había cambiado en su cara: la expresión, el color o todo ello. Se lo dije:

—O te han despedido del periódico o Agatha te engaña con un modisto maricón.

—Me han despedido y por la vía rápida —me dijo con una voz pálida.

Y empezó a recoger sus cosas y a hacer paquetes con los libros. Felipe González había llamado a Salas y le había amenazado con cerrar el periódico si no despedía urgentemente al director. Este sistema lo había llevado bastante bien el PSOE, como cuando *El Independiente* cayó en picado por una llamada de Alfonso Guerra recordándole al gerente que debían mucho dinero y les iba a cerrar por la deuda. Pero les cerró, sencillamente, porque era un periódico intelectual, izquierdista, minoritario pero muy leído, hecho casi todo él de artículos, sin relleno de informaciones ni picadillo de rumores. Una lectura interesante para toda la tarde. A mí me llamaron y me ofrecieron un millón de sueldo mensual, pero Pedro me estaba pagando ya mucho más. No le veía yo porvenir periodístico a *El Independiente* ni este tipo de periódico en general. Ahora se repetía la operación contra la izquierda dura, como antes se había montado contra la frivolidad de *Diario 16*. La democracia no había suprimido la censura sino que la había sustituido por esta suerte de operaciones mortales. Lo que molestaba de *Diario 16* era una investigación contra el Gobierno. Lo que molestaba de *El Independiente* era el izquierdismo auténtico, firme, sereno, intelectual y en progresión.

Pedro me dijo que iba a gestionar inmediatamente otro periódico, que me mantuviera en el *Diario* mientras me pagasen y que yo sería uno de los fundadores de lo que iba a llamarse *Madrid* o *El Mundo*. En una finca de Agatha por allá por La Mancha, parimos el periódico y bautizamos a Cósima que no la quería bautizar ningún cura porque los padres no estaban casados. Fue una fiesta muy alegre en pleno campo, con señoras borrachas y un cura de izquierdas, Martín Patino, que no sé cómo se montó él solo aquel bautizo aconfesional.

Recuerdo que Forges y yo íbamos a una oficina, por detrás de la Castellana, a cobrar mensualmente. Nunca creí que un periódico pagase un duro a la gente teniendo las máquinas paradas. Pero Pedro J. era y es así. Había elegido a sus preferidos del *Diario 16* y nadie le había dicho que no. Este periódico, sin Pedro, moría poco más tarde. Del equipo naciente de *El Mundo* recuerdo a Manuel Hidalgo, Elvira Huelves, Emma Rodríguez, Natalia Escalada, Melchor Miralles y pocos más. Nos hicimos la foto histórica y Pedro dijo: «La chaqueta de Natalia y el chaleco de Umbral, deslumbrantes.» El periódico era muy bonito y tenía un formato un poco distinto del de ahora.

Pedro ha demostrado siempre una gran afición por el columnismo y sigue manteniendo sus columnas, entre las que serpentea la hidra de la información mortífera para alguien y gloriosa para otro alguien. Pero esto lo iré explicando a partir de aquí.

Manuel Hidalgo había sido compañero de colegio de Pedro, pero tenía y tiene su particular genialidad literaria y periodística, un estilo que tira a la humildad, que parece no decir nada pero lo dice todo. Manuel es un moreno triste con gran sentido del humor, pero siempre quería hacer otro periódico distinto. Un día me dijo en su despacho:

—Umbral, yo quería ser como tú, quedarme en casa escribiendo y mandar los artículos al periódico.

Sin embargo, se ha pasado unos catorce años metido en los periódicos de Pedro con mucha autoridad. Últimamente decidió realizar su utopía y ahora manda los artículos desde casa. Además de creador es un crítico literario y estético de gran penetración, discernimiento y modernidad. No envejece, está siempre igual y ahora tiene tiempo libre para escribir sus novelas, guiones de cine, cuentos, ensayos y todo eso. Yo creo que es de una generación alumbrada por el cine y que no le habría sentado mal dirigir películas. Y esto se comprende viéndole hacer televisión, como le he visto yo. Tenía yo una amiga que le admiraba mucho, demasiado, hasta que un día le dije que ya estaba bien y que me tenía hartado con Manuel Hidalgo. Uno es que es un poco machista. Y esto es lo que pasa con las progres y liberadas, que ya no se enamoran de los cadetes de Caballería como mi primera novia de provincias, sino de los intelectuales de la izquierda exquisita.

De Luis Antonio de Villena me habían hablado, pero no le conocí hasta que entró en *El Mundo*, simpático, generoso, jugando a un decadentismo que no le va a su físico ni a su economía. Es muy trabajador y yo creo que se está ganando la vida a golpe de artículo. Puede escribir de cualquier cosa y tiene una notable cultura. Emma Rodríguez vino aquí a la dacha a pedirme trabajo. No recuerdo si la recomendé yo u otro, porque era lista, y hoy es una cronista literaria que hace artículos, críticas y entrevistas de cultura con una seriedad y precisión que me parecen admirables en este momento en que todo el que ocupa un recuadro quiere contarnos su vida y demostrar lo gracioso que es. Luis María Anson, sin pertenecer al periódico, nos hace un suplemento cultural que es un modelo periodístico en su género. Luis María, que empezó como el niño redicho de una monarquía imposible, es hoy un columnista de primera, cargado de cultura, mala intención, audacia e información. Su «Canela fina» ya la ha rebautizado Ángel Antonio Herrera como «Canalla fina». A Ángel Antonio le traje yo de Albacete y en seguida él se abrió camino en revistas como *Interviú*, donde yo trabajaba, en la televisión rosa y en la vida. Ángel Antonio, además, es un magnífico poeta que de tarde en tarde me manda un libro de versos sutilmente escrito, como *El demonio de la analogía*. Su dedicación a la salsa rosa le está perjudicando indudablemente, pero de la poesía pura no se puede vivir y ahora él gana mucho dinero. Unas navidades me mandó un botellón de colonia carísima que parecía una garrafa de vino.

Al principio de nuestra amistad publicó una biografía de Francisco Umbral realmente malísima. Se veía hecha con prisa y poca información. Ángel Antonio se limitaba por entonces a cubrir encargos urgentes para cobrar unas pesetas. Pero yo no soy un encargo urgente.

Carmen Rigalt, que estudió periodismo en Navarra y que es muy guapa, tenía una nariz admirable, con su huesecillo nobiliario a mitad de camino, como las estatuas griegas y romanas. Pero un día le dio por operarse la nariz y siguió siendo guapa, pero menos original. Mujer dada a la depresión, tuvo momentos graves y en uno de ellos me pidió que la llevase a un médico, a otro médico, y la llevé al doctor Colodrón, gran amigo mío, pelirrojo muy de izquierdas que ahora tiene el pelo blanco, pero sigue siendo de izquierdas. La vio como psiquiatra y la curó con unas pastillas. Nunca me lo ha

agradecido y además tuve que invitarla a merendar.

Carmen, como periodista, empezó en *Pueblo*, pasó por las revistas fáciles y ha dado su mejor trabajo en *El Mundo* como cronista de sociedad con buda ironía y deliciosos detalles. Como novelista tiene varios premios literarios. Era mujer de perros y yo la he pasado a los gatos. Ahora tiene nueve, un marido, que es el acreditado Antonio Casado, y dos hijos que seguramente no la entienden. Escribe en *El Mundo* varias veces por semana y en verano se va a Marbella a hacer crónicas de la decadencia de aquella ciudad.

Martín Prieto es un periodista absoluto que puede meter un gran reportaje en una columna. Antes de escribir de una cosa se documenta misteriosamente. Ahora ha adoptado el estilo de crítica neoyorquina que consiste en hablar más del autor que del libro, y lo hace admirablemente bien. Procede de *El País*, que tuvo que abandonar, y todavía sangra por esa herida.

Raúl del Pozo es un conquense que hace muchos años se me presentó en el Gijón a pedirme un empleo, porque le habían expulsado del periódico *Ofensiva* de Cuenca, como no podía ser por menos entre un periódico del Movimiento y un intelectual agitanado. Le coloqué en una agencia italiana que yo acababa de abandonar. Luego le llamó Emilio Romero a *Pueblo* y le tuvo de corresponsal por el mundo. Raúl hace un género que está entre la columna y el reportaje, mechado de argots y de pequeños detalles que vivifican todo lo que dice. Nunca se sienta en las mesas de los escritores sino en las de los actores, que le parecen gente más viva y vivida. Ha escrito varias novelas. Alterna con los políticos para obtener información. Es un izquierdista puro por sus orígenes y le molesta que alguien pueda considerarle derechista. Antaño el whisky le hacía un poco agresivo verbalmente, pero ya no bebe lo que dicen que bebía. Pedro J. ha conseguido desgitanizarle. Puede decirse de él lo que de muy pocos: que tiene un estilo.

El gran analista político del periódico es Casimiro García Abadillo. Abadillo es un hombre al que se ve poco y se lee mucho. Otros analistas son Jiménez Losantos, Isabel San Sebastián, etc. José Luis Gutiérrez procede de *Diario 16*, de modo que es casi el veterano de este periódico y alterna la redacción con el bar del hotel Palace, de donde saca mucha información. Antonio Gala escribe diariamente un «escarpit» político y arrastra siempre a su público. Luego hay muchos Borjas y muchos Gorkas que son la última generación en el rompiente del periódico. Manu Llorente lleva la cultura y la lleva muy bien. Leopoldo Alas y García Calvo aportan sus estilos peculiares.

El Mundo ha convertido a Pedro J. Ramírez en una figura nacional con tirantes. O quizá Pedro J. ha convertido *El Mundo* en un periódico nacional e internacional con participaciones extranjeras, que no sé lo que es pero suena muy bien.

El escritor acaba encontrando su periódico como cada una de mis palomas acaba encontrando su árbol. Palomas de septiembre, cuando escribo, que azotan el lienzo de la tarde con sus alas grises y violentas. Me encuentro a gusto en *El Mundo* y me permito experimentos literarios que a veces son muy provechosos para la obra en libro. No sé si he dicho ya en estas memorias que el escritor necesita un periódico detrás, al principio para dar la batalla y al final para asistir a las batallas de los demás. El escritor es un solitario que necesita la familia periodística para vivir. De los colegas de la literatura no puede uno fiarse porque éste es un oficio navajero. Sólo en el periódico se trabaja en común, se hace una obra colectiva y eso va creando un tejido de amistad y complicidad muy necesario para la supervivencia. Las personas que nos leen a diario en el periódico nos consideran amigos o parientes, como al que ven familiarmente por televisión. De esta manera es como el creador de opinión va influyendo en los lectores y los lectores en la masa común.

Hago un alto en la escritura para mirar en torno y considerar el espacio que habito y el mundo que me rodea. En el jardín, palomas, ardillas, urracas, la gata. La gata es el

mueble más antiguo de mi casa y eso le da un señorío y una confianza que nos hace buenos amigos. La gata siamesa tiene los ojos entre azules y verdes. Tengo que encontrar una palabra para esos ojos. Uno es escritor para nombrar o bautizar lo inefable, para definir lo maravilloso. Pero hoy mismo encuentro en mi periódico un viejo artículo de un joven escritor. Dice que los maduros se entregan demasiado a la prosa innecesaria. Ignora este chico la magistral y perfecta definición de Azorín: «La literatura está en el adjetivo.» Este joven no ha leído a Azorín y no cree en los adjetivos. Prefiere seguir aplicando los más vulgares. No sabe que el oficio se justifica por la magia del adjetivo. No renunciaría uno al adjetivo en el último artículo de su vida. En este libro estoy jugando a prescindir de la creación o invención de adjetivos, sólo por entregarme al placer de la velocidad.

El escritor nuevo que reprocha al maestro su maestría en el uso del adjetivo es un insensato y un pedante. Por ese camino nunca aprenderá a escribir. Tampoco se puede, por otra parte, reducir los aperos literarios al mero adjetivo. La escritura tiene una complejidad que se manifiesta en el viejo escritor barroco agredido por este joven de que hablo. La facilidad, la galanura y la rapidez del maestro no asoman por ninguna parte en el artículo crítico del novato.

No se puede hacer un artículo negativo de crítica literaria partiendo de una escritura gris, aburrida, triste y de compromiso. Ni tampoco un artículo positivo. Lo único que manifiesta el citado artículo es falta de inteligencia o por lo menos de inteligencia literaria. Es frecuente que la crítica de un grande deba someterse en el periódico a la mediocridad de un comentario camastrón y torticero. Desde la mediocridad no se acierta con la piedra a romper ningún cristal, porque es la piedra de la vulgaridad que se cae en vertical al suelo por una ley de la escritura que no conocemos.

Algunas tardes vienen a visitarme algunos amigos o amigas. Les prefiero de uno en uno. Hoy ha venido Inés y hemos estado en la terraza del jardín hasta que el relente de septiembre nos ha enfriado el entusiasmo. Inés hace un cuadro completo de la política y la vida nacional. La derecha, acomodaticia. La izquierda, disoluta. El capitalismo, abusivo. El país, indeciso. Tenemos un socialismo que no lo es. Esto lo digo yo todos los días en *El Mundo* y hay quien dice que me estoy haciendo de derechas. Lo que pasa es que este socialismo no me gusta, no es el que yo aprendí y no cuenta ni siquiera con el apoyo de una prensa adicta.

Inés viene elegantísima, vestida de leopardo hasta la cintura y con un pantalón negro y estrecho, con zapatos altos, estilizados y a juego, como si viniese a una reunión con fotógrafos y no a un huerto con un escritor solitario y una orilla de agua que refresca el cielo. Pero al final todo se convierte en una tertulia habladora y lo dejo. Decía Eugenio d'Ors que la primera condición para ser orador es una cierta garantía de que uno va a ser escuchado. Por eso me gusta la columna, porque nadie me interrumpe y soy escuchado por alguien, por mí mismo, hasta el final. Toda columna de periódico es un monólogo de un loco, pero cuántas cosas libera esta locura.

El *ABC*, el secular y armonioso *ABC*, había caído en manos de un grupo muy poderoso y en el periódico que quería hacer este grupo sobraba Luis María Anson. Anson, en la calle, exiliado de lo que él sigue llamando «mi verdadero *ABC*», empezó en seguida a tejer un nuevo periódico. Los directores no saben vivir sin un periódico como los toreros no saben vivir sin toro. Hay que hacer la faena todos los días.

Este nuevo periódico se llamó y se llama *La Razón* y tiene ya cinco años de vida. Anson hace, como todo el mundo, el periódico bullicioso y agresivo que se hace ahora. El modelo de periódico más vendido es *El País*, un diario solemne, cargado de razones, cuando no de razón, serio y grande, pero en Madrid nadie imita el modelo y sólo en provincias se ven claras reproducciones de *El País*.

Anson es el periodista adecuado para este tipo de prensa alborotada, donde no importan tanto las razones del enemigo como tener un enemigo. *La Razón* dispara en

todas direcciones y, como ya he dicho aquí, es un periódico que ha servido sobre todo para alumbrar al Anson pandillero, agresivo, descarado, agudo, provocador, con escapes líricos o eruditos, según, pero desde luego el mejor columnista de sí mismo. Anson está fichando para su periódico algunos nombres que le van muy bien y otros que, sospecha uno, los ficha sólo por molestar al periódico asaltado.

Anson ha procurado montar su periódico en un edificio que queda justo enfrente del ABC. Por la noche se enfrentan los dos luminosos. No sé si *La Razón* se vende mucho o poco, pero parece reafirmarse entre la prensa madrileña, o sea nacional. Incluso se ha permitido este periódico hacer su descubrimiento de una estrella, David Gistau, que hace una columna de un folio y muchos días acierta con la palabra dura y caliente y con el mensaje callejero, verídico y escandaloso.

David Gistau viene a verme de vez en cuando, previa llamada. Es un mozallón grande y lento. A mí, que soy alto, me saca la cabeza. A su corta edad se ha casado y se ha divorciado. Escribe mucho de fútbol, demasiado para mi gusto, y tiene la impaciencia de los viajes, aunque Françoise Sagan, que acaba de fallecer, le hubiera dicho: «¿Ah, pero usted viaja todavía?»

Tengo cariño por este chico que cuando te da la mano te da la verdad de la vida, la temperatura de la gente, el clima desabrido y extenso de Madrid. No sé si tendrá paciencia para seguir haciendo un folio diario, el puto folio, como él dice.

6. Camilo José

A Camilo José Cela lo encontré un día en el Gijón, sentado en la mesa de las mujeres y abanicándose con el abanico de Eugenia Serrano, porque era una tarde de calor. Le hice una entrevista de trámite, más por conocerle que por la entrevista. Cuando le pregunté por los mejores escritores del momento me dijo:

—Ponga usted quince o veinte, los que quiera.

Ni él ni yo podíamos presentir la amistad absoluta, completa, total, que nacería entre nosotros dos y que duró muchos años, hasta su muerte. El día que murió estuve ante su ataúd de madera clara, cerrado, sin apariencia mortuoria como si fuese un piano aquel mueble, y yo no pensaba en nada, ni en la vida ni en la muerte, e iba entrando en una paz tristísima y prolongada. Había habido allí mucha gente y pocos escritores, pero cuando volví la cabeza ya sólo quedaba Inés.

En 1965 Camilo fundaba su editorial, Alfaguara, con dinero del constructor Huarte, que le había regalado al escritor un apartamento en Torres Blancas, donde estuve alguna vez con mi mujer tomando una copa, de riguroso luto. En Alfaguara me publicó Camilo José tres libros, una novela corta, una novela larga y una biografía de Larra que fue y sigue siendo lo que mejor ha funcionado. Además, me dejó finalista en su premio de novela. Parece que Cela me iba cogiendo afición. Yo había leído en la provincia el *Pascual Duarte*, que fue para mí como una pedrada de luz en la frente anhelante. Mis ojos estaban acostumbrados a la poesía lírica, a la prosa francesa, a los artículos de la generación del 36 en *ABC*, pero nunca había recibido de un libro una impresión tan brutal, tan compacta y tan hermosa. Luego vinieron los demás libros de Cela, que los que no saben leer a veces descalifican, pero Cela estaba dotado de la prosa más expresiva, más retórica y sobria, más cuajada de la literatura española del siglo, después de Valle-Inclán.

Sin embargo, creo que nunca escribí nada mimetizando a Cela como había mimetizado a Jorge Guillén, Pablo Neruda, César González-Ruano y otras influencias de ocasión. Cela pensaba sacar un semanario en Alfaguara y ponerlo bajo mi dirección. Le dije que sí con la condición de que él escribiera en la revista un diccionario de tacos. «Bueno, ya veremos.» Nunca salió la revista, nunca salió el diccionario, pero tiempo más tarde Camilo publicaba su *Diccionario secreto*, en dos tomos, que se vendió mucho y que era más o menos mi misma idea de los tacos. Cela había metido en Alfaguara a toda su familia. Incluso a un hermano marino lo sacó de la Marina para hacerle gerente de la editorial. Jorge Cela, gran narrador en corto, era algo así como el director en funciones, porque Camilo, que se había puesto a sí mismo un gran sueldo, vivía por entonces en Mallorca y sólo venía por Madrid de vez en cuando.

Publicó en su propia editorial una de sus mejores novelas, *San Camilo 1936*. Hasta que un día Huarte se cansó de perder dinero y Cela se cansó de firmar libros. Cuando firmaba en la Feria del Libro rubricaba «Don Esteban Bilbao». Don Esteban Bilbao era el presidente de las Cortes franquistas, pero el público se iba encantado con su libro y su dedicatoria. Alfaguara alumbró a Manuel Vicent y a Francisco Umbral. Cela me lo dijo muchos años más tarde: «No me equivoqué en ninguno.»

Cela tenía muy claro que había que irse de Madrid para escribir despacio y con paciencia. Un día me lo dijo: «A César le perdió la impaciencia.» Pero él también era un impaciente. Cada vez que ponía una casa se cansaba de ella y se iba a viajar por España o por el mundo. Estuvo una temporada en casa de sus padres, en Ríos Rosas, la casa de Viola, de Ruano, de los Gaos y otros famosos. Camilo pasaba al piso de Ruano y le pedía que le escribiese el artículo de colaboración fija para la agencia oficial: «A ti no te cuesta nada y yo tengo hoy mucha prisa.» César accedía, procurando meterse en la piel de Cela. Un día se identificó tanto con su amigo que Juan Aparicio, al recibir el original, dijo: «Este Camilo es incorregible y va a peor. Esto de hoy sí que no se lo publico.» Y no se lo publicó. Ruano se había pasado de

tremendismo. Era más Cela que Cela. En el fondo de esta anécdota hay una verdad: Camilo José tenía algunos celos de la facilidad de Ruano y su manera de ganar dinero con los artículos. Ha quedado como más novelista que Ruano, pero el artículo, según me decía en sus últimos años, nunca se le dio bien. Entre los géneros cortos, le salía mejor el relato breve. Ninguno de los géneros de desarrollar ideas, un simple ensayo, se le daba bien. Era narrador puro.

Un día le visité en su casa de Mallorca, que era un pisito mono y pobre. Todas las mañanas se sentaba a escribir en la terraza para que los guías de turismo dijese a su rebaño: «Y a la izquierda tienen ustedes a don Camilo José Cela, trabajando en su próxima obra.» Sospeché que Camilo cobró un dinero de la agencia por aquel exhibicionismo. En cuanto pasaba el autocar, cogía el cuaderno y se metía para dentro. Ya era famoso por su *Pascual Duarte*, traducido a varios idiomas. Vinieron mejores tiempos y se compró un chalet junto al mar. La piscina estaba cubierta de azulejos con un gran dibujo no recuerdo ahora si de Miró, de Picasso o de Cocteau. Esta piscina la usaba para tirar al agua a las señoritas que iban a hacerle tesis o entrevistas. También tenía unos perros ferocísimos que mordían en el culo a las torturadas señoritas. Allí vivía con Charo, su mujer, con su hijo y una brigada de secretarios. A mí no me tiró nunca a la piscina porque yo no era una señorita, pero me oyó que tenía miedo de la velocidad y por la noche me dio una vuelta completa a la isla haciendo toda clase de números peligrosos con su coche más rápido. En una de mis visitas interrumpió la conversación porque había venido el practicante. Y me lo explicó uno de sus secretarios: «Dice que le han salido hongos en los huevos y está encantado.»

—Charito, dame un bombón.

—Que no, Camilo José.

Este diálogo se repetía varias veces al día. Camilo empezaba a ponerse demasiado gordo. Admiraban ambos mi largo pelo, pero se pusieron de acuerdo para decirme cariñosamente que me estaba quedando calvo. No era verdad. Aún no lo estoy. A la caída de la tarde llegaban unas cuantas señoras de la clase bien de Mallorca para que Camilo las escandalizase con sus palabras. De pronto, Camilo hacía sonar un gong que tenía a su lado y que estremecía toda la casa. Era la hora de cenar.

Años más tarde le compró al vecino de al lado, que era un militar, su hermoso chalet, exclusivamente para meter y ordenar libros.

Pero todas las casas le cansaban, como ya he dicho, y se escapaba a viajar por el mundo o por las tierras de España para sus libros de viajes, que a mí me parecen de lo mejor de su obra. En una de estas ausencias tuvieron lugar escenas muy dramáticas que acabarían con el matrimonio.

Sánchez Bella escribió un día a Cela proponiéndole ser presidente del Ateneo de Madrid, con quinientas mil pesetas de sueldo mensuales, lo cual para los años setenta era un disparate, y además Cela podía seguir en su isla y no venir para nada a Madrid. El Ateneo lo había llevado una temporada José María de Cossío, el autor de *Los toros*, hermano de don Paco Cossío, de quien ya he hablado. Eran, sí, los primeros setenta. Franco mandaba fusilar a un puñado de revolucionarios. Hubo conmoción en toda España y Cela renunció al cargo del Ateneo, lo cual le hizo respetable para la izquierda por muchos años.

Ya muerto Franco y vueltos los del exilio, Cela invitó a algunos a su isla. Allí estuvo Ramón J. Sender, quien, con los licores del postre llamó a Cela fascista. Cela le dijo a Charo: «Lleva a este señor al mejor hotel de la ciudad y que le atiendan bien. Mañana mismo que se vaya de la isla. Y no le doy a usted dos hostias porque es usted un anciano.»

Los escritores del exilio tenían una aureola mítica, pero no acabaron de encajar en el público español, y mucho menos entre los escritores de España. Alejandro Casona, que había sido una especie de Giraudoux, se quedó en un autor de clase media,

utilizando un lirismo muy pasado de época, con lo que Buero Vallejo siguió siendo el autor de aquellos años. Sender tuvo más suerte con sus novelas, pero sólo por unos años. Rosa Chacel acabó rozada por el ala turbia de la miseria. Francisco Ayala tuvo muchos honores, pero ningún público. Y otro tanto Corpus Barga. Es curioso que volvieron los prosistas pero no los poetas, salvo Jorge Guillén y el tardío Rafael Alberti. Pasada una página de la Historia, Cela se hizo buen amigo del Rey Juan Carlos. Era ya público que esperaba el Premio Nobel. Yo le visitaba en Guadalajara, primero en un chalecito modesto y luego en su finca. Finalmente se trasladaron a un chalet barroco y suntuoso de Puerta de Hierro. Marina le llevó al mundo de las revistas del corazón y acabó siendo una estrella de ese mundo. Pero estaba serio, triste y disconforme, además de enfermo. Hubo un homenaje andaluz a García Lorca y Cela dijo que a Lorca le habían homenajeado los maricones.

Blas Piñar publicó en su revista, *Fuerza Nueva*, un dossier documental probando los contagios fascistas del primer Cela. Se decía que quiso ser espía de Franco, pero hay una carta que, bien leída, quiere salvar del comunismo a varios escritores españoles que pasaban hambre dándoles empleo, trabajo y pan. Con el éxito de *Pascual Duarte* se acabaron estas concomitancias de Cela con el franquismo. La primera vez que Marina le llevó a visitar a un modisto, éste les pasó una película con sus creaciones, y Cela le dijo a ella:

—Estás en buenas manos. Me voy a la Academia.

Los más asiduos a aquel chalet fastuoso de Puerta de Hierro, después de las clases altas, éramos Jaime Campmany, Raúl del Pozo, Gómez de Liaño y yo. También íbamos de vez en cuando a casa de los Oriol, en Madrid o en Toledo. Inés es una gran señora recibiendo y cenábamos poco pero exquisito. Camilo pasaba los veranos en Marbella acompañado de Raúl o del armador Fernández Tapias, a quien Marina llamaba Fefé, hasta que él la contestó llamándola Marina Mercante. Eran cosas que ocurrían en los yates de Marbella.

Cela siempre apostó por mí para el Premio Cervantes y me dedicó artículos en *ABC*. En uno de ellos decía que yo tengo los hombros estrechos y no se lo perdoné nunca porque yo tengo los hombros anchos. Todo venía de un reportaje gráfico que me hicieron en *Paris Match* anunciando viagra.

Entre unas cosas y otras, me dieron el Cervantes en el año 2000 y Cela estaba en el jurado. Y me lo dieron pese a ser estrecho de hombros, según Cela. Parece que esas cosas no cuentan mucho en tan grandes premios. La mañana que me entregaron el galardón en Alcalá, con José María Aznar en el cortejo del Rey, Aznar me dijo: «Con las cosas que tú has escrito de mí y aquí me tienes a darte el Premio.» También estuvo, entre tanto roperío ilustre, Cayetana Alba, con el último abrazo conmovido de Jesús Aguirre.

Pocos años antes se me había concedido el Príncipe de Asturias, junto a Adolfo Suárez, Indro Montanelli y otras figuras internacionales. Suárez me dijo: «Si algún día te presentas al Nobel, dímelo y te echaré una mano.» En el palco presidencial o regio estaba la Reina Sofía con el Príncipe Felipe. La esposa de Lázaro Carreter, que era presidente del jurado, me dijo que le había gustado mucho mi discurso. Y Fernando se asegundó:

—Y cómo lo ha leído, cómo lo ha leído.

Una tarde del cálido verano madrileño cenábamos Cela y yo en una terraza de la calle, con otros amigos, como García Nieto, y teníamos cerca a un ciego de aquéllos que se desgarraban anunciando la mercancía. Camilo nos dijo de pronto que escuchásemos al ciego:

—¡El cupón para hoy, tabaco negro, lo tengo rubio, tengo lotería...! Pero qué coño, si no tengo lotería.

Estos matices de la retórica popular sólo los captaba Cela y además acudían a él,

como una vez que se lió a golpes con un taxista, en Mallorca, y otro taxista le gritó de lejos: ¡«Remátelo, don Camilo!» Camilo José vivía lo popular sin necesidad de buscarlo, como cuando, en un camino, otro vagabundo de más edad y prestancia le preguntó si él tenía el Don. Cela le dijo que no, que no tenía el Don, y el otro, con gran aspaviento y cierta grandeza: «Entonces, si no lo tiene, me va usted a perdonar, pero no puedo donárselo.»

Y allí se quedó Camilo, cansado y solo, perplejo, perdido el Don que nunca había tenido. En sus viajes a pie siempre evitaba las ciudades, porque no le interesaban. Una vez me lo dijo: «He dormido, Paco, por lo menos una noche, en cada capital de provincia.» Amaba España, esa España, con una pasión fría e intensa. Muy de mañana cogía dos truchas en el río. Una se la comía asada y la otra cruda y fresca, como una fruta, a modo de postre.

7. Glosa y memoria de Eugenio d'Ors

Visité una vez a Eugenio d'Ors en su casa de la calle de Sacramento, en ese viejo Madrid tan limpio, tan solitario, tan grato, que es como todo un siglo español, un siglo que ha quedado ahí remansado y aparte, tan cerca y tan lejos de los mesones y de los clásicos. Su mal, por entonces, eran las piernas. Le hice una entrevista.

—En la ermita me están haciendo un ascensor para subir al piso de arriba. Yo ya no puedo.

Don Eugenio tenía una ermita a la orilla del mar, como si hubiese clavado un cuadro en el paisaje. Le gustaba vivir y morir como un clásico, aunque era un clásico heterodoxo que rompía todos los esquemas y no se llevaba bien con el clasicismo fenicio de sus paisanos catalanes. En Madrid había encontrado mayor acogida o mayor indiferencia, vaya usted a saber. Nunca llegó a escribir en *ABC*. Le relegaron al *Blanco y Negro*. Ortega se ve que no le quería en su *Revista de Occidente*. Yo era un Umbral anónimo que todavía no había publicado nada importante en Madrid. Lo que más impresionaba en d'Ors era la voz, una voz cuidada, profunda, grave, musical y muy social.

A Eugenio d'Ors le había leído yo en el *Arriba* y otros periódicos. Tenía sus glosas reunidas en libros, y eran lo que más se leía de él. El que no se le entendiera bien, según se decía, era cosa del estilo más que del concepto. Yo le leí siempre de corrido. Había sustituido la profundidad del concepto, muchas veces caprichoso, por la complicación del estilo. Y esto no era un truco sino que dentro de aquel clásico vivía un barroco arrebatado que continuamente daba patadas por salir fuera. Se vendió a sí mismo como clásico, pero vivía y escribía según aquel barroco catalán y parisino que le había formado. A veces, sus párrafos cortos parecen denotar armonía, pero sólo introducen más complejidad. Lo que más vivificaba todo esto era la gracia, su gracia interior y sonriente, su ironía, su dandismo, su distancia de lo que verdaderamente estaba diciendo.

Con el esfuerzo que aplicó a falsear una filosofía podía haberse hecho una filosofía de verdad. No le faltaba pensamiento a su poderosa frente, pero le traicionaba gratamente su ironía, su incapacidad de tomarse nada en serio. La calle de Sacramento sigue estando ahora limpia, pulcra, civil y solitaria. Es la primera calle que barre el Ayuntamiento por las mañanas, pues es la que le queda más cerca. Así está de relimpia. Es como el folio que espera en blanco la glosa de Eugenio d'Ors.

Le apasionaba la pintura, la escultura, lo plástico, pues aunque profesaba en las disciplinas abstractas, sus mejores teorías nacen del contacto directo con lo concreto. Fue el primer crítico de arte en la Europa de su tiempo. Lo que no le perdonaban los catalanes ni los filósofos ni nadie no era su artificiosidad tan seductora, tan inspirada en Churriguera. Lo que no le perdonaban era su ironía, su exquisito desplante, su gracia. Conservo el recibo de una revista casualmente llegada a mí, donde le daban quinientas pesetas por un artículo.

8. José Hierro, ala de oxígeno

Con su ala de oxígeno, José Hierro sobrevoló los últimos años de su vida las ciudades, los países, el mundo, con ala de oxígeno vivió y murió el poeta del siglo, el amigo fiel, el hombre sabio, dulce y violento de la poesía española. En los años 50 y en la provincia conocí a José Hierro personalmente. Venía leyendo sus libros algún tiempo antes. Le descubrí en un dominical de ABC con un poema bello, triste, amoroso, musical, que se quedaba en el oído. «Musical», he dicho. Lo primero que impactaba de Pepe era la música, la cadencia de su palabra sencilla, la rotación lenta de sus versos. Un amigo me prestó dos pequeños volúmenes —Afrodisio Aguado— donde venía toda su obra hasta entonces. Dada la facilidad de aquel tipo de libro, leía yo a Hierro andando por la calle. Muchos poemas llegué a sabérmelos de memoria: «Pero todo habrá cambiado, amado, pero todo habrá cambiado.»

Era la poesía del momento, era Juan Ramón Jiménez pasado por el social/realismo. Era lo que un chico de mi edad podía escribir sin ruborizarse ni quedar anacrónico.

Ya en Madrid, me llevó a dar una lectura a su Aula Pequeña y fabricó, siempre pintor, una portada para mi primer libro de cuentos. Hierro iba y venía, entraba y salía, era siempre rápido y eficaz, y siempre el mismo, con su bigotillo inevitable, por entonces, su herencia de cárceles, su calva de cráneo armonioso y sus manos inquietas. Era el poeta de su generación.

Todo el invierno le veía en el Ateneo y durante los veranos le veía en Santander, Universidad Menéndez Pelayo, o en su casa, ligera y construida sobre el mar, de la que salía ya con el bañador y se pegaba una carrera hasta el agua, decidido a nadar violentamente contra las olas cantábricas. Eso lo ha perpetuado en su poema *Paganos*:

«Subía entonces a tu casa / la juventud. Para qué apuras el vino, / entraban por las puertas / las luminosas criaturas / del paraíso del instante, / las enigmáticas volutas / del azul, las bocas candentes / del trigo, el germen de la música, / lo eternamente jubiloso / sobre la tierra o las espumas.»

Sus clases en la Universidad eran rápidas, claras y diferentes. Venía recién salido del mar o se iba deprisa al mar, como con urgencia de no perder la rueda de las olas.

Siempre el rostro atezado de soles y de sal, siempre el humor, nunca la sonrisa, el Cantábrico era su reino, el mar reducido y deducido de aquel breve diablo que vivía en su orilla con la espuma por almohada.

Era visto y no visto. Las universitarias parece que le querían y sus clases eran unas vacaciones de fuego y mar para luego volver a las penumbras del Ateneo madrileño. José Hierro estuvo muchos años sin escribir, o al menos sin publicar, sin que se supiera por qué. Éste era un enigma concéntrico a los enigmas de su vida y su obra. Después de *Cuanto sé de mí* y *El libro de las alucinaciones*, guardó largo silencio de mucho tiempo. Reaparece unos años antes de su muerte, cuando ya el tabaco le quemaba los pulmones. Leí una conferencia sobre él ante la Reina Sofía. Unos cuantos libros recopilatorios, breves y volvía a ser el mismo pero engrandecido. *Cuaderno de Nueva York* se asiste de la grandiosidad de la música, es uno de sus libros mayores y está ya más cerca de la poesía consagrada que de la poesía social. Sabía que estaba haciendo su último libro. Pasada la grandiosidad pueril de la vida, enriquece su obra con la grandiosidad de la música y, en rebaño de grandiosidades, sitúa el éxtasis en Nueva York, entre el mar y la vertical habitada de aquella ciudad. Bach y los más grandes le asisten en este peregrinaje solitario por las ojivas profundas de la música. Ha encontrado en ella el advenimiento de un cielo que es humano, que es divino, que no es humano ni divino, que es suyo y le aureola.

9. Rosas y vino para un poeta

Flores anónimas y arrancadas, flores mojadas en vino, lapiceros de colores. Los nietos enredando entre sus pies, José Hierro se ponía a pintar en mitad de una comida, después de una cena, en un viaje. Él, tan locuaz, se quedaba hermético, no participaba en la conspiración general y pintaba rápido, nervioso, inspirado, porque también los aficionados tienen inspiración. A mí me hizo la portada de mi primer libro, *Tamouré*, pegando papeles de colores, rectángulos de luz.

Desde los primeros momentos se veía que ponía más inspiración en la pintura que en el dibujo. De todo hacía un color. Dijo Eugenio d'Ors que el dibujo es la honradez de la pintura. Pepe, Pepe Hierro vivía la honradez de ambas cosas, pero se emocionaba más, le temblaban más las manos inventando colores, creando colores inéditos con unas migas de pan, con una lágrima de vino, con todo aquello que él convertía en impresionismo abstracto o figurativo, manchando mucho la mesa donde trabajaba. Cada vez era más dado a aislarse en su pintura, que le permitía desbocar una pasión secreta y, de paso, distanciarse correctamente de la conversación general, cargada de tópicos, de pedantería y de versos. A sus pies, la bombona del oxígeno que de pronto se colgaba al hombro, como un ala de salud, para marcharse.

José Hierro fue crítico de arte. Más de una vez recorrí con él las galerías de Madrid, al caer la tarde. Tomaba unas notas en un cuaderno para luego, en casa, escribir la crónica de cada exposición. Hierro era un crítico claro, riguroso, rápido, honrado, con ideas muy concretas sobre la pintura. Pero más que por sus críticas veía yo por sus creaciones la tendencia a crear una vaguedad de caras sonrosadas, de cabellos con perfume de vino, de improvisaciones que eran hallazgos. Nunca me atreví a pedirle nada. La plástica, sin duda, era su segunda vocación. Quizá dedicó más versos a la música o hizo siempre versos musicales que resonaban en su pecho, pero la pintura era el sello ingenuo que nos dejaba una personalidad tan complicada como la de Hierro.

Cuando conocí a Lines comprendí aquel amor: aquella cabeza era lo que él hubiera querido pintar, una luz rubia que venía del hermoso pelo y una sonrisa pálida siempre y para todos.

Pasaba el tiempo, le hicieron académico, todos los días le daban algún premio, tenía la prisa de vivir y de fumar, iba con su ala de oxígeno volando España y posándose en las más altas almenas de la lírica. Una conferencia suya era una conversación, un relato, una representación, una sorpresa. Algunas tardes vino a buscarme a casa para irnos en un coche a Segovia, a Ávila, a Cuenca, para dar nuestras conferencias. Pepe hablaba de todo y yo hablaba de él. Nada más entrar en mi huerto se ponía a dar botes con una pelota o una fruta. Cuando trabajó en la radio, lo primero que hacía, al llegar por la mañana, era quitarse la chaqueta y hacer el pino durante un rato. Nunca supe qué es lo que escribía en la radio. Lo del pino tenía bastante desconcertados a los otros redactores.

Partíamos en el coche hacia la provincia inmediata. Había un chofer, estaba Lines, estaba Pepe, dormido y delirante, y estaba yo. Conocía los hoteles, conocía las posadas, entraba y pedía vino, se ponía y se quitaba la bombona de oxígeno, un día le llamaron por teléfono al coche para decir que le habían dado el Premio Miguel Hernández de poesía. Dio las gracias, colgó y seguimos hablando de otra cosa. Conocía los ambientes, los campos, conocía España, después de los primeros vinos se ponía a dibujar en un rincón, hasta la hora de la cena.

En mitad de una conferencia donde yo estaba leyendo algo sobre él, me quitó el libro de las manos, lo cerró y lo guardó. No soportaba que se hablase tanto de José Hierro. Pero era igual, porque yo seguí hablando de él, ya sin libro, y tuvo que aguantarse. Cenaba bien, pero exquisito, sabio, selectivo, alternando los manjares rurales con los lujosos pescados de gran hotel y los vinos, el vino blanco, el vino tinto, el chinchón del

pueblo, le gustaba comer pero estaba delgado, cuando salíamos del hotel, ya la pequeña ciudad cerrada y dormida, preguntaba a gritos por la casa de prostitución, sólo para alborotar. Luego volvíamos en el coche a Madrid:

—Me verás bebido, pero nunca borracho.

Cuando le hospitalizaron definitivamente yo iba a verle algunas tardes.

Compartía la habitación con un señor del Seguro. A lo mejor él también era del Seguro. Dibujaba sentado en la cama, cumplía encargos que le habían hecho como pintor, sacaba de debajo de la almohada un artículo mío, recortado del periódico, que le había gustado.

—Qué bueno es esto, por qué no escribes versos, cabrón. Eres un poeta exquisito pero te gusta ir de hombre terrible.

Esto me lo dijo muchas veces, pero yo nunca quise decirle que escribía prosa porque la prosa se cobra y el verso no. Incluso él tenía que ayudarse de la prosa. Había un cielo muy alto, un clima muy claro, pero yo veía que eran las últimas tardes del amigo, del poeta. Le dejaba unas flores para que pintase y me iba. Se venía conmigo, en pijama y descalzo, hasta el ascensor. Recuerdo la última tarde, que fue como otras, pero yo salí del hospital con la pesadumbre de la muerte invadiendo un sol excesivo. Luego, en el tanatorio, tuve la cabeza frágil de Lines en mi pecho.

10. La Getafe

La Getafe no era de Getafe ni vivía allí, pero todo el mundo la llamaba la Getafe. Era una estrella secundaria de aquel mundo del destape que trajo la Santa Transición. Entre el porno y el meretrizaje aquella mujer vivía bien, ganaba dinero y lo invertía en almacenes que luego alquilaba con una renta mensual muy saludable. Cada vez era más empresaria y menos kilona. La conocí personalmente en un plató de televisión donde la entrevistaban y retrataban unos periodistas catalanes. La Getafe debía de ser algo así como una musa menor de la Movida.

Cuando se fueron los catalanes nos quedamos solos y me llevó a dar un paseo en su coche utilitario de color rojo. La Getafe yo creo que me cogió afecto porque no era uno de esos tipos que van a cosa hecha, sino que me ponía un poco tímido y cariñoso, pero no en follador profesional. Así fuimos teniendo, a partir de aquella tarde, una amistad alegre y divertida, que naturalmente pasó por todas las ojivas profundas del amor de este tipo, pero sin dejar de ser amistad, complicidad y compañerismo. La Getafe me compraba relojes y botas vaqueras. Se conoce que tenía el vicio del macarra y quería convertirme a mí en eso mismo. Yo no correspondía a sus regalos, que era la manera de cortarlos. La Getafe llamaba por teléfono a mediodía, todavía desde la cama, y conversaba y se reía con toda la marcha que le quedaba de la noche anterior, que seguramente fue más triste de lo que yo me imaginaba.

Lo que de verdad hacíamos era beber mucho whisky desde media tarde hasta media noche, pero nunca nos poníamos borrachos sino optimistas y amorosos. Alguna vez la iba a buscar a su casa, donde estaba con una amiga y el clásico señor de Bilbao, que había llevado algún regalo. La Getafe se jactaba de tener un novio intelectual que escribía en los periódicos. La Getafe era una belleza española pasada por la locura y la popularidad. La Getafe tenía un perro lobo con el que yo me encariñé en seguida, como con todos los animales. De pronto, la Getafe se quitaba una zapatilla y azotaba al perro. Un día me puse en pie, aparté mi whisky y dije:

—Si quieres tener un perro, tenlo con todas las consecuencias y respétale un poco. Si no quieres tener un perro, échale a la calle, pero no vuelvas a pegarle mientras yo esté en esta casa. La Getafe no soltó el trapo ni me replicó, sino que parecía incluso complacida de someterse a mi autoridad. De pronto, había un hombre en la casa que no iba de señor de Bilbao. Aquel lobo era muy hermoso, ya digo, y no tenía nombre, lo que le conservaba más salvaje y más guapo. Algunas tardes paseábamos al perro y nunca más vi que la Getafe le pegara.

La Getafe sabía beber, sabía alternar, tenía amigos en el cine del estilo de Alberto Glosas, sabía llevar una relación, aunque de pronto rompía su belleza española con una risa salvaje. Una tarde presentaba yo un libro mío en el Casino de Madrid, o más bien lo presentaban una docena de escritores, desde el filósofo Aranguren hasta el humorista Máximo.

Bien, pues allí estaba la Getafe, sentada entre el público, con un abrigo negro muy llevadero, casi como una intelectual. Yo no le había dicho nada de aquel acto, y mucho menos la había invitado, pero la Getafe estaba en todo y estaba allí. De pronto comprendí que mi vida estaba partida entre el roperío y los intelectuales. Un día me llevó a su casa a comer, te voy a hacer una tortilla de patata que te va a gustar, ya sé que te flipa la tortilla de patata, pero tú te has creído que yo no soy una mujer de su casa y que no sé hacer tortillas de patata.

Nos sentamos muy solemnes en el comedor y aquella tortilla tenía tales arrobas de sal que estuve a punto de devolver:

—Te sale muy bien la tortilla a la sal. Te felicito.

—No te gusta nada, cabrón, porque se me fue la mano en la sal, pero no te atreves a decírmelo porque eres muy fino. Debía haberte dejado llegar hasta el final a ver si te morías de un infarto de sal.

Nos reímos mucho y tiramos la tortilla a la basura. La Getafe todo lo hacía bien, menos la tortilla de patata con sal. La Getafe pasó un tiempo por mi vida y luego se la llevó el vendaval con lentejuelas del cine, el teatro, la popularidad, las revistas y los hombres. Ahora recuerdo a la Getafe con cierto cariño, porque fue buena y cariñosa, capaz de estimar a un hombre de acuerdo con su belleza española de calendario o de revista porno.

La Getafe tenía una cama redonda y un baño redondo en su piso, o sea que se lo había montado en serio. Sus amigos no me gustaban, pero me encontraba a gusto con ella a solas. La Getafe hasta me leía en los periódicos:

—Últimamente te estás poniendo muy político y muy coñazo. No hay un dios que te lea.

—Tú nunca me habías hecho un elogio de modo que ahora tampoco tienes derecho a criticarme.

La Getafe se voló de la vida española como se volaron la Santa Transición, la Movida, la apertura de Suárez y las conjuras militares o civiles.

Se me pasaba decir que la Getafe era de derechas.

11. Las europeas

La parisina fumaba porros sin parar y se llamaba Louchette. Parece que había venido a Madrid a entrevistar escritores españoles y hacer algunas traducciones. Louchette era periodista. Yo no le había caído muy bien, pues las francesas vienen con un modelo de español que luego no responde a la realidad y las decepciona o sencillamente no le entienden.

Louchette era alta, grande, vestía siempre conjuntos vaqueros muy usados, con la cazadora desabrochada y las botas también. Era como una versión fracasada de la chica de moda. Louchette era guapa, rubia, con un cuello muy largo que torcía como un cisne, en todas direcciones. Hablaba su francés con toda naturalidad, convencida de que todos los españoles hablaban asimismo francés, ¿qué iban a hablar si no? Louchette me hizo una entrevista en el bar del Palace, pero se le veía la mala gana, el poco interés y la falta de motivación periodística que era yo para ella.

Lamenté que una criatura tan original y espectacular me prestase tan poca atención. Louchette había sido finalista en el concurso de Miss Francia y me enseñó algunas fotos desnuda que le quedaban de aquella victoria o aquella derrota. Comprendía uno que igual podía haber ganado aquella señorita el concurso de Miss Francia. No pude ni imaginarme cómo sería la ganadora. En todo caso, más parecía que le estuviese yo haciendo una entrevista a ella. De pronto Louchette dio la cosa por terminada, se guardó el porro sin apenas haberlo acabado y se fue despidiéndose poco. Yo me reintegré a mi tertulia, procurando olvidar aquel hermoso desastre humano, y al cabo de una hora o así, Louchette reapareció. Se sentó a mi lado sin dar explicaciones y volvimos a hablar.

Ya entrada la noche, ella y sus amigas me llevaron a los bares con música del Viaducto y las Vistillas, que yo apenas conocía. Ellas iban mucho y consumían alcohol, alguna droga modesta y no sé si algo más. Louchette y yo no acabábamos de encarrilar una conversación de donde pudiera nacer una buena entrevista o una buena amistad. De pronto Louchette se echó en el banco de madera donde estaba sentada y puso sus largas piernas sobre las mías. A partir de ese momento hablamos más a gusto y nuestros cuerpos se comunicaron como no se habían comunicado nuestras cabezas.

Pedimos más whisky y la cosa se puso en marcha. Antes de lo que yo esperaba, Louchette me anunció que se iba a casa y la llevé en un taxi. Vivía en la Fuente del Berro, cerca de Doctor Esquerdo, con otras amigas, con otras europeas. Yo recordaba la Fuente del Berro porque allí había tenido una camarada del Partido Comunista. Todo estaba peor, más viejo y más feo. Louchette no me invitó a subir ni yo se lo pedí, pero quedó en llamarme en seguida, mientras seguía trabajando en la traducción de Francisco Umbral, un escritor español que no parecía tener mucho que ver conmigo, el triste bebedor de whisky.

Efectivamente me llamó y nos veíamos de vez en cuando en su apartamento, que daba sobre los tejados de aquel barrio tan madrileño, tan solitario y tan triste. Parece que Louchette se iba acostumbrando a mi persona. Yo, lleno de cursilería madrileña, algunas veces le llevaba flores, pero ella me dio a entender que prefería que no la llevase nada. Por aquel barrio me había hecho a mí una entrevista Juan Cruz en un garaje, cuando le echaron de Santillana. Era una entrevista para darla el día de mi muerte. Juanito estaba haciendo una serie. A la altura de aquel garaje, más o menos, cogía yo todas las noches el taxi. Lo nuestro era ya un romance, por decirlo en el lenguaje de Françoise Sagan.

Algunas noches Louchette salía con sus amigas y amigos y me decía que iban de marcha. Frecuentaban las traseras de Atocha y le daban al botellón o a la litrona. Con ellas iban algunos españoles que se fingían muy enganchados a la droga, pero que en realidad sólo buscaban ligue. No sabían ellas cómo era el instinto cazador del macho ibérico. Si yo iba con ellos y de pronto decidía marcharme, Louchette me acompañaba

por aquellas calles de adoquines y farolas dormidas. Cazado el taxi, me daba un beso de despedida. Descubrí que todo el caserío derrumbante del viejo Madrid estaba siendo ocupado por esta juventud europea que encontraba en España la última reserva de vida libre y salvaje, sobre todo de vida nocturna.

Pero Louchette tenía que volver a París (sospecho que no le quedaba dinero) y miré por última vez las fotos de la presunta Miss Francia, fotos que ahora tenía encajadas en los marcos de algunos cuadros. Era todo el caudal que yo perdía. Me acompañó caminando hasta Doctor Esquerdo, subimos unas numerosas escaleras del barrio y mientras esperábamos un taxi vi que Louchette lloraba un poco en silencio.

En lo sucesivo me escribió algunas cartas a las que contesté ya desambientado y perdido otra vez el clima tan peculiar de su vida, la droga, el alcohol y Simone de Beauvoir. No sabía el taxista cuántas cosas rompía cuando arrancó de nuevo su coche. La Fuente del Berro, allá abajo, se hundía en la oscuridad de los barrios sin farolas. Siempre que recuerdo a Louchette me paro en el mismo detalle. Una vez daba yo una conferencia en Bellas Artes y Louchette vino conmigo. A media conferencia, le quitó a un señor el sombrero de la cabeza y se lo puso ella. Le quedaba tan gracioso que el caballero no se decidió a reclamar su *chapeau*.

Miguel Delibes había publicado su novela *Mi idolatrado hijo Sisí*, que tuvo gran éxito. Alguien la llevó al cine con Miguel Bosé como protagonista. Hay una vicetiple de paso por la ciudad con su compañía. Es una mujer muy atractiva, extranjera sin duda. Miguel Bosé y su padre compiten por el amor comercial de la vicetiple. Pero el padre se retira del conflicto en bien de la aventura de su hijo. Es la consecuencia lógica de la historia de un matrimonio que practica la nueva ley social del hijo único, cosa que Delibes combate sañudamente como novelista y como padre. Tuvo casi una docena de hijos. Aquella peliculera desconocida despertó todo mi interés, pero al salir del cine había olvidado sus ojos verdes y sus piernas de vicetiple.

De vez en cuando recibía yo en el periódico, que entonces era *El País*, mensajes enigmáticos y anónimos, que en todo caso parecían femeninos. Yo tiraba sistemáticamente a la papelera aquellas cartas, porque había empezado ya a recibir una correspondencia abultada como columnista. Creo recordar que un día mi amigo Antonio Olano me habló del interés por mí de una yanqui que por entonces trabajaba en Pasapoga, en el gran espectáculo que se llamaba Crazy Horse. Me fui a la puerta de atrás de Pasapoga y resultó que el portero era un chico joven y simpático, compañero mío del Partido Comunista.

—Tú vienes a ver a Washi.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque me pregunta todas las noches si ha pasado por aquí Francisco Umbral. Ven, que te bajo a saludarla antes de que empiecen.

Era la época del café teatro y el destape. En uno de estos cafés había visto yo a dos chicas que actuaban completamente desnudas. Una de ellas me recordó a la tal Washi, pero sólo por un momento. Estaba más atento a los desnudos que a los parecidos casuales.

Ya en el pasillo de los camerinos de Pasapoga oí la voz de mi amigo, que por lo visto se llamaba Donado, diciendo mi nombre a gritos y respondido por una voz femenina que le mandaba a la mierda en inglés. Donado volvía a subir la escalerilla que antes habíamos bajado juntos y me dijo al pasar:

—Espera aquí un momento que ahora sale. No se creía que eras tú porque te escribe siempre invitándote a ver la función y nunca has venido. Yo creo que cuando supo que los dos éramos comunistas se enamoró de ti y casi también de mí.

Eran los años de la Santa Transición y un neocomunista español resultaba fascinante para la fatigada Europa. Pero Washi venía por el pasillo hacia mí. Estaba completamente desnuda y envuelta en una crema roja y reflectante que hacía

imposible apreciar aquel desnudo. Por lo visto era una crema especial que daba todo su rendimiento a la luz de los focos. Washi me habló mucho en inglés, no me besó para no desmaquillarse y me dio un papel que llevaba en la mano. ¿Otra cartita indescifrable? No, era una invitación para ver el espectáculo. Antes de que empezase, Washi ya era un espectáculo para mí y, por lo visto, yo para ella. Sí, porque era ella, la misma de la peli y del café teatro. Por lo visto, una vedette londinense venida a España a lo que saliere. De pronto me vi sentado en el salón de los palcos y las lamparitas, solitario ante mi solitario whisky.

El espectáculo era realmente fuerte, bueno, duro, no consentía en ningún atalaje que no fuera el desnudo y me pareció localizar entre aquellas bellezas alguna indudable lesbiana de cuerpo bello y casi masculino. El desnudo de Washi era como una estampa blanquísima y angélica en un tratado sobre el demonio. Además de los números colectivos, Washi tenía un número para ella sola donde la blancura de su cuerpo rubio no permitía adivinar aquella crema roja, llameante, con que, por lo visto, Washi se paseaba por el pasillo antes de empezar la función.

Mientras la veía evolucionar en la pista, ella sola y angélica, llegué a la convicción ya apuntada de que allí había mucho lesbianismo, cosa fácil de adivinar observando la relación coreográfica de algunas chicas con otras, aunque un señor de provincias habría supuesto, muy ladino, que se trataba de otro truco para embelesar al espectador. Cuando terminó el espectáculo y salimos a la calle, ella llevaba una triste gabardina española y parecía más una meretriz inexperta que una diosa de la escena, pero seguía siendo bellísima. Le pregunté por la presunta lesbiana que la rondaba dentro y fuera de la escena. Me dijo que era alemana, que efectivamente ejercía de lesbiana y que ella la había tolerado varias noches porque la alemana no tenía dónde dormir o porque la propia Washi necesitaba compañía, una mujer, un hombre, lo que fuese. Washi vivía en un ático de la Gran Vía en comunidad con las estatuas de los pequeños rascacielos de esa calle. Quedaban todas a la misma altura.

Quedamos para el día siguiente en el teatro y me confirmó que efectivamente ella era la de las cartas indescifrables al periódico. Adiviné que además de a mí seguramente había escrito a otros españoles famosos que la gustaban o le interesaban. En efecto, entre esos españoles estaban algunos hijos del filósofo Julián Marías, de modo que todo iba quedando en la familia literaria, desde los Delibes hasta los Marías, pasando por mí.

Washi la verdad es que no tenía mucha afición por eso de enseñar el cuerpo, de modo que pronto dejó los espectáculos, se despidió de la compañía de Crazy Horse y se dedicó a la fotografía periodística con ese instinto que suelen tener las nuevas generaciones para el cine. Una cosa que le divertía mucho era hacerme fotos en la ducha y ampliar luego los genitales: se reía como una niña. Del ático de la Gran Vía pasó a un piso de la calle Ibiza, frente al hospital Gregorio Marañón y la casa donde ya creo haber ubicado a Dionisio Ridruejo, cuando él traducía a Pla y me contaba historias de la División Azul.

En una tarde de invierno nos cubrimos de almohadones en la cama, a más de encender la pequeña estufa que había comprado Washi. Yo tenía sus ojos muy cerca y de pronto me parecieron maravillosos, mágicos, fogueantes en verde, y lo eran, sólo que además estaban reflejando el fuego de los almohadones, ya que uno de ellos había caído sobre la estufa. Saltábamos desnudos e iluminados, como demonios de varios sexos, entre el peligro que enrojecía la estancia. Saqué un almohadón a patadas hasta la azotea y luego estuve viendo, divertido y ya sin peligro, cómo el cuerpo de Washi volvía a ser rojo, igual que aquella noche de la crema roja en Pasapoga. Ella se divertía con los almohadones y yo había recuperado el carácter mágico de su desnudo. A veces Washi hablaba por teléfono con uno de sus amigos mientras hacíamos el amor ininterrumpidamente. Dejé de ver a la chica una temporada, hasta que me la encontré

en la plaza de Chueca y me invitó a subir a su piso, pues se había cambiado de nuevo. Le iba mal en casi todo y sólo confiaba en la amistad de una persona que nunca supe si era hombre o mujer, pero que casi siempre estaba en la casa. Washi sentía por ella una rara admiración, no sé en razón de qué. La plaza de Chueca, que luego fue el ágora homosexual de Madrid, se animaba mucho por la noche, cuando llegaban los ciegos del cupón a hacer fiesta con sus ciegas, en torno al afortunado que había vendido el premio. Tras de los ciegos vinieron los drogatas, los pinchados, los de la litrona y toda la pululación nocturna de Madrid.

Volvió a perderseme Washi entre esta polvareda humana y sólo a veces recibo una carta de ella. No sé si sigue haciendo fotografías. Tenía una gran sensibilidad para la imagen, pero no para la escena. Su cabeza tan lírica y su cuerpo de ángel caído, o a punto de caer, encerraban una cierta rigidez expresiva que la imposibilitó siempre como mujer espectáculo. Alguien le había dado la perfección, pero se había olvidado de la gracia. Ya no sé si está en Inglaterra o en Estados Unidos.

La verdad es que no me he molestado en averiguarlo. A veces lo angélico pasa a nuestro lado, pero ni siquiera nos enteramos de que tiene alas.

Recién publicada mi novela *Travesía de Madrid*, que como ya he dicho me editó Cela, me llamaron de la Universidad de Santander, Cursos de Verano, para su Curso de Literatura. El que me escribía era Francisco Ynduráin, un catedrático de prestigio, un especialista en novela española y de todo el mundo, eso que se dice una autoridad. Santander, que yo no conocía, creo, tenía en su mar de nube y cielo sumergido, aquella península de La Magdalena, que era geográficamente como un puño cerrado que se adentraba en el mar. Ynduráin era un hombre cordial y enterado que nunca perdía el toque de autoridad que tenía su palabra.

En mitad de aquel paisaje destellante y joven, Ynduráin me hablaba de mi novela como si yo fuera Galdós. La había estudiado a fondo. Iba a haber clases y seminarios sobre mi libro y conferencias mías sobre el mismo tema. Me abrumaba aquella gloria repentina, el convertirme de pronto en una autoridad del género. Hubiese querido que *Travesía de Madrid* hubiera sido una novela mucho mejor. Yo no sabía que eso de la literatura funcionaba tan bien. La Magdalena era un palacio que habían levantado los Borbones para competir con San Sebastián. Durante la República Pedro Salinas había sido Rector de La Magdalena. Ahora veía yo por allí a Cela, que tomaba el sol, hacía tertulia y sin duda había sido mi mentor de *Travesía de Madrid*, dada la amistad y dado que era una novela de su editorial. También vi a Vilanova, a Manuel Alcántara, a Ángel González, Camón Aznar, Lucio Muñoz, Cristino de Vera y otros pintores, pues Camón le había metido gran actividad a los cursos de arte.

Había mucha gente de Madrid y, de vez en cuando, el relámpago moreno de José Hierro. A partir de aquel verano estuve unos quince años en los Cursos de Verano de la Menéndez Pelayo. Primero fui alumno de muchas cosas y luego profesor de alguna. Camón Aznar me decía que eso del existencialismo ya lo habían profundizado los místicos. Estábamos en los 60 y lo más que se podía ser era existencialista. Catty era una holandesa con hermosa cabeza de águila real y cuerpo de modelo de alta costura. Nunca cogía el autobús sino que caminaba —como una modelo, efectivamente— por la orilla del mar con sus sandalias que apenas la calzaban y su bolsa de estudio colgada al hombro. A la salida de una conferencia que di con Jesús Torbado, vi que Catty estaba allí, con su flequillo de águila con flequillo y su gesto grave que de pronto se abría en una sonrisa de hermosísimos dientes de ave carnicera. Luego comprobaría yo que Catty no era nada carnicera y con aquellos maravillosos dientes sólo comía sopa. Aquella misma mañana la invité a sopa.

Todos mis veranos en La Magdalena fueron un luminoso catálogo de mar y de luz, de juventud y dulce pedantería catedrática, pero el verano que más recuerdo, naturalmente, es aquel primero en que descubrí el Cantábrico, la amistad de los

Ynduráin, padre e hijo, hoy muertos los dos, y la dulce bohemia de los pintores con su roperío de colores y de vino. Catty y yo iniciamos una amistad complicada que ninguno de los dos sabía muy bien por dónde iba, pero iba. Al final del verano Catty me prometió volver a España, pero yo olvidé esa promesa, hasta que un día recibí una carta suya desde Ámsterdam anunciándome su llegada a Madrid. Ya sabía yo que los holandeses son gente muy decidida, pero no suponía que tanto. Catty iba a vivir en casa de una santanderina con otras chicas españolas y extranjeras. Fui a esperarla a Barajas y me asustó verla bajar con su maleta y su decisión por las escaleras. Su cuerpo, que quizá no habían sabido ver los holandeses, fue a parar en seguida a lo que era su destino, o sea al trabajo de modelo. Dada la perfección bruñida de su torso encontró trabajo como modelo de sujetadores. No creo yo que ninguna española se hubiese resuelto la vida en Ámsterdam con tanta decisión y acierto.

Ya introducida por las periodistas en el Madrid madrileño, encontró también trabajo para la noche en un pub de la calle Princesa, porque todo el devenir de mi vida parecía acabar resolviéndose en aquellos días felices en Argüelles. Una noche, cuando fui a buscar a Catty, que trabajaba en el pub con otras chicas, me contó que la noche anterior había estado allí un soldado norteamericano que iba de paso hacia la guerra de Vietnam, donde probablemente moriría. Parece que el soldado temblaba y reía como el niño que era. Lo cual que Catty se había acostado con él y quería contármelo. Me pareció una historia muy bonita, pero un poco ingenua para escribirla yo mismo. Por otra parte, no creía uno mucho en la guerra de Vietnam ni en las múltiples guerras que mantenían los Estados Unidos.

Así, más o menos, terminó mi rollo con Catty, que nunca supe a qué rayos había ido a Santander, porque no le importaba nada la literatura española y supongo que tampoco la holandesa. Más tarde visitaría yo Ámsterdam varias veces. Ámsterdam es la Venecia del Norte en bicicleta, una ciudad que amo. Siempre busqué en la guía el teléfono de Catty, su apellido, pero nuestra historia estaba cerrada definitivamente y nunca la encontré. Lo menos que habría hecho, supuse, era irse a Vietnam en busca de su soldadito para enterrarle amorosamente.

Contaré luego algunas cosas de Ámsterdam. Allí volví enviado siempre por alguna revista e incluso como amigo entrañable del gran pintor Modesto Cuixart, para presentar una exposición suya. Éramos un grupo de periodistas y pintores que bebíamos whisky en el hotel esperando los cuadros de Modesto, que al parecer estaban detenidos en la embajada española. Nuestra diplomacia seguía siendo tan castiza y remolona como lo había sido siempre. Todas las mañanas me despertaba el teléfono de la embajada para decirme que los cuadros llegarían en seguida y que había habido problemas. Hasta que un día, saliendo del sueño, le dije al embajador:

—Mire usted, señor embajador, a mí todo esto de los cuadros me la suda. Llame usted al señor Cuixart, que estará durmiendo, y le dice que sus cuadros se han caído por un puente en esta ciudad/puente tan bonita.

Callejeaba yo por Ámsterdam esperando encontrarme al azar con la bella y difícil Catty. Los afilados tranvías de Ámsterdam me traspasaron mil veces el corazón, las chicas de bicicleta y minifalda pedalearon sobre mi cadáver en una algarabía de risas y yo las veía la braga desde el asfalto donde había dejado mi cabeza o mi sangre, donde aún latía el amor por Catty, águila real que quiso ser española y acabó huyendo de España. Los cuadros de Cuixart al fin habían llegado y creo que estuve elocuente presentando la exposición. Cuando uno habla para holandeses o esquimales le sale un castellano clásico de mucha belleza. Allí estaba todo Ámsterdam, a escucharme. Sólo faltaba Catty.

Gallan no era europea sino una de esas americanas que vienen a España a europeizarse. Bajaba todas las mañanas a la pequeña playa de La Magdalena, que era como una piscina, envuelta en su cabello rubio y en una toalla de baño blanca y

espesa, muy bien pensada para el relativo verano cantábrico. Ya no había necesidad de bañarse más. Bastaba con pasar toda la mañana tirado en la arena mirando el ir y venir de Gallan, que usaba un bikini claro con ribete de colores. Gallan era corpulenta y esbelta como suelen serlo las yanquis. Tenía en el cuerpo la esbeltez que cultivan las universidades USA y la fortaleza estilizada de un corredor de fondo, de un hombre. Gallan era la perfecta consecuencia de una educación física americana. Sólo Estados Unidos puede fabricar ejemplares en serie de esta mitología neocapitalista del país millonario y atroz.

Una mañana echamos de menos a Gallan, que dejaba con su ausencia un boquete de luz, un hueco de sol en la temperatura tibia de nuestra playa particular. Me dijeron que Gallan estaba en la ciudad operada de apendicitis y que los estudiantes iban a verla en grupos, pues era algo así como la diosa de ese paganismo menor que usan los norteamericanos para vivir y para amar. Pensé sumarme al grupo de la tarde, pero luego cambié de idea y me fui yo solo a la mañana siguiente al sanatorio u hospital que alojaba a nuestra mitológica criatura. Gallan me recibió saliendo de su sueño y se alegró de verme más de lo que yo esperaba. Le di un beso en la frente y me senté al borde de la cama para que me contase su enfermedad, que es lo que les gusta a todos los enfermos. Cuando yo me ponía en pie para irme, muy enterado ya de los secretos de la apendicitis, Gallan echó a un lado la ropa de la cama y se me mostró completamente desnuda, con unos puntos que le hacían más sugestiva aquella parte de su cuerpo. Toda su desnudez blanca y rosa, todo el misterio rubio de aquella criatura, se acendrabán viéndola en la cama, pequeña diosa derrotada por una apendicitis.

Había acertado yo eligiendo verla a solas, pues aquel desnudo clínico tenía una calidez de vida privada que nunca podría tener un desnudo playero, o sea la Gallan de todas las mañanas. A punto estuvimos de caer en pecado allí mismo, pero las enfermeras y los médicos salían y entraban con sospechosa frecuencia. El desnudo de la yanqui tenía en pie a todo el hospital.

Nunca supe si Gallan me había mostrado a mí su cuerpo en función de la herida o la herida había sido un buen motivo para descubrirme quién era ella en lo más recatado de su intimidad. No había que confundirla con las manadas de yanquis que se bañaban en el mar grande o recorrían en bañador todo el complejo universitario.

Prometí a Gallan volver a visitarla con frecuencia y en solitario, pero a la tercera visita la pequeña diosa ya no estaba. Me dijeron que la noche anterior había ido ya a dormir a la Universidad. Me molestó un poco que no me hubiese avisado, pero me tiré en la playa esperando verla bajar con los adorables síntomas de su operación. No bajó en toda la mañana, quizá porque el Cantábrico tenía marejadilla, como en los mapas del tiempo, y Gallan temía resfriarse. Yo también me estaba resfriando y subí a mi habitación a ponerme un vaquero y unos calcetines con sandalias. Al bajar, Manuel Alcántara, que no se bañaba sino que conversaba con la belleza del mar, me dijo que eso de usar calcetines con sandalias era una horterada, y tenía razón, pero yo no me molesté en explicarle que era consciente de mi falta y sólo lo había hecho porque los pies se me enfriaban mucho. Los pies se enfrían mucho cuando esperas a una mujer y Gallan tampoco bajó aquella mañana, ni yo tenía ganas de subir a verla entre sus compañeros de curso.

La cicatriz de la ingle ya no era una reliquia de mi culto particular a la chica sino que la habrían visto todos e incluso puede que Gallan hubiera pedido unas fotografías para mostrárselas a su mami cuando estuviese de vuelta. Una mañana más y Gallan se dejaba caer a mi lado, dispuesta para el baño, muy bella, muy infantil y con algo convaleciente:

—No volviste por el hospital —me dijo.

—Sí que volví, pero ya no estabas.

Y puse el gesto adusto y románico de Marlon Brando en el cine, que es lo que ella mejor podía comprender. Luego ya pasamos todo el día juntos. Camilo José Cela se había ido sin despedirse, como tenía por costumbre, con Vilanova detrás de él. Alcántara había terminado y abandonado su eterno whisky. Domingo Ynduráin era un niño anglosajonizado, rubio y esbelto, que paseaba con su hermosa novia lejos del fragor de los cuerpos, vestido como un veraneante inglés y dandy. Se nos ha muerto hace poco, cuando ya era académico. Allí estaba también Gregorio Salvador, todo un maestro, con su inseparable Emilio Lorenzo, que aunque era sordo se enteraba de todo.

Se me ocurrió proponerle a Gallan una fuga de la Universidad, un viaje por la provincia que en todo caso sería un viaje de novios. Ella aceptó con toda naturalidad aquella propuesta que yo hacía lleno de malicia y ocultación. Nunca sabremos cómo son las mujeres, pero esto se agrava con las mujeres yanquis, que encima te lo explican todo en inglés, o sea que no te lo explican.

La cicatriz de Gallan estaba hermosamente seca. Le pedí que me dejase pasar mi lengua por sus puntos, pero ya le habían quitado los puntos. De todos modos sabía salado.

Nuestra primera escapada fue hacia Santillana, donde ella me hizo unas fotos, vimos un hermoso templo y robamos un santo antes de irnos. Era un santo pequeño que yo cogí al vuelo cuando estábamos solos —aquello estaba siempre solo y abierto— y metí en el gran bolso de viaje de Gallan. Podía ser San José, podía ser un apóstol, podía ser un mártir. Las embestidas del románico, las agujas del gótico, las turbulencias del barroco habían pasado por aquella figura borrándole el encanto primitivo y añadiéndole toques de época, enigmas y aureolas. Para Gallan aquella piedra significaba mucho porque era antigua y europea, porque eran los destrozos de la Historia que venía buscando a Europa.

A mí me gustaba casi cinematográficamente mi propio gesto de robar una antigüedad para mi dama. Por la noche, en la habitación del hostel, Gallan puso el santo encima de nuestras cabezas, presidiéndolo todo.

Tuve que explicarle a Gallan que era más conveniente que el santo no asistiese a nuestra historia. Los santos son religiosos y los santos robados son peligrosos para el ladrón. Aquello podía valer mucho dinero, o ninguno, en cualquier anticuario de Madrid. Gallan estaba muy lejos del catolicismo español y sólo veía en el robo del santo una peripecia civil sin trascendencia religiosa. Decidí no explicárselo. Guardé el santo en un cajón superior del armario y si la policía lo encontraba allí, yo sería el más sorprendido. Una vez volado el santo a su cielo y apagada la luz me fue más fácil entrar en la vida amorosa de la divina Gallan. La criatura conocía toda suerte de figuraciones sexuales, con lo que imaginé su vida en América, la vida de una colegiala que ha jugado al amor desde los ocho años. Luego resultó que Gallan era virgen. En una pausa de aquella dulce epopeya, se lo pregunté:

—¿Y cómo una muchacha virgen, intacta, sabe tantas cosas del amor?

—En mi país nos enseñan todas estas cosas y otras para que lleguemos al matrimonio bien preparadas.

—También os enseñarán un poco de cocina, supongo.

Pero Gallan no captó la ironía, sino que me dijo:

—Y procuran aleccionarnos más que a los chicos para que vayamos al matrimonio con cierta superioridad sobre el hombre.

Efectivamente, así debiera haberlo imaginado todo. Creemos saber muchas cosas de los yanquis, pero no sabemos nada. En Madrid me llevé a Gallan a vivir mis días felices en Argüelles, al pequeño apartamento, y ella se apresuró a bajar al santo de su cielo, le limpió el polvo y lo colocó en una repisa. Hubiera sido un escándalo y una denuncia para cualquier doncella que entrase a hacer la limpieza. Tuve que esconder otra vez a

nuestro santo. En la cabeza rubia de Gallan no entraba la augusta realidad de las mitologías europeas. Los yanquis no tienen otra mitología que la máquina ni otro paraíso que la coca-cola.

Llegado el día de la partida de la niña, según los reglamentos y según su familia, hizo el equipaje y yo la ayudé, explicándole que el santo se quedaba en casa como rehén de su regreso, ya que ella me había prometido regresar. No pareció aceptar bien la idea, pero insistió en que regresaría e iríamos a Santillana a devolver el santo. Una bella manera de romanticismo místico por parte de una rubia agnóstica. La llevé a Barajas, recordé su cicatriz, borrada por el tiempo, como el santo y me parecía vivir dentro de una película americana mala. Pasaban los meses y Gallan mandaba una tarjeta pulcra y cariñosa de vez en cuando, siempre con recuerdos y besos para el santo y también para mí, que era otro santo.

Una tarde de verano, cuando me encontraba sin un duro, se me ocurrió llevar el santo al Rastro y venderlo por lo que me dieran. El Rastro, sin gente y con luz de verano, era, en su declive, como el puerto viejo del viejo Madrid, calafateado de figuras religiosas y paganas. En el Rastro nada es falso, según se dice, y nada es verdadero. Las imágenes que allí se exponen disfrutan el beneficio de un clima de oro como si estuvieran ya en el cielo.

Yo había nacido por aquellas calles y nunca me eran ajenas. Apenas había gente en el Rastro y anduve paseando, curioseando, hasta que un vendedor, un hombre del trapicheo, simpático y barojiano, me echó el alto:

—¿Y cuánto quiere usted por esa falsificación, pollo?

Se me había olvidado que llevaba el santo en las manos, dorado por el sol de las Rondas. Aquel Pío Baroja solanesco me dio un dinero que no se merecía aquella traición a Gallan, mi amor del otro lado de los forros del mar. De todos modos, era más de lo que yo había pensado pedir. Sentí que nuestro noviazgo se había roto para siempre. Ahora podía yo presentar unos duros en el bolsillo, pero había volado nuestro santo patrón y a los pocos días recibí una postal de Gallan que sin duda era un milagro de aquel santo envilecido por mis manos y bendecido por las manos niñas de Gallan.

La postal decía: «He comprendido que tu verdadero amor es tu máquina de escribir. Adiós.»

12. 125 libros

Los críticos y los periodistas suelen recordarme que llevo escritos 125 libros. Hay una primera etapa del escritor que se explica por los muchos y rápidos libros que publica. Responde esta etapa a la de los primeros artículos. Quiero decir que son unos y otros el resultado económico de una vida dedicada a la literatura. Es cuando uno acepta todos los encargos una vez probada su facilidad y rapidez de escritura en los periódicos. Estos precoces libros de encargo suelen quedarse en las cien páginas y responden a una urgencia periodística o a un encargo más que al compromiso profundo del escritor con la literatura. Así, mis primeros libros sobre Larra, sobre Valle-Inclán, sobre Miguel Delibes, etc.

Pero no nos engañemos tampoco con la valoración meramente económica de tan vertiginosa producción. Aun dentro del encargo o del capricho personal, en esos libros ya se suelen explicar las razones íntimas del novato, sus tendencias, sus gustos, sus influencias. Uno lee siempre con curiosidad aquellos primeros libros del 98 o del 27, donde ya está toda una generación recogida en la fotografía pálida y perdida de tales libros.

Por otra parte, uno siempre ha creído mucho en el encargo, preferible al libro espontáneo que luego hay que pasear cansinamente por las editoriales baratas y los editores todavía poco profesionales. El encargo le da a uno una sensación de profesionalidad, de trato en serio con la fabulosa y espantosa orgía de la industria editorial. El periódico por una parte y los primeros libros por otra le van dando al futuro escritor las piezas sueltas de una coraza que él habrá de conjuntar para vestirla ya toda la vida, para vestirse de hierro forjado o hierro colado, según.

Ese primer dinero demasiado viejo o demasiado reciente que nos dan en el periódico y la editorial será siempre el dinero de un escritor constante y fructífero, aparte las orgías de los premios y las modas literarias. Recuerdo el dinero, o más bien la calderilla, que me dieron por cada libro de encargo, por cada artículo de urgencia. Hoy desprecia uno esos libros como desprecia los primeros poemas de amor escritos en la provincia. En la adolescencia del escritor todo es provincia. Recuerdo que mi primer libro sobre Valle-Inclán, que debía llegar a las cien páginas, lo dejé en noventa y nueve, porque los libros, cuando son auténticos, tienen su nacimiento y desarrollo, y cuando han llegado a su final el autor debe enterarse, poner la palabra fin.

El que sigue escribiendo en un libro ya agotado y muerto es como el pintor que insiste demasiado en un cuadro, en un color, en una cara, hasta malograrlo todo. El verdadero cuadro tuvo su momento y está debajo. Muchos años más tarde de ese Valle-Inclán que he citado, publiqué otro mucho más largo y serio, *Los botines blancos de piqué*, que eran los de Don Ramón. El libro se presentó a todo lujo en el Casino de Madrid. José Antonio Marina, el presentador, dijo muchas cosas buenas del libro, que luego repitieron los críticos: se trataba de lo más original y revelador que se había escrito nunca sobre Valle. Pero Marina se permitió también algunas críticas muy legítimas. Yo estaba tirado a lo largo en dos butacas, manteniendo en alto un pie escayolado que me había roto poco tiempo antes. Todo fue muy bien, pero Inés Oriol salió de allí diciéndome: «¿Pero quién es ese señor que te riñe tanto?, ¿pero por qué te riñe tanto ese señor?» Ya por entonces Inés era encantadoramente ingenua, o fingía serlo, pero yo le agradecí mucho su amistosa indignación. En otro homenaje a Valle, en Bellas Artes, Alonso Zamora Vicente, especialista en Don Ramón, me dijo que era un libro lleno de ideas nuevas y de teorías audaces. «Un libro así nunca puede ser malo, Umbral.» Le agradecí sus palabras al buen amigo Alonso, aunque pertenecieran al género dudoso del elogio por abajo. Comprendo que no era correcto superar a un especialista con muchos años más y muchas ambiciones menos. En 1975 me conceden el Premio Nadal por mi novela *Las ninfas*, que tuvo grandes tiradas y se vendió incluso en Barcelona. También he pillado alguna edición pirata en la América

hispana. *Las ninfas* lleva unos treinta años publicándose ininterrumpidamente y, entre sus traducciones cuenta la que hicieron en Holanda, que me parece la más exótica. Dudo ahora de si sería *Mortal y rosa*, pero hoy he trabajado mucho y no voy a levantarme a mirarlo. Qué más da.

Las ninfas pertenece a mi serie de novelas de iniciación y en este sentido sí que me deja satisfecho. Pero no voy a escribir de todas mis novelas de iniciación sino a dejar constancia de cómo un primer libro absolutamente profesional, y revestido de premio, puede darle a uno la imagen exacta de sí mismo como escritor ya inevitable para toda la vida. *Las ninfas* me ha dado mucho menos dinero de lo que dicen los editores, pero ya se sabe que a veces se les confunden las cuentas.

Mientras preparaba la gran novela que me situase definitivamente en mi sitio, por saber yo mismo cuál era mi sitio, iba ayudándome con artículos, reportajes, entrevistas y relatos cortos. El éxito y los premios en este género me hicieron creer por un tiempo que el cuento era lo mío, cosa que me asustaba un poco porque los cuentos no se leían, habían dejado de ser comerciales. Recuerdo algunos premios: el Gabriel Miró de Alicante, el Tartessos de Sevilla, el Antonio Machado de Madrid, etc. Con aquellos relatos y con otros amañé un libro que me publicó la Editora Nacional con una portada abstracta de José Hierro que ya he comentado aquí. Este volumen, agrandado con nuevos relatos, lo daría después con el título de *Las vírgenes*, en una bella y modesta edición que me hizo Raúl Torres en Cuenca. Entre todos me iban convenciendo de que el relato corto era lo mío, pero a mí me quedaba estrecho para la cantidad de escritura que llevaba dentro. Me gustaba escribir cuentos pero me dejaban insatisfecho.

¿Cuál era entonces mi género? Una amiga me dijo que yo me desenvolvía muy bien en el recorrido corto. O sea que era una especie de «100 metros» literario, pero en España sólo cultivaban ese género Ignacio Aldecoa y Meliano Peraile. Como género breve yo prefería el artículo de periódico, que además me salía mejor. El cuento era un género aún más minoritario que la poesía lírica. Cela me dio algunos premios de cuento. Por cierto que Cela había encontrado la fórmula del cuento sin argumento y le salía mejor que a nadie y con una prosa de la que ya se ha dicho todo lo bueno y no hay nada que añadir. Ignacio Aldecoa se defendía mal con sus relatos cortos, sin duda los más perfectos y canónicos de todos. Le publicaban cuentos en todas partes, aunque el género estaba en decadencia. Un rictus amargo, un pelo artísticamente despeinado, un cierto esnobismo por la literatura norteamericana, caracterizaban a Ignacio Aldecoa, que empezó, como todos los vascos, escribiendo mal el castellano, pero lo trabajó tanto que al final era el mejor de todos.

A mí me invitó un verano a Ibiza y allí les vi a él y a sus amigos pescar y emborracharse. Era un barquito pequeño que luego, descrito por Ignacio en Madrid parecía un gran buque pesquero. Le hicieron director de una colección de cuentos y en seguida reuní los míos y se los presenté para publicar. Al día siguiente, en el café, me dijo que había leído algunos de mis cuentos y que le habían gustado mucho. Esto para mí fue una especie de consagración íntima y ya veía mi libro en aquella colección que empezaba a sacar sus primeros tomos. Pero días más tarde volvimos a hablar del tema y Aldecoa había cambiado de idea: mis cuentos eran todos iguales y además no le gustaban. Eran los primeros tiempos del boom latinoché, de Borges, los cuentos de García Márquez y todo eso que a Aldecoa le tenía muy cabreado porque al fin resucitaba el género, pero lo habían resucitado otros. Como yo incluía en mi libro algún relato a lo García Márquez, Aldecoa se indignó y me dijo que por qué me fingía loco si yo no estaba loco. «Es una prosa de locos.» Comprendí que estaba haciendo a través de mí la crítica general de toda la literatura hispanoamericana, que le tenía tan cabreado y criticaba de buena fe. De mi libro sólo le gustaba *Marilén, otoño/invierno*, sin duda porque era un cuento realista con una poesía triste, pero todo muy verosímil. Había más futuro en los otros cuentos, pero Aldecoa no quiso verlo. A cierta edad, ya

se sabe, no quiere uno ver venir el futuro.

Aldecoa, que bebía bastante, tenía en la sangre algún veneno que le mató. Murió patéticamente en casa de los Dominguín. Era muy aficionado a los toros y sobre todo a la política de Pepote Dominguín, que era comunista. Por cierto que una tarde toreaba en las Ventas Luis Miguel y Franco había acudido a verle. Cuando los toreros subieron al palco presidencial, el dictador le preguntó a Luis Miguel, poniendo su voz más débil e inocente:

—Dígame, Luis Miguel, ¿cuál de sus hermanos es el comunista?

—Todos, Excelencia, comunistas todos —le dijo el torero a Franco poniendo su mejor sonrisa.

Uno de los fallos de Franco era considerar a todo el mundo más ingenuo y más tonto que él, pero Luis Miguel era rápido y relampagueante. Cuando escribo estas memorias, veo de vez en cuando a Lucía Bosé por Madrid. Es una anciana que apenas conserva rasgos de su hermosura, una italiana llena de dramatismo y tristeza, porque ella eligió España y España la está olvidando. Aldecoa murió sentado a la mesa y yo le hice un artículo o varios, todos llenos de amistad y realismo, como a él le gustaba. Martínez Rivas, un buen poeta americano y un buen bebedor, me elogió los artículos y me reprochó que yo contase que Aldecoa tenía las piernas muy delgadas y peludas. «¿Por qué pusiste eso, vos mi amigo?» «Porque he pescado con él en Ibiza y así es como las tenía.» Pero Martínez Rivas no me lo perdonó nunca. En esto sí que parecía español. Y, como poeta, ignoraba la literatura de la realidad. Con frecuencia cito a Aldecoa y ella, Josefina, antes, me lo agradecía mucho, pero luego se ha metido a escritora, buscando la gloria que nunca tuvo su marido, y ahora ya no me escribe.

Aldecoa presumía mucho de ser el único escritor visitado por los estudiantes maoístas. El maoísmo, aquella forma oblicua de comunismo, estaba invadiendo por entonces casi toda Europa, y las intelectualidades europeas habían abandonado el existencialismo de Sartre, hasta el punto de que Sartre y Simone de Beauvoir tuvieron que hacer un viaje a China para identificarse con el comunismo oriental. Aldecoa me devolvió mi libro casi con desprecio y no lo publiqué hasta años más tarde, cuando ya era una obra que a mí no me interesaba nada. Hoy se habla más de Josefina Aldecoa que de su marido, del cual se ha apropiado el apellido como todas las viudas. Pero yo seguía escribiendo, publicando y cobrando cuentos, en aquellos días felices de Argüelles y ya me daba pereza empezar un libro largo. Es muy cierto que el cuento está más cerca del poema que de la novela. Mis cuentos eran los escombros de mi lírica malograda. Con esos escombros hice mi prosa que no sé si llamar lograda.

Creo que en 1970 salió mi novela *El Giocondo*, que era la crónica maldita de una noche madrileña. El libro había estado un año en la censura y sólo José Manuel Lara consiguió arrancarlo de aquella oficina, donde le habían eliminado a mi obra una sola palabra, la palabra «culo».

Siempre me ha atraído el proyecto de hacer esa novela, esa crónica, que he intentado varias veces. Incluso mi última novela, *Los metales nocturnos*, es una nueva versión del Madrid nocturno, aunque yo voy siendo ya cada vez menos noctámbulo. *El Giocondo* obtuvo el consiguiente escándalo de caras conocidas. La verdad es que todo el mundo quería haber salido en la novela y se indignaron tanto los que salían como los que no salían. Incluso se indignaron más los que salían apacibles y buenos que quienes salían malditos y malvados. El libro se vendió muy bien y ahí empezó mi relación con Lara. Hasta entonces había vivido yo en equilibrio económico con Vergés, el famoso editor catalán creador del Premio Nadal. Pero *El Giocondo* no se lo di a Lara por razones comerciales sino porque él era el único capaz de sacar aquel libro de la censura sin demasiados culos malogrados.

Creo que los libros para Lara/Planeta tenían que ser más sencillos, directos y populares que los de Destino. Esto tenía el peligro de entregarse a la pura

comercialidad, pero en último extremo la decisión la tomaba el autor, ya que Lara publicó también novelas de mucha ambición. Yo creo que su proyecto era aunar la calidad con la claridad, y esto no es un juego de palabras sino una realidad perfectamente verificable. A partir de *El Giocondo* he publicado mucho con Lara y sus editoriales. Ahora Planeta está en manos de José Manuel Lara Bosch, que conoce el oficio desde niño.

Mi libro duradero, total y memorable, el que nadie niega es *Mortal y rosa*, una novela lírica de infancia y muerte donde llego a mis mejores y peores virtudes de estilista. Lázaro Carreter hablaba siempre de mí situándome en lo que él llamaba la «prosa de arte», concepto que no queda muy claro ni muy definido, pero yo ya sé por dónde iba Fernando.

Prosa de arte es la de Valle-Inclán, la de Miró, Azorín e incluso Ortega, y, si nos remontamos hacia atrás, la de Quevedo. Prosa de arte es sencillamente la que no renuncia a las virtudes estéticas a favor de las narrativas o especulativas. Esto casi se ve mejor en la pintura. Hay pintores que sólo persiguen la verosimilitud del modelo y pintores que sacrifican esa verosimilitud al logro estético de un conjunto ambicioso de pincelada y de composición.

Es exactamente lo que pasa con la literatura y bien podemos decir que Quevedo es más prosista que Cervantes, aunque no tenga el libro fundamental que tanto echaba de menos en él Jorge Luis Borges. Esto del libro fundamental no deja de ser un academicismo. El libro fundamental de Quevedo es la suma de todos sus libros.

Viniendo a mi poquedad parece que sí se encuentra un libro fundamental, *Mortal y rosa*, últimamente emparejado con *Un ser de lejanías*, vasto ejercicio de reflexión lírica. Entre mis ciento veinticinco libros, según la cuenta de algunos críticos, parece que hay varios libros fundamentales. Yo me reconcilio con *Trilogía de Madrid*, *Los hechos arborescentes*, *Leyenda del César visionario*, que es mi novela de la Guerra Civil, texto inevitable en todo autor de mi generación. Entre mis libros de ensayo prefiero el brío del dedicado a García Lorca y la paciencia ensayística dedicada a Valle-Inclán.

Porque tengo que decir que a mí la clasificación de novela y novelista no acaba de satisfacerme. Me salgo por los bordes. Uno necesita, de vez en cuando, reflexionar sobre las cosas más que narrarlas, o sea hacer ensayo. Ensayo literario he hecho bastante. No quisiera que me encerrasen en el concepto absoluto de novelista, y no porque crea que soy más, sino quizá menos. Decía Montaigne que la sabiduría está en irse acostumbrando a no entender nada de lo que pasa y admitir sencillamente que no tiene explicación. Entonces el ensayo se hace imprescindible para darle cauce a esa sabia ignorancia y poner las cosas en orden, un orden siquiera circunstancial. Es lo mismo que intentamos diariamente en el artículo.

Una de mis novelas que me gusta especialmente es *Leyenda del César visionario*. Dijo algún crítico que más que un retrato de Franco yo había hecho un magistral retrato de eso que se llamó el Movimiento, con sus intelectuales y sus locos. Creo que este libro se beneficia de las virtudes de la novela histórica, pero se diferencia de las novelas de la Guerra e incluso de las novelas de guerra. Se consigue en él un delicado equilibrio entre la Historia y la aventura.

Esta novela me la publicó Mario Lacruz en Seix Barral, que también era ya propiedad de los Lara. El libro obtuvo el Premio de la Crítica de aquel año, se vendió bien y por entonces Lara me invitaba a sus bodas de oro en Barcelona. Todo lo hicieron igual que lo habían hecho cincuenta años antes. Lara reunió a sus escritores, que éramos todos, y volvió a casarse en la misma iglesia de antaño. Una iglesia espaciosa y muy bella, aunque la verdad es que algunos escritores se dedicaban más a negociar que a rezar, aprovechando la circunstancia y la voz baja.

Luego nos llevaron a un pueblo cercano a Barcelona donde ardían antorchas de júbilo por la joven pareja de entonces y después. Allí mismo, a la luz de una antorcha, Lara

me presentó un contrato a la firma y al día siguiente estaba en mi hotel Rafael Borrás para completar las burocracias de una larga colaboración. Era como si Lara se hubiese casado también conmigo por cincuenta años.

Así ha ido uno haciendo la carrera, paso a paso, pulso a pulso, sin ser nunca una escandalosa revelación sino un trabajador constante y confiado. Algún crítico dijo que *Leyenda del César visionario* era la mejor novela sobre la Guerra Civil. Y el caso es que no había en ella demasiada Guerra Civil. En la portada puse un retrato muy malo de Franco, el peor que pude encontrar.

Pienso que en todos mis libros se plantea el problema entre sonido y sentido. Lo de la «prosa de arte», que me dijera Lázaro, no acaba de encajarme. Me han interesado toda la vida los escritores en quienes el sonido acompaña al sentido. Eso es tener un estilo. Y no se trata de adornar la prosa, el argumento o la argumentación, como pudiera pensarse, sino de utilizar siempre una lengua viva. Y entiendo por lengua viva la lengua creativa. Quiero decir que la prosa no es sólo un instrumento gramatical para decir las cosas claras. Si lo pensamos un poco, siempre hay un adjetivo mejor que el que íbamos a utilizar. Un adjetivo menos usual, más preciso, más imaginativo. Un adjetivo que es como la pincelada reveladora, esa última pincelada que aplica el pintor y que es siempre una luz, una llama, un relámpago que ilumina la cosa adjetivada, que le presta otro matiz, que desrealiza todo el cuadro. Digamos, incluso, que hay una pincelada que crea la cosa y no se limita a adjetivarla.

Recurrimos una vez más a la pintura porque la pintura tiene mucho de literatura en imágenes. Así, la pincelada de Velázquez o Goya es la pincelada adjetival, la que pone luz sobre la cosa o sobre todo el cuadro. El extremo opuesto era el Greco, una pura hoguera de pinceladas que se adjetivan unas a otras. En cuanto a la pincelada realista, suele ser solamente una cosa de oficio, un perfeccionamiento de la fotografía. Igualmente, escribir de unas manos que son cerúleas no es crear esas manos ni hacer que se muevan, sino simplemente cumplir con la sintaxis pictórica.

Recurro numerosamente a la pintura, como he dicho, porque nos presenta estas cosas de manera más clara y evidente que ningún otro arte. Quizá ya he recordado en este libro la frase de Azorín según la cual la literatura está en el adjetivo. La verdadera pintura, la que a mí me interesa, es esa pintura adjetival que no renuncia a la pincelada última para cerrar el párrafo pictórico.

Con estas ideas se comprenderá mejor mi necesidad de una escritura creativa, no demostrativa. De una escritura que quisiera fundirse con la narración o la especulación. El realismo se funde con el tema del libro o el cuadro por el procedimiento de desaparecer para que las cosas se nos muestren en su realismo fotográfico, como ya he dicho. Y esto, mucho antes de la fotografía. En el arte creativo, vivificador, por el contrario, lo pintado, lo escrito llega a desaparecer en esa hoguera de adjetivos cruzados a que antes he aludido. El éxtasis de esta manera de crear se alcanza cuando la cosa queda sublimada y desaparecida en la hoguera adjetival. Ya no tenemos representación convencional de las cosas y las ideas, pero tenemos un hecho artístico, una creación construida con palabras o colores, que es el gran momento del logro creativo. Casi nunca me he resignado a la prosa viandante que refleja lo que ve, o sea el famoso espejo estendhaliano a lo largo del camino, porque ni siquiera la frase es de Stendhal. Necesito que el adjetivo, la metáfora, la imagen nos dé la otra cara de la cosa. Eso me parece a mí que es hacer prosa creativa. En este sentido podemos decir que este libro, estas memorias constituyen una novedad y una excepción, ya que en ellas casi totalmente renuncié al estilo y me voy defendiendo con un lenguaje de primer grado. Me apetecía hacer esta experiencia. Uno ha construido muchos retablos, pero ahora se trataba de echar a andar un río y dejarle fluir libremente.

Estas reflexiones vienen a responder a los críticos —algunos— que no han entendido nada y siguen creyendo que uno adorna la prosa por capricho, cuando en realidad está

respondiendo a una profunda exigencia del metabolismo literario. Dante Alighieri, Quevedo, Shakespeare, Gracián, el citado Valle y por supuesto todos los poetas han trabajado así, con una lengua que no es sólo una herramienta sino una revelación.

La Santa Transición y la venida de la democracia también me sugirieron algunos libros, como *A la sombra de las muchachas rojas*, *Carta abierta a una chica progre* y *Tierno Galván ascendió a los cielos*. Enrique Tierno era un marxista enigmático, o quizá un republicano tardío o un socialista a quien el socialismo de Felipe González no reconocía como suyo. Le echaron como bocado el Ayuntamiento de Madrid si se lo ganaba por sí solo. Enfrente tenía a Ramón Tamames, si mal no recuerdo. La alcaldía la ganó Tierno con notable ventaja y en seguida empezó a desplegar una actividad pública que no se correspondía con el pensador hegeliano que nosotros habíamos leído. Tierno había fundado un pequeño partido socialista a la izquierda del PSOE, pero un partido de intelectuales como Raúl Morodo y otros. Derrotado en las elecciones, Tierno había reunido a su estado mayor en un piso de Marqués de Cubas o por ahí. Y me contaba: «Decidimos la disolución del partido y todos se fueron precipitadamente. Yo me quedé allí apagando luces, recogiendo cosas y todo eso. Cuando salí a la calle, ya de noche, vi a través del cristal de un bar a mis hombres celebrando ruidosamente la derrota y comiendo queso. Me pareció comprensible aquella alegría, que no era sino la expresión inversa de una tristeza histórica. Lo que no entendí es lo del queso. ¿Por qué comían tanto queso?»

Tierno no abandonó su porte de orador azañista de la República. Se metía una mano bajo la solapa de la chaqueta, siempre cruzada, y accionaba con la otra, la izquierda, para dirigirse a las multitudes, que eran todo el obreraje municipal y los chicos y chicas de la litrona y el porro, que le adoraban. Era un buen burgués que de pronto se desplegaba en figura de jacobino sangriento. Y luego estaba la ironía:

—Vamos, a colocarse, ¿estáis todos colocados? Así, bien colocados.

Y el graderío se enardecía de comunicación y contraseña. Era el viejo Madrid reinterpretado por un Goya de nuestro tiempo. Tierno hablaba en un tono nada revolucionario, pero decía cosas atroces contra el poder, contra la ley y contra todo lo que no fuera libertad. Nunca fue el alcalde de la moderación, aunque sus ademanes eran exquisitos, sino el alcalde de la revolución. Sin el freno del felipismo gobernante, Tierno habría hecho de la Movida una auténtica asonada jacobina y revolucionaria. Todo esto lo cuento en varios libros que hice por entonces, y más tarde en mi *Diario político y sentimental*. Cenábamos en un restaurante del Parque del Oeste, disfrutando la noche madrileña con Carmen Díez de Rivera, mi mujer y la mujer de Tierno. Una noche fuimos todos en el coche oficial del alcalde para dejar a Carmen en su casa de El Viso. Por el camino, los escoltas le anunciaron respetuosamente al alcalde que iban a cantar el *Cara al sol*.

«Les escucharemos muy complacidos.» No recuerdo si cantaron el himno completo, porque ya estaban un poco borrachos, pero, de todos modos, yo no me fiaba de aquellos individuos. Un policía siempre es un policía. Tierno me dijo otra noche que nos dejaba en casa y luego se iba a hablarles de Hegel a los basureros nocturnos: «Yo creo que se recoge mejor la basura si se ha leído un poco a Hegel.» Y el coche oficial rodaba por el Madrid nocturno en la hora socialista, dejando un rastro de *Cara al sol* y pistoleros en mitad de la calle. Carmen Díez de Rivera me confesó una vez que pasaba un poco de miedo.

Hablaba yo de Eugenio d'Ors con el maestro, que estaba en desacuerdo como no podía ser menos: «Comprendo su interés por d'Ors, Umbral, pero no se fíe. Debajo de tanta tersura hay algo arrugado.»

Tierno Galván estaba solo en medio de su inmensa popularidad. El felipismo le veía como cosa ajena y recelaba de un político culto e intelectual cuando ninguno de ellos lo era. Sólo la juventud de la calle, los que hablaban cheli, Ramoncín, creían en este viejo

profesor, como él se llamaba a sí mismo, y seguían tras su aura de porros, libertades sexuales y vida a deshora. Él seguía hablando conmigo:

—Esta mañana ha venido a verme su amiga Pitita Ridruejo para pedirme que intervenga a su favor en la querrela que mantiene en su palacio contra los miserables que viven en el tejado. Le he dicho que haré lo que pueda y la he acompañado hasta la calle. Me ha dado las gracias por mi galantería y yo le he dicho que esta mañana han venido a verme unas mujeres de Vallecas y de Entrevías y también las he acompañado hasta la calle.

Carmen Díez de Rivera, nuestra querida Carmen, vivía una especie de enamoramiento político por Tierno. Era más activa y activista que él y siempre le proponía cosas, como un monorraíl para Madrid. Tierno tomaba nota de todo y no sé si iba en serio. Cuando montaba un mitin importante un millón de adolescentes le escuchaba desde la copa de las múltiples acacias de Madrid. Emilio Romero le tendió la trampa de los premios Pueblo y cuando fue a entregárselo a Susana Estrada ésta dejó que se abriera su cazadora de modo que en la mano abacial del alcalde se posó un pecho de la artista como un gorrión cálido de la primavera madrileña. Al día siguiente salía la foto en portada del periódico. Era una foto que pretendía ser degradadora para la figura del alcalde, pero Emilio Romero ya tenía su impacto periodístico conseguido, porque trabajaba mucho este periodismo de escándalo, trampa y superventa.

El año en que me dieron a mí uno de aquellos premios leí en el acto una conferencia literaria. Iba yo tirando los folios al suelo a medida que los leía, para luego recogerlos, pero al final resultó que no había folios. Supongo que alguien aprovechó aquel original para remendarse y remediarse de la cultura literaria que le faltaba. *Pueblo* era un poco así, y creo haber contado ya en este libro mi rechazo latente a ingresar en su redacción. Como decía Romero, yo era demasiado literario, y eso me salvó. Tierno presentó en Madrid mi *Diccionario cheli*, con un entradón de público que sin duda iba a verle a él más que a mí, y eso era lo que yo buscaba.

El Papa de Roma, este mismo Juan Pablo de nuestros días, visitó Madrid para su entendimiento con el socialismo español. Todo este socialismo acudió al Palacio de Oriente a cenar con el Papa, excepto Alfonso Guerra que era algo más serio. Por otra parte, el Papa tenía que recibir de manos del alcalde las llaves de la ciudad. Le dio las gracias a Tierno en un latín escueto, pero Tierno le respondió con un amplio parlamento latino que sin duda no esperaba Juan Pablo. Estas cosas deslumbraban al pueblo madrileño y cabreaban a los socialistas de tópico y pancarta. Al redactor cursi de un periódico de derechas le respondió, tras el engolamiento de una pregunta:

—Perdone usted, pero ese lenguaje demasiado florido no lo suelo hablar yo y ahora me niego a hacerlo.

Un día le metieron en un hospital, enfermo de muerte. Le habían diagnosticado cáncer, pero él no se asustó demasiado. Era un hombre extraño, casi inhumano por su impavidez. Algunas mañanas me llamaba a casa para invitarme a visitarle por la tarde. Una vez fui con Paola Dominguín, pero ella se quedó abajo:

—Le admiro mucho y por eso he venido, pero ahora no me atrevo a subir.

En la última visita le encontré leyendo poesía erótica y modernista de aquel novelista rosa y burocrático que se llamó Pedro Mata. No sé si esta lectura era un gesto de desprecio a la muerte, una elección para epatarme o qué. Andaba trasteando por la habitación, con una bata de cuadros, nos sentamos a la mesa camilla y estuvo hablando de la poesía de Pedro Mata. Me pareció que aquella elección literaria inopinada era una apelación desesperada y tristemente optimista a sus lecturas de juventud. Había elegido a aquel autor mediocre y olvidado para revivir en sí el modernismo, la música de Rubén a través de un pobre intermediario, el organillo desafinado y optimista de la tarde que muere. Tuvimos una extraña e íntima velada y me despedí cuando le acostaban.

Al día siguiente murió. Un millón de estudiantes en su entierro. Una carroza negra, barroca y estilizada, seguida por un millón de jóvenes. Todos iban colocados. El socialismo de Felipe González quedó libre de un Ayuntamiento cultural y subversivo. Ya podían hacer sus negocios sin atenerse al control cultural, decente y antiguo de Tierno Galván.

Fui al entierro con Carmen Díez de Rivera, que lloraba. Los estudiantes la llamaban guapa desde lo alto de las frondosas e innumerables acacias madrileñas.

Carmen Díez de Rivera, colaboradora de Adolfo Suárez en sus momentos más peligrosos, había vuelto a la vida madrileña para vivir la Santa Transición, pero después de la retirada de Suárez no tuvo ni quiso tener ningún cargo.

Formábamos un pequeño grupo, que yo llamé «la Trilateral», y el tercer hombre era el cura Llanos, que iba con una boina en la que prendía insignias del Che Guevara y otros iluminados. Carmen era el modelo rubio, ascético y lúcido de un izquierdismo extremado que no encontraba nido ni acomodo en la política profesional, que sin embargo le apasionaba. Traía detrás una leyenda melodramática y política que la hacía hija natural de Serrano Súñer y una condesa. Muy joven todavía, se enamoró de un hermano suyo sin saber que lo era. Dijo alguien que el que no tiene padre tiene mala madre, y la Llanos, que era la tal condesa, vivía un incógnito de amantes y dinero mientras Don Ramón hacía de barón elegante y astuto entre el intratable Franco y los intelectuales del Movimiento, de los que ya he tratado en este libro.

El País le dio una primera cena a Felipe González, que se presentó con botas vaqueras, y allí empezó oficialmente mi amistad con Carmen, que se sentó con nosotros en una mesa pequeña, quiero decir con Llanos y conmigo. Carmen venía operada de algún país exótico y a veces se quejaba de males femeninos. Hablo mucho de ella en mi *Diario político y sentimental*. Algunas tardes de buen tiempo salíamos los tres a barzonear por Madrid. Carmen sólo hablaba de política, siempre muy enterada y con una rebeldía rubia apuntándole en los ojos claros. Yo también la veía, como he dicho, en las cenas con Tierno Galván, pero ésa era otra Trilateral. El padre Llanos era un jesuita grande, pálido y bondadoso. En la política ponía más emoción que racionalidad, más sentimiento que ciencia. Rendía culto a los héroes de su boina y era fundamentalmente puro. En los últimos años de la década de los 50 había escrito mucho en el *Arriba*. Unos artículos sinceros y populares que no dejaban de tener su gracia. Carmen le gastaba siempre la broma de que le iba a casar con Dolores Ibárruri cuando Pasionaria volviera del exilio. Efectivamente volvió, flanqueada por dos musas de aquella atípica revolución española: Ana Belén y Rosa León. Incluso se deslizaba una canción por Madrid, cantada por estas dos chicas, que con una bella música, un poco francesa, pedía la vuelta de Dolores a Madrid. Dolores vino y Carmen la hizo muy amiga del padre Llanos. En uno de sus viajes a Moscú Dolores le trajo al cura un reloj de pulsera ruso. Era un reloj grande, cuadrado y, como decía un comunista castizo, más pesado que un tanque en la solapa.

Pero Llanos iba muy orgulloso y encariñado con su reloj de pulsera soviético, que era una muestra lamentable de adónde se había quedado el arte del diseño industrial en la Unión Soviética. Lo cual que Santiago Carrillo nunca se contagió de esa estética y volvía a Madrid como un señorito español de clase media y un poco chuleta, lo que siempre había sido. En uno de nuestros paseos por la tarde de otoño llena de sol de Madrid, un periodista le preguntó a Carmen descaradamente por qué no volvía a enamorarse. «Por no sufrir», respondió ella lacónicamente. Una vez, dando vueltas a Neptuno, o al sol popular de Atocha, le compré a Carmen, en un sombrero o sucursal de Moyano, un libro de Jean Cocteau, *Opio*, por desintoxicarla de política. Días más tarde le pregunté qué tal el libro. «Muy bueno, muy bueno», me contestó. Y siguió hablando de política.

A veces Carmen nos contaba su paso por los hospitales de Madrid, pero sin entrar en

detalles ante dos hombres, aunque uno fuese cura. Yo intuí que volvía a asomar el cáncer de matriz. Los médicos cortaban y cortaban, pero Carmen, que tenía el genio rebelde de su padre, les interrumpía en cualquier momento y les llamaba carniceros. A mí me parecía que debiera dejarse curar por los médicos en vez de reñirles, pero veía su mirada que decía aquí está el machista. Convalecía en su piso de Serrano, o mejor de El Viso, que le había dejado su madre:

—Esta mañana ha estado aquí mamá, le he contado mi gravedad y me ha dejado dos cruasanes que están ahí, sin desenvolver. Mamá me ha dicho, cuídate, hija, ahí tienes unos cruasanes que te he comprado, porque hay que alimentarse. Yo me voy al modisto.

Yo me acordé de la frase que ya he citado: la persona sin padre tiene mala madre. El padre de Carmen o marido de la Llanzol era un militar.

Hubo otra operación y Carmen convaleció en casa de una amiga, por el barrio de Salamanca. En estas sangrías de mujeres el cura Llanos apareció poco porque no lo veía claro ni le parecía tema para un cura. Fui algunas tardes a ver a Carmen a aquella casa, donde su amiga la atendía y la encontré lúcida, despierta, vestida y envuelta en una manta en la que daba el sol. Sólo tenía desnudos los pies y yo se los envolvía en la manta y luego los tenía en mis manos mientras conversábamos. Aquello no era para nada un clima de muerte. El sol de primera hora de la tarde sobre una manta de cuadros, es, no se sabe por qué, una bandera de vida. Ella, tan feminista, necesitaba siempre un tutor político de categoría. Anduvo bebiendo chinchón con Carrillo, que venía después de Tierno. Anduvo por casa de los Garrigues como había andado con Suárez. Tras el fracaso del Partido Comunista, ingresó en el PSOE y Felipe González la envió a Estrasburgo con el tema ambiental y todos sus ecosistemas. Me decía Carmen por teléfono:

—El ecologismo, Paco, empieza por el obrero.

Ella no entendía tanta protección a los monos y tanto abandono del hombre.

Era radical en todo. Me llamaba todas las mañanas, me contaba sus luchas políticas en Estrasburgo y de pronto empezó a hablar otra vez de operaciones. Era siempre lacónica, pero intuí que el cáncer había vuelto. Nunca me decía dónde estaba internada para que no fuese a verla. Había tenido una casita en Carboneras, por Almería, pero luego se fue a convalecer a las Baleares y allí conoció a una buena amiga mía. Se bañaba en el mar y nadaba con un solo brazo, pues el otro lo tenía vendado y pegado al cuerpo, tapado con una cazadora, como yo la había visto en Madrid.

Sus últimas llamadas eran agónicas:

—Siento que me voy, Paco, siento que me muero, pero quiero vivir, me apetece tocar una flor, tocar una mano, dame tu mano, Paco.

—Eso es que tienes ganas de vivir, que estás viva. Eso es buena señal —le decía yo lanzado trágicamente al absurdo.

Ya en Madrid, ya en el tanatorio, no la pude ver porque la tenían cubierta. Estuve con Paca Sauquillo que, según me dijo, era quien había marcado mi teléfono, porque Carmen se lo pidió. Debió de ser o fue una de sus últimas llamadas. En el tanatorio había muchas flores amarillas y marchitas. Le compré a Carmen un ramo de flores amarillas, lo puse a sus pies y me fui.

Ni siquiera sabía cómo se llamaban aquellas flores. Anduve todo el día por Madrid manchado de flores y escribí mis artículos con manos amarillas.

El padre Llanos, siempre en Vallecas, no había vuelto por nuestros sitios habituales de Madrid, como Picardías, donde los tres habíamos almorzado tantas veces. El cura Llanos, de actitud política tan bizarra como ingenua, seguramente era un sentimental y no había podido tolerar la muerte de Carmen, porque desde entonces no volví a verle y tuve que hacer excursiones personales a Vallecas para saber de él. Era como si

Carmen, lazo de la Trilateral, se hubiera desenlazado dejándonos huérfanos de su seca maternidad rubia. No sabemos si alguien representa algo o nada en nuestra vida hasta que se muere. Entre el cura y yo ya no había ningún enganche político ni amistoso ni literario ni social. Seguramente los dos estábamos enamorados de ella y nuestra amistad no tenía más que una clave:

Carmen. Una vez cogí el autobús hasta Vallecas y luego busqué a pie el difícil domicilio del cura. Era por la mañana y me dio de desayunar, aunque yo ya había desayunado en Argüelles. Le encontré más viejo, más pálido y menos entusiasta. Seguramente, él a mí también. Era como si Carmen se hubiera llevado el tiempo de los dos y viviéramos solos y sin tiempo o solos y sin sol.

El cura puso su pequeña máquina de escribir sobre la mesa y un altarcito barroco y falso sobre la máquina. No entendí la cosa hasta que colocó un disco de Bach en el tocadiscos, con música religiosa (Bach siempre me parece religioso, quizá porque mi madre murió mientras yo estaba en casa de un amigo oyendo a Bach).

Sí, Llanos me iba a decir misa. «No te digo misa, hijo. Esto lo hago todas las mañanas.» Después guardaba el altarcito y el disco de Bach y se ponía a escribir sus artículos en papel cebolla. Primero estuvo en el *Arriba*, como ya he dicho, luego pasó al *Ya*, que le iba mejor a un cura, aunque de lo que trataban unos y otros, yo creo, era de quitárselo de encima. Después de la misa volvía a ponerse su boina con la insignia del Che Guevara y su bata de cuadros a juego con las zapatillas de fieltro, pero seguía pareciendo un cura, porque era cura desde que nació, pero un cura bueno, valiente, ingenuo y grande.

El pequeño apartamento donde vivía formaba parte de una residencia religiosa donde estaba también el padre Díez Alegría, que tocaba el piano, era un jesuita de pura raza, pero algo rojo, calzado también de boina, pero mucho más joven, sagaz y enterado que mi amigo Llanos. Díez Alegría era hermano de un general famoso de quien se había esperado un golpe de izquierdas después de la portuguesa revolución de los claveles, pero el general guardó la espada, fuese y no hubo nada. Portugal se había convertido en la mesa peligrosa de una revolución europea y a Portugal nos fuimos el grupo de *Triunfo y Hermano Lobo*: Haro Tecglen, Vázquez Montalbán, Perich, Chumi, Summers y otros. Conectamos con la célula portuguesa, pero de revolución nada.

El cura Llanos recibía en su casa a los jóvenes drogotas del barrio, les daba café con galletas y algún dinerillo. Díez Alegría me dijo:

—Un día le van a coger solo y le van a robar los cuatro cuartos que no tiene. No buscan más que dinero para el pico, pero él cree que les está evangelizando o que es su obligación hacerlo.

Llanos era un alma cándida y le echaron también del *Ya*, por comunista. Pero no podía vivir sin comunicarse, sin denunciar o evangelizar y nos escribía cartas a los amigos en su papel cebolla, que recibíamos por correo. Hizo una gestión para albergar a los gitanos en un grupo de viviendas nuevas, pero los gitanos metían el burro en la bañera. Llanos debió de morir sin pena ni gloria. Yo no me enteré nunca. La última persona con quien hablé de Carmen con conocimiento y sentimiento fue Cayetana Alba, que un día, ya en plena gravedad de nuestra amiga, nos invitó a almorzar en Liria, donde a su vez convalecía Jesús Aguirre. Era ya la época en que Carmen envolvía su brazo derecho en una cazadora. Jesús nos recibió levantado, tan amable como había sido siempre conmigo, pero vestido con un suéter viejo y en zapatillas. Pude comprobar que Cayetana sentía un verdadero y conmovido cariño por Carmen, que asimismo llevaba peluca, esa peluca un poco tiesa y patética de los radiados. Fue un almuerzo verdaderamente íntimo, amistoso y sincero, con dos de los cuatro comensales inclinados del lado de la muerte. Hubo un momento en que Cayetana le dijo a Carmen:

—Que hagan lo que quieran, hija, pero no consientas que te quiten lo que tienes de mujer.

13. Europa

La revista *Destino* era un semanario con peso específico que hacían los catalanes de la burguesía que estuvieron pasando la guerra en Salamanca y Burgos, más o menos y cerca del Caudillo. El catalanismo era una causa que había quedado en suspenso.

El título de la revista, *Destino*, y la editorial correspondiente se referían a una de las palabras favoritas de la Falange. Era el mismo caso de *Triunfo* en Madrid, que no aludía sino al triunfo de los generales.

Inmediatamente después de la guerra, tornados los burgueses a Barcelona, cambiaron sus estandartes e hicieron oposición. En *Destino* había cultura y arte, política, vueltas al mundo, actualidad, todo pasado por el prisma de un catalanismo culto y al día. En las calles de Barcelona Franco había obligado a escribir «Habla la lengua del imperio». Esto exasperaba a Dionisio Ridruejo, héroe de la División Azul y el más imperialista de los poetas madrileños.

Antes o después, no recuerdo, yo había escrito bastantes años una columna en *La Vanguardia* que salía diariamente y era muy leída. Se trataba y se trata de un periódico poderoso. También en *La Vanguardia* se hizo maquillaje periodístico. Primero hubo que añadirle lo de «Española», que no desaparecería hasta después de muerto Franco. En *Destino* hacía yo una crónica semanal de Madrid, entre José Pla, Néstor Luján, Baltasar Porcel y otros ingenios del periodismo catalán. Entre unas cosas y otras, mi nombre era ya muy conocido en Cataluña, hasta que un día el editor, Vergés, el que me había dado el Nadal, me dio un puñado de duros y me mandó por Europa para hacer crónicas literarias y turísticas a la manera que las había hecho Pla en otro tiempo. París era una ciudad muy parecida a París, pero que no acababa de ser París. Allí me traducían algún libro de vez en cuando. Me hubiera quedado para siempre en París, que era un poco como seguir en Madrid. En una sala cerca de mi hotel, había una exposición casi permanente de Salvador Dalí, y allí hube de adquirir parte de mi cultura daliniana. También esperaba que alguna tarde apareciese por allí el genio, pero el genio estaba en Nueva York destrozando escaparates para epatar a los yanquis mientras Gala gestionaba el dinero correspondiente por la presencia de ambos en la fiesta de aquella noche.

La pintura de Dalí tiene una cosa húmeda, blanda, y eso no se lo ha dado el sequizo Ampurdán sino la temporada de París. Dalí era más parisino que los surrealistas parisienses, que acabaron expulsándole del grupo para que fuese a explicar su paranoia crítica a otros paranoicos.

Fue la noche en que se presentó en una reunión surrealista con un smoking blanco ilustrado con vasos de leche que temblaban a cada movimiento del artista. Louis Aragon fue el que se lo dijo:

—Con esa leche se podría haber dado de cenar a muchos niños del mundo.

Este arranque de beata caritativa no pudo soportarlo Dalí y ahí rompieron para siempre. Perdidos los amigos, Dalí se dedicó, sin ataduras, a ganar dinero, a comercializar su surrealismo, que a pesar de todo era el mejor del grupo.

En la editorial que ya he citado y que controlaba mis libros y mis colaboraciones en *Le Monde* y *L'Humanité*, yo creo que la traductora se enamoró un poco de mí si es que las francesas se enamoran, pero yo me enamoré de una de las jefas, que tenía un hermoso cuerpo y un ojo bizco. Estaba casada con un profesor de matemáticas para sordomudos. En París hay gente rara. Entre una parisina y otra, acabé perdiendo a las dos, que es lo que pasa en estos casos, y entonces me fui a Italia en busca de Rafael Alberti, que era la pieza del exilio más perseguida por amigos y enemigos, pues todos consideraban que fusilar a Alberti hubiera sido un golpe tan universal como lo fue el fusilamiento de García Lorca.

Tardé algún tiempo en encontrar a Alberti. Me iba yo por las mañanas a la Plaza de

España, donde estaba la embajada, y me metía entre los hippies americanos a lavarme los pies. Las chicas tenían unos pies muy bonitos que se movían dentro del agua de la fuente como peces de alabastro. Era la Europa de los hippies y en Roma había más que en ningún sitio. Nunca olvidaré aquellas mañanas de sol, a la sombra de la gran escalinata, en torno a la fuente redonda y aquella juventud que había decidido europeizarse. Ya he escrito aquí que las yanquis venían a España a europeizarse, pero luego iban a Roma, a la santa Roma, a paganizarse, de modo que las granjas hippies de California y Palo Alto venían de un matinal paganismo respirado en la vieja Roma.

El sevillano Aquilino Duque, gran prosista y falangista cabreado, me llevó en su coche un domingo a visitar a Alberti y María Teresa en su casita de campo. A Alberti me lo encontré en una esquina del pueblo con una bolsa de la compra en cada mano, los tacones torcidos y la melena gloriosa y rafaélica.

Estuvimos en lo que era el estudio del poeta, que por entonces pintaba mucho y vendía algo, echando spray por todas partes porque allí olía a mierda de gato que no había quien parase, de modo que finalmente nos fuimos con nuestras bolsas a almorzar a un restaurante campestre. Desde el restaurante se veían los viñedos de Alberti, pues el comunista había entrado al fin en la tentación de la propiedad, que es un robo, pero consuela mucho. María Teresa apuntaba ya ramalazos de locura. «A mí no preguntas nada», me dijo cuando yo había puesto en marcha una entrevista con Rafael. Tuve que preguntarle alguna cosa a María Teresa y ella me contó todos los programas que hacía en la radio italiana. La locura empezaba a despertar en ella su más oculta y previsible pasión: la envidia del poeta, de su poeta.

Otra noche, cenando en el Trastevere romano, entre tíos en camiseta, Rafael rompió en una exaltación del pueblo español que, desde el punto de vista soviético, le parecía mucho más admirable y hermoso que el italiano. Años más tarde, cuando Alberti volvió a España, María Teresa quería comprarse un hotel que era la estación ferroviaria Príncipe Pío. La veía desde la ventana y le gustaba mucho.

Mientras la televisión daba las novedades cotidianas de la Santa Transición española, Rafael, sentado ante el aparato, dormía profundamente la siesta y yo me marchaba sin despedirme. «Éste no es mi Madrid, Umbral. Estoy pensando en volver a Italia. Esto ya no me gusta, hay demasiados coches.» Yo recordaba el caos circulatorio de Roma y se me ocurrió que lo que tenía el poeta era descontento de todo. Además de Alberti, Roma fue para mí una película de Blancanieves con actores reales y Blancanieves desnuda, completamente en bolas. En el pueblecito de los gatos malolientes Rafael me leyó su último libro, *Roma, peligro para caminantes*. Libro tardío, pero de lo mejor que él había hecho nunca. «Sabes, Umbral, estoy pasando de Góngora a Quevedo, en Quevedo está todo.» Efectivamente, este penúltimo libro tenía más Quevedo que otra cosa. Aquí en Madrid, Rafael se dedicó a dar recitales con Ana Belén. En sus artículos de *El País* rechazaba el sillón de la Academia y exigía que se lo diesen a Francisco Umbral. Esto a mí creo que me perjudicaba más que me favorecía. Yo estaba ya del lado de Camilo José Cela, que a Alberti le llamaba «el lírico menesteroso».

Pero es que a Cela acababan de darle el Nobel.

En el entierro de Dámaso Alonso, Cela insistía: «Tu amigo, el lírico menesteroso, parece la encargada de una casa de putas de Ceuta.» Yo a mi vez recordaba lo más hermoso que me había dicho Alberti en Italia. «El Barroco es la profundidad hacia fuera. En Quevedo está todo el Barroco.» Alberti tenía una novia gorda y con ricitos en el Trastevere. María Teresa vivía ya fuera del mundo. A Rafael le amargaron su regreso a España dándole el Nobel a Cela, como ya he dicho.

Alberti les dijo a los periodistas que Cela era demasiado joven para el Nobel. Camilo no se lo perdonó nunca y le convirtió en la encargada de una casa de putas de Ceuta.

Desde Roma salté a Inglaterra. Londres era una ciudad viva e inhospitalaria, atrincherada en su inglés que no crece ni muere. Mi único refugio eran los cines porno

con películas de lesbianas. Los espectadores éramos siempre los mismos, tres argelinos muertos de frío y yo. Las señoritas lesbianas no eran unas ordinarias como las de la litrona española, sino unas damas elegantes, modernas y siempre prestas a desnudarse por algún motivo o sin motivo ninguno. Bellísimas y recién lavadas. Pero los londinenses debían de tenerlas iguales en casa, porque los cines estaban vacíos. Llevé a Pitita Ridruejo, entonces embajadora en Inglaterra, a ver los ángeles y las ficciones de William Blake a la Tate Gallery, porque ella iba siempre al mismo museo, la National Gallery llena de culos clásicos, y yo quería cambiar de culos. Pitita me contó que un director de cine italiano, Fellini, la había metido en una película romana. Luego la veríamos en Madrid. Sale por unos minutos y araña el cristal de su coche y la pantalla del espectador. Desde su casa se veía muy cerca Buckingham y alguna princesa que salía a caballo por la ventana para perderse en el tráfico de la ciudad. En la gran fuente de Piccadilly, como en todas las fuentes de Europa, había una multitud de adolescentes que se estaban allí con los pies metidos en el agua, haciendo música y tomando LSD, que era la droga del momento. Comprendí el poderío mundial de Inglaterra cuando empecé a funcionar con libras y chelines. Una libra no se acababa nunca, daba para todo el día y le hacía sentirse a uno un poco millonario con aquel dinero interminable.

Busqué la cárcel de Reading con grandes caminatas pero nunca la encontré. Espero que tío Oscar me haya perdonado. Él estaba en alguna celda haciendo y deshaciendo esparto, que es lo que le destrozó las manos, o sea su sentencia, y yo rondaba la cárcel sin saberlo. Pero uno comprendía muy bien que una ciudad que anochece después de comer tuviera presos en un museo a los arcángeles de Blake y enterrado vivo en una cárcel al escritor más grande de la lengua inglesa. Los teatros de Londres estaban llenos de una burguesía que iba a ver desnudos. El escenario era todo él una jaula de cristal o una piscina y allí actuaban los intérpretes quitándose la ropa mientras resolvían sus querellas. Un vodevil seguía siendo un vodevil en Inglaterra, pero un vodevil acuático, lo que no sé si le ponía o le quitaba malicia al espectáculo. A veces también gusta que las señoritas se pongan una braga de vez en cuando. Alguien dijo que es más erótico vestir a una mujer que desnudarla. A mí me lo recordaba Luis Berlanga, gran erotómano, en el Café Gijón de Madrid. Él hizo la película de una muñeca violable y tenía un almacén de muñecas en el sótano de su chalet. Yo estuve enamorado de alguna de ellas, pero Luis nunca me la dio. Las muñecas se pudrían allí, haciendo su vida de muñecas. Eran como el harén desmemoriado de un sátrapa oriental que las había olvidado allí y andaría por las calles de alguna gran ciudad buscando una niña de catorce años.

Por cierto que nunca he hablado con Luis sobre el tema de las menores y no sé si le gustan o no. Ahora nos vemos menos y nuestra eterna conversación sobre el único tema valioso, el femenino, ha quedado interrumpido quizá para siempre.

Las muñecas sepultadas de Berlanga se me confunden en la memoria con el viejo Oscar Wilde tejiendo y destejiendo esparto en su cárcel de Londres o donde coños estuviera aquello.

Las hetairas, las menores, los dandis homosexuales y las bellísimas muñecas con tetas de estropajo tienen una vida nocturna y desgraciada en la noche perdurable de las grandes ciudades.

Mientras toda aquella horda nocturna sufría en el subsuelo yo me iba a mi hotel a leer a Henry Miller hasta la madrugada. Prefiero las muñecas de esparto que gimen en sus sótanos a las señoritas limpiísimas que hacen vodevil francés debajo del agua. El erotismo es la temperatura de la crueldad y Londres tiene una temperatura cruel. Cuando a Londres le limpiaron el *smog* como se limpia una ventana vimos que Londres existía menos de noche que de día. Londres tenía *smog* como París tiene lluvia, Roma tiene paludismo y cada capital de Europa tiene su enfermedad sagrada,

de la cual ha nacido. Esto lo aprendí viajando por Europa y entonces es cuando el mundo empezó a tener atractivo y pecado para mí.

Pero yo buscaba la vagina de la ciudad, la vagina de Londres, que es esa calle que tienen todas las grandes ciudades y alguna pequeña, de donde nace la vida, el comercio, la alegría, de donde viene el pasado luminoso y confuso de cada urbe. Decía Gómez de la Serna que Madrid es moro. Hay que buscar ciertas calles y morerías para comprender que esto es verdad. En cuanto a Londres, siempre ha sido para mí una especie de Dublín engrandecido, desprovincianizado, con una luz propia que no tiene Dublín ni el resto de Londres. Una mañana, efectivamente, encontré aquella calle que hoy no sabría buscar. King's Road. Era una calle interminable que venía como de otro continente, y arrancaba con un kilómetro de tenderetes financieros, sombreros de la calderilla, aquella calderilla en chelines que brillaba como el oro en el Londres ya sin *smog*, entre las manos cortadas de los jugadores y de los trileros de la libra. Los chorros del oro, ésos del tópico, corrían sobre la muñeca del jugador, de modo que un racimo de manos ávidas le hurgaba en los intestinos al tesoro de la City, y allí se hacía realidad la grandeza del imperio, como en Wall Street la grandeza del otro imperio, el americano, que sólo se desnuda en Nueva York.

King's Road era la calle de los pecados masculinos, por allí se veían pocas mujeres, pero todas de sombrerete. El mercado de las monedas era como un mercado de peces, vivísimos peces de oro y bronce y cobre que saltaban y corrían toda la mañana, para morir cálidos y dormidos en los bolsillos del jugador.

Yo iba paseando plácidamente y mirándolo todo. Era como un personaje de Joyce paseando Dublín. Todo tenía interés y novedad, cada cosa tenía su palabra, su nombre, que era inesperado, insólito, y así se veía, como se ve en el libro de Joyce, que el lenguaje es el despertar de las cosas, y que todo está dormido hasta que lo nombramos. Las monedas, las frutas y los sombreros despertaban a gritos en el Camino del Rey. Pasaban lentos los tranvías, los autobuses de dos pisos, llevando oficinistas a su oficina y muertos a su nicho. Yo cruzaba la calle de vez en cuando para ver lo que pasaba en la otra acera, o me subía a un tranvía en marcha para disfrutar el espectáculo desde un piso más arriba.

En ningún momento tuve la tentación de meter una moneda en aquel mar alborotado del juego callejero. Hubiera sido como meter una sardina muerta en una tempestad marina. Muchos de los trileros tenían el sombrero puesto y sólo se lo quitaban para meter en él unos billetes, unas libras, y volver a ponérselo. Las manos eran para las monedas y el sombrero para los billetes.

De pronto la calle, sin perder su latido, se transformaba en tiendas de ropa, una sucesión mareante, ominosa y actualísima de botas, látigos, bragas de cuero, sostenes de cuero, botas vaqueras y abrigos rojos y azules, entallados y masculinos. Lo vi todo como una réplica a los Beatles de Liverpool, como una revolución madrugadora y salvaje contra la beatlemania del mundo. Éstos iban más allá, anunciaban a los Rolling, exhibían un látigo de caballo como un objeto erótico, sugerían el zurriagazo a la mujer, también este larguísimo tramo de King's Road era profundamente macho, vi un látigo de azufre que me recordó a los surrealistas franceses. Las dos aceras eran lo mismo, las casas eran más bajas que en el tramo anterior y el cielo seguía claro y asombrado como si nunca hubiera visto Inglaterra y el mercado de las monedas. Pensé en comprarme algo de ropa en aquellas tiendas, pero todo valía mucho dinero. Ser pobre en Londres resultaba carísimo. Cada tramo de la calle parecía dedicado a una industria diferente. Yo, de pronto, me sentía muy cansado, me subía en marcha al segundo piso de un autobús y volvía a ver la película del revés. Mi autobús paró frente a una pequeña iglesia de ladrillo, una capillita de barrio que había quedado allí, como la chabola de Dios, arrastrada por las aguas del comercio y rodeada en aquel momento por un ambiente de boda.

El público era juvenil, diverso, matinal, con alguna vieja de Shakespeare curioseando por allí. Sin duda, se esperaba la salida de los novios. Y la salida se produjo pronto. Él era una especie de joven labrador endomingado y ella una rubita frágil y tonta con su traje de tul y su sonrisa para los fotógrafos, unos cuantos tipos con cámaras de televisión. Como decíamos en Madrid «adonde voy yo va la electricidad».

Si había ido la electricidad es que aquellos novios eran alguien. Y esto me devolvió a mi condición de reportero. Había que quedarse allí para hacer un buen reportaje, lo mejor de King's Road. La vagina sucia de Londres arrojaba una noticia, me arrojaba un reportaje cuando yo me había olvidado ya del oficio y hubiera querido volver otra mañana a King's Road para volcar toda mi calderilla en las manos rampantes de los trileros con sombrero de abogados.

Los recién casados paseaban por la acera, el grupo de fieles les seguía alegremente. Era el espectáculo de la vida vulgar, ajeno a la fiebre del oro, a la fiebre de la calderilla que corría de unas manos a otras en un cajón de lagartijas de oro y plata.

Inagotable vagina de Londres. Me acerqué a la pareja de novios para captar de cerca la belleza de la muchacha.

Era un hombre.

Primero me decepcioné y luego pensé con alegría que había asistido a la primera boda homosexual del mundo. Eso sólo podía arrojarlo King's Road, la calle vaginal, municipal e interminable del Londres que acababa, por fin, de descubrir. El novio, inevitablemente, llevaba en la solapa una flor verde como la de Oscar Wilde.

Fidel Castro llevaba una hora en la televisión insultando a los españoles en directo. El embajador de España en Cuba no pudo más. Se presentó en la tv cubana y le dio dos hostias a Fidel Castro. Hubo revuelo mundial y Franco no dijo nada, pero al cabo de un tiempo relegaba a aquel señor a la embajada de Suiza, que era una manera de enterrarle en lo profundo de Europa sin que pareciera un castigo. El hostiador de Castro fue el encargado de recibirme en Berna. Me dio un erudito y aburrido paseo por la ciudad, que tenía ojivas históricas de profundidad medieval. Aquel funcionario del Gobierno de Franco no era ya más que un jubilado que disfrutaba de su aburrida jubilación, pero seguía manteniendo una pedantería y una apostura que me cansaban muchísimo.

En Zurich coincidí con Domingo Ynduráin, que estaba allí de lector de español, y con Mariola, su novia de Santander, que era hermosa como una flor mulata que se abriese todos los días a la orilla de aquellos lagos. Cuando fui al Banco a cambiar mi moneda, como hacía en cada país, me atendió un joven español y homosexual que incluso me acompañaría a otro Banco, cruzando la calle, para resolver una pequeña confusión de cuentas que se había originado con mi dinero. A mí me asombraba que las cuatro perras que llevaba en el bolso del pantalón pudieran mover los grandiosos cimientos de la Banca Suiza. El español aprovechó el paseo para contarme su vida:

—Yo es que soy homosexual y de homosexual no se puede vivir en la España de Franco, de modo que me he venido aquí para vivir tranquilo y que no me moleste nadie.

El homosexual contaba su vida como si fuese apasionante, pero no era más interesante ni menos que la de cualquier heterosexual y mayormente si es bancario. Domingo y Mariola, tan encantadores como siempre, me llevaron a un gran restaurante donde la temperatura se regulaba sola según el frío del exterior. Yo había ido a Suiza a dar una conferencia sobre García Lorca, que es lo que más gustaba y el libro que yo estaba preparando en mi apartamento de Argüelles.

Hubo mucho público y a Domingo le gustó mucho la conferencia, que ni yo mismo sabía que fuese tan interesante. Domingo era un crítico aún más riguroso que su padre, pero contenido en un estilo elegante y casi anglosajón, como apuntaba ya en sus veranos de Santander. Recuerdo que Domingo Ynduráin estaba preparando un

libro sobre Espronceda por el método estructuralista. Meses más tarde, cuando me llegó su libro a Madrid, me sorprendió el arranque, inesperado en un estudio estructuralista: «Espronceda era un chisgarabís.» Domingo citaba en sus estudios mi Mortal y rosa como la mejor novela de cincuenta años de posguerra, junto a otro título y otro autor que no recuerdo. Ginebra. De Ginebra recordaba yo aquella inefable Sociedad de Naciones que había regido nuestro también inefable Madariaga, que hizo su carrera internacional apoyado en que sabía cinco idiomas. «Eso quiere decir que Madariaga es tonto en cinco idiomas», sentenció Ortega.

Escritor más grato afincado en Ginebra fue Jorge Luis Borges, ya viejo y casado con una japonesa que más que con un hombre se había casado con una tesis doctoral. Borges estaba obstinado en que a su muerte le enterrasen en el famoso lago y no sé si lo consiguió, aunque la japonesa podía conseguir cualquier cosa. Y además era muy bella. Los ciegos como Borges saben ver a las mujeres por la voz. En Zurich, bajo el beneficio de los tilos, me dediqué a lo que hacía en todas las ciudades, o sea a pasear y enterarme de lo que a mí pudiera darme juego literario. El embajador que repartía hostias me había llevado la primera mañana a ver los osos de Berna, emblema vivo de la ciudad. Y volví varias mañanas a visitar a mis amigos los osos. Estos osos estaban recluidos en un gran recinto circular abierto en lo profundo de una calle y rematado por una estructura metálica que impedía la fuga de un oso. Pero los amistosos animales se daban muy buena maña para escalar el muro circular de piedra y la estructura de hierro y hacían amistad con los turistas y curiosos, pidiendo siempre comida en su argot mímico de osos de circo.

No sé si he hablado alguna vez de mi amor nada franciscano por los animales, especialmente los mamíferos, pero en cualquier caso aquellos monstruos fueron unos buenos chicos para mí, en seguida entablamos conversación y concluí que un país que mantenía tan educados a sus osos era todo él un país bien educado.

Me estaba toda la mañana mirando la vida que hacían los osos, una vida muy parecida a la de un oficinista de Palencia. Al despertarse orinaban, luego reunían comida, porque aún no habían llegado los turistas generosos. Hacían el amor con las osas sin perder la pudibundez ni la educación burguesa que debía de venir de generaciones. Un oso bien educado es más educado que el embajador de España adonde sea. Me recordaban a mi gata madrileña, que estaba en el pequeño apartamento de Argüelles durmiendo veinte horas al día y las otras cuatro lavándose con la lengua, como los nueve gatos de Bukowski. En Suiza creo que vivía también el poeta español José Ángel Valente, hombre tan inteligente y tan insoportable que vivía siempre en el extranjero porque los españoles le resultábamos un poco agrarios. Destacado poeta de la generación de los 50 o generación del Adonais, Valente murió hace poco. Tenía amigos y enemigos rampantes y al escribir esto ya sé quiénes van a salir en su defensa y quiénes en la mía.

He escrito mucho de poesía pero no creo haber escrito una línea de Valente. Era esa clase de poeta intelectual que resulta siempre incómodo. Baudelaire distinguió entre imaginación y memoria. Su poesía nació siempre de la imaginación. La memoria suele dar una poesía erudita de catedrático o una poesía intelectual, que es peor. No estamos completamente de acuerdo con Baudelaire, pero es cierto que sus mejores poemas se los dictó la imaginación o algún otro poder ajeno al recurso fácil de la memoria. En esta distinción estaba nada menos que lo que Baudelaire llamó Modernidad, y en España Rubén Darío llamó Modernismo.

Los osos de Berna eran unos osos con algo de dandis frustrados, o más bien con algo de Verlaine hospitalizado. Con un poco más de cultura y menos haraganear habrían escrito poemas. Desde luego el más viejo era totalmente verleniano.

En Alemania estuve varias veces. Siempre fui a Alemania con gusto y buen ánimo. Sin embargo, un embajador alemán en Madrid me dijo hace tiempo que yo no amaba

Alemania, que siempre escribía de su país en un sentido crítico. Me parece, en principio, que no se puede invitar a un señor a su embajada para pegarle una bronca. Las embajadas y los embajadores siempre se pasan por arriba o por abajo. Los que no son cursis son violentos. Y me refiero ahora a los embajadores de carrera de cualquier país, porque el que ha llegado políticamente a embajador, ése tiene más mundo e incluso más trasmundo. Te trata de otra forma y hasta te ofrece el whisky de otra forma. Siempre he creído que la vida enseña más que todas las carreras.

El avión me dejó en Munich o München y en cuanto vi en el aeropuerto al primer alemán con gorra de visera, dirigiendo el tráfico numeroso bajo la nieve, comprendí a Hitler. Cuando el alemán uniformado toca un pito ante la multitud, eso funciona. No sé si funciona el pito, la multitud o el uniforme, pero el país ya no se detiene. Munich es la ciudad donde una vez encontré a la españolita ciclista que enseñaba idiomas, como creo haber contado ya aquí. Pero no había una ciclista de la nieve para recibirme en cada viaje a la grande y amada ciudad. Había, eso sí, un grupo de españoles, todos profesores, que, huyendo del franquismo, se habían refugiado en la patria moderna de la filosofía. Sobre todo hablaban de Heidegger y yo me defendía con mis lecturas del gran alemán, pero ellos comían Heidegger, bebían Heidegger, dormían Heidegger, e incluso ellas fornicaban Heidegger.

Después de Nietzsche nadie ha influido tanto en el pensamiento y la vida alemana como el autor de *Ser y tiempo*. Todo el siglo xx estuvo habitado de Heidegger, en Alemania y en toda Europa. La belleza, armonía y profundidad de su escritura sólo la alcanzaba yo a medias en alemán, pero leía las traducciones de Heidegger al español y me sentía mejor alimentado que con la sólida mantequilla de Munich. Aunque el propio Heidegger era una mantequilla espiritual que untábamos en el pan y en casi todas las comidas. Dice Heidegger que el hombre es un ser de lejanías. El alemán, efectivamente, es un ser de lejanías, un hombre que piensa hacia adentro y con eso se alimenta.

Ser de lejanías porque nunca se queda en la superficie de las cosas sino que siempre camina hacia la densidad del bosque y allí habla con los osos, que son unos osos filosóficos y mucho menos mundanos que los osos de Berna.

El hombre es pastor del Ser, dice también Heidegger. Efectivamente, el hombre se limita a pastorear la existencia por el mejor camino o por su viejo camino familiar, pero él no es la existencia. La existencia es algo más fluido, pero no tan espeso como la mantequilla. Sentimos que la existencia pasa entre nuestros dedos, pero si cerramos la mano ya no hay mano ni siquiera puño. No comprendo que un ser tan interiorizado como el alemán pueda haber vivido la aventura hitleriana, que es una abolición de toda esta profundidad y un vuelco de las masas hacia el exterior banal de su propia vida. Vivimos atravesados por el lenguaje, dice también Heidegger, pero esto sólo se entiende referido al alemán, que es la lengua que nos expresa allí donde nosotros no sabríamos expresarnos.

A mediodía dábamos unos paseos para tomar el sol breve de la hora, y una Baviera con olor a mantequilla del almuerzo lo tornaba todo suavemente hogareño, pero alguna vez había un alemán o una alemana que me insultaba en su lengua, no sé por qué. Me había reconocido como español, tampoco sé por qué. Mis amigos profesores y germanizados se negaban a explicármelo.

En Munich vimos una noche el espectáculo Hair, una ópera hippy que estaba de moda en el mundo entero. Era un espectáculo caro, comercial, ilustrado por los desnudos de aquellas muchachas rubias, mucho más rubias que las yanquis a las que estaban interpretando. Naturalmente, sonaba mucho aquella música tan conocida:

Are, are,

Are crisna...

Fue la utopía mundial de la marihuana, las comunas, el sexo libre, los hijos colectivos y

la paz. Todos los 60 y los 70 estuvieron impregnados de eso, desde Munich hasta Palo Alto y Berkeley. Luego dejamos de ser seres de lejanías. Volvió a capturarnos la inmediatez. Dejamos de ser pastores del Ser. Fuimos simplemente pastores de nuestro automóvil. Dejamos de estar traspasados por el lenguaje y sólo vivíamos y vivimos traspasados por la televisión.

Pero el lugar más literario de Munich, para mí, era aquella gran cervecería donde Hitler mantuvo sus primeros o últimos mítines. Era un lugarón mal amueblado, que parecía tener al fondo montones de cebada y olía a cerveza negra y a las asquerosas ancas de rana que servían con la cerveza. Más que una rana, aquello parecía un sapo destripado y con una banderita alemana clavada en la cabeza. No se comprendía muy bien cómo un movimiento que había nacido en aquel lugarón podía haberse transformado luego en una organización para matar montada sobre el dandismo militar y la obsesión enferma del odio a los judíos.

Pero mis amigos españoles e hispanistas estaban muy orgullosos de mostrarme los orígenes pequeñoburgueses y dominicales de la catástrofe nazi. Afortunadamente, yo tenía que partir para Frankfurt, adonde acudí varios años invitado por algún editor a la Feria del Libro, una feria de resonancia cultural en toda Europa. Allí estaba Mario Lacruz, que parecía un alemán malogrado, pero encantador como siempre. Allí estábamos todos intentando poner de moda la literatura española en el corazón de Europa. A mí nunca me ha seducido la gloria de las traducciones y me irrita leer un libro mío que no entiendo ni leo, porque si no está en mi lenguaje no es un libro mío.

Allí, en Frankfurt, laminó un tranvía a Víctor Seix, que murió en el acto. Allí estaba Antonio Burgos, con su esposa, de iguales proporciones que el escritor. Antonio, el sevillano, escribía bien y sigue haciéndolo, tenía y tiene un humor ligerito que le permite burlarse siempre de Madrid desde provincias. Recuerdo sus años madrileños, su tendencia a escribir sólo de Andalucía y cómo pasó de los reportajes sociales en Triunfo, andalucismo de izquierdas, a una visión aplaciente y divertida de las cosas pequeñas, como su maestro Pemán. Y es que Antonio, después de su frustración madrileña, decidió volverse a Sevilla con su señora y allí sigue mandando artículos a Madrid o contra Madrid, o libros sobre sus gatos, que deben de ser de su cortijo. Le recuerdo y le leo siempre con cariño. Supo dar su medida en su momento. A veces paseaba con él por aquellos parques con clásicos de hierro. Alemania es un país entre la fuerza y la inteligencia. Un país que puede hacerlo todo y lo mismo nos da a Goethe que a Carlos Marx o a Marlene Dietrich, que no sé si era alemana, pero era desde luego una belleza alemanizada.

También estuve en Stuttgart, creo que a dar una conferencia, y allí me encontré con Ferreiro Alemparte, un gallego dedicado a Rilke, al que traducía sistemáticamente, y luego nos daba los libros en el Gijón. Era tanto el rilkeanismo de Ferreiro que Eladio Cabañero le llamaba Rilkeiro.

Rilkeiro me paseó por Stuttgart, que es como pasear por el interior de una gran fábrica. El día en que di mi conferencia encontré allí a otro español literario, poeta y crítico que me pone a parir en su estudio sobre la novela española de posguerra. Nos reunimos en torno de una camilla (es la conferencia más familiar que yo he dado) y el leonés, pues era de León, me presentó de mala gana. Yo di mi conferencia sobre Lorca, que tanto había gustado en Suiza, pero aquí gustó menos. Con Rilkeiro me aburría y corría peligro de que volviese a recitarme los sonetos a Orfeo en alemán. Con el leonés no llegué a estrechar lazos, de modo que decidí irme de putas yo solo por las afueras de Stuttgart, que no tiene afueras. Buscaba un cabaret como los de Marlene pero no lo encontré. Los ángeles azules de aquella ciudad eran putarazanas rubias y circenses, o sea lo más alejado de mi tipo de mujer. Stuttgart, la gran ciudad, no tenía nada que ofrecerme, salvo la cama del hotel, y me fui a la cama. Al día siguiente salía para Estocolmo.

Estocolmo es una ciudad entornada y burguesa que guarda el dinero no se sabe dónde, pero tiene todo el aspecto de guardar dinero. Una tarde me fui a la Fundación Nobel a averiguar cosas sobre el Premio Nobel. Allí encontré a un catalán viejo y apuesto, con barretina, que me aseguró ser el presidente de la Generalitat voluntariamente exiliado como funcionario de aquella Fundación. No pensaba volver a España hasta que no muriese Franco. Murió Franco, por darle la razón y este señor no apareció por parte alguna. El que apareció fue Tarradellas, que había vivido, también en el exilio, de los jamones y los vinos que le llevaba Baltasar Porcel. En Barcelona tuvo un protagonismo simbólico y se murió pronto. Pero era más distraído mi amigo de la Fundación.

Me dijo que allí nadie sabía español, cosa obviamente falsa, y que por eso no se podía dar el Premio Nobel a España, pero mientras él y yo hablábamos, la Academia Sueca nos concedía tres premios: A Juan Ramón Jiménez, a Vicente Aleixandre y a Camilo José Cela. Decía el loco que los del Nobel habían puesto una obra de Lorca donde había dos señoritas que se pasaban un acto completo dialogando con los brazos en alto. El presidente de la Generalitat preguntó al final qué significaba aquello de los brazos. El director de la cosa le enseñó el original de la obra. La acotación de Lorca decía así: «Brazos al aire.»

Estocolmo es una ciudad aburrida si no te dan el Nobel o no saludas a los reyes, pero a los reyes los había saludado yo en una visita que hicieron a España y me los presentó la reina Doña Sofía. Estuvieron muy simpáticos.

Rilkeiro en Stuttgart y el de la Generalitat en Estocolmo me estaban dando el viaje. Como nunca he pensado que me fueran a dar el Premio Nobel, me metí en un café a ver si había allí algún académico que me conociese, pero me ignoraban tanto o más que los académicos españoles. En Estocolmo no di ninguna conferencia. Lamento no haber mantenido más relación o correspondencia con el de la barretina, porque los locos suelen tener mucha influencia en estos sitios. Pero ya es demasiado tarde.

Una noche, en Estocolmo, cené en casa de unos españoles o catalanes, los Masoliver. El patriarca de esta dinastía me parece recordar que era Juan Ramón Masoliver, un periodista que me detestaba, un crítico literario que nunca había entendido mi proyecto fundacional y yo creo que más o menos echaba en falta el argumento en libros míos que no tenían por qué tenerlo. Pero a tantos kilómetros de distancia de Barcelona, los Masoliver —ausente el patriarca, por supuesto— se tornaban amables, generosos y buenos anfitriones. A veces el carácter es una cuestión de distancias, pues ya hemos dicho en este libro, citando a Heidegger, que el hombre es un ser de lejanías. Parece que a algunos Masoliver les va bien la lejanía. Barcelona no basta. Tendrían que irse más lejos. Entre el loco de la Fundación y los parientes de Masoliver, decidí emprender pronto la huida. Y quiero advertir, contra lo que he dicho antes, que la Fundación Nobel no tenía nada que ver con el catalán de la barretina que me contó chismes probablemente apócrifos. El viejo Masoliver estaba en el jurado del Nadal e hizo lo posible por que no se me diera el premio. Ya me había advertido Vergés de que tendrían que salvar ese obstáculo. Y lo salvaron. El señor Nobel tuvo la idea genial de convertir por un día Estocolmo, ciudad tristonja, en la gloria de hombres viejos o maduros, de hombres ilustres. Por la mañana te meten un ángel rubio y femenino en la cama, te dan un desayuno fastuoso y todo se llena de una luz dorada que nace del ángel. Aquella mañana, después de la cena con los Masoliver, que me admiraban mucho (se ve que la admiración no es hereditaria), desperté en la habitación del hotel, busqué el ángel rubio en mi cama e incluso en la cama disponible de al lado. Abrí las cortinas, entró una luz como asustada y desayuné café con leche como en Madrid. Definitivamente, yo no era Premio Nobel, pero había dormido con absurda impaciencia, esperando que el milagro se produjese por la mañana. Decididamente, yo no era Premio Nobel. Abandoné Estocolmo hacia otro país, un país del Norte de cuyo nombre

no quiero acordarme. De aquel país recuerdo unas clases que di a las nativas, todas rubias y blancas, todas jóvenes. Recuerdo también un almuerzo con ellas que constaba de doce platos, todos ellos de pescado que preparaban las chicas con diferentes recetas, todas tomadas de la cultura familiar. La Europa del Norte es tristonra y silenciosa. Comprende uno que España, que es la tristeza negra, les parezca una orgía. En mi viaje de vuelta desde el mar del Norte los mares azules y sureños de Rafael Alberti me hicieron marinero en tierra. Sólo hice una escala en Bruselas —por lo visto era un viaje muy didáctico— para dar unas clases y salir corriendo por una ciudad llena de judíos que ya no era Bruselas.

Al poner el pie en Barajas constaté lo mismo que otras veces: que España huele a moro. Pero que me dejen tranquilo en España, renunciando al ángel rubio, adolescente y hembra del Premio Nobel.

14. Nueva York

Cuando le preguntaron a César de vuelta de Nueva York qué le había parecido la ciudad, dijo:

—Me ha parecido una ciudad muy recoleta.

Efectivamente, Nueva York puede ser una ciudad muy recoleta en la Casa de España, adonde yo estuve con Hermida, Escudero, Carvajal y otros periodistas españoles. Era como una pensión de esas calles feas y cansadas que suben hasta la Gran Vía. Allí estaban los exiliados españoles de muchos años, allí se habían hecho viejos, pero conservaban los muebles, los espejos, las banderas y otros atributos del exiliado. Por un momento comprendí lo que podían ser cuarenta años allí metido, viviendo en zapatillas y repitiendo los ritos de un Madrid mínimo con olor a brasero. Nosotros íbamos a Nueva York a venderles a aquellos españoles la Constitución, la nueva, y comprendí que habían de ser muy pacientes para tolerarnos con aquella broma después de una guerra civil, muertos salteados y muchos años de aislamiento, pues sin duda Nueva York no les decía nada y seguían haciendo su vida de Chamberí.

Con quien más hablé yo fue con Negrín, hijo de Negrín, aquella luz de la República. Pero Negrín no quería que le explicase nada de la nueva España. Reaccionaba con rechazo como los exiliados que yo había visitado en Madrid a su vuelta. Este segundo Negrín era un hombre grande, alto, y no sé si médico también, como su padre. Me dijo que su familia tenía una casa en la calle de Serrano y se la había incautado la Falange. «Usted que tiene influencia debe hacer lo que sea para devolverme la casa.» Ni siquiera me especificó si era todo un inmueble o simplemente un piso. Alguien tocaba a García Lorca en un piano interior de la Casa de España. «Mire usted, yo no tengo influencia, como usted dice, y mi familia no tiene ni ha tenido nunca ninguna casa. No sé cómo se hace eso de apropiarse de las casas.» Y procuraba devolver a Negrín al tema político y a los encantos de la Constitución, pero el hombre era fuerte e insistente. «Usted me gestiona lo de Madrid y me lo comunica por correo.» Venderle una Constitución al hijo de Negrín era tan imposible como venderle un coche español al dueño de un Ford. A Virgilio Zapatero y otros compañeros supongo que les fue tan mal como a mí. A Zapatero lo encontré el otro día en Alcalá de Henares, de rector de la Universidad, y nos dimos un abrazo. Habíamos vagabundeado juntos por Wall Street. Habíamos barzoneado mucho en la tarde de Central Park, que es tan aburrida como las tardes del Retiro madrileño. Aquellos entrañables exiliados no tenían más vino que ofrecernos, ni más Lorca ni más resentimiento ni más banderas republicanas ni más tristeza. Nos fuimos con una cierta sensación de fracaso que sólo se atenuó al salir a la calle: estábamos en Nueva York.

Pero mi mejor amigo en Nueva York era José María Carrascal, al que ahora leo siempre con cariño en la prensa madrileña. No siempre me gustan sus ideas, pero me gustan sus corbatas. Con Carrascal estuve en la Universidad, que tiene a la puerta una escultura de Picasso. Es una colegiala deliciosa, en piedra, piedra sobre la que Picasso ha pintado a la simpática chica. Espero que el 11/S haya respetado gentilmente a la colegiala picassiana. Volvíamos hacia el centro, ya de noche y advertimos que nos seguía un grupo de hombres. Venían a robarnos y quizá a asesinarnos. Nueva York está lleno de estos pandilleros, como les llaman los millones de hispanos que hablan español en NY. «Háblame muy alto y en español», me dijo Carrascal. Se trataba de darles a entender a nuestros seguidores que nosotros éramos una pandilla de dos y tan asesinos como ellos. Empezaron a rezagarse. Carrascal me había salvado la vida, pensé. Dispuesto a darme la lección completa de NY, Carrascal me llevó, en la Gran Manzana, a un bar que se inauguraba aquella noche. Era un bar no muy grande, pero elegante e iluminado por antorchas. Estábamos en la barra bebiendo whisky americano y teníamos muy cerca a una joven que sin duda escuchaba nuestra conversación. Era alta, gorda, estudiante y con gafas. De pronto abordó a Carrascal y él se volvió a mí

con el mensaje: «que es estudiante, que tiene un apartamento en este mismo edificio y que si quieres subir con ella». La miré de reojo y tenía bigote. «Dile que soy maricón y que perdona.» La estudiante gorda se fue con la negativa y un cierto desprecio que le empañaba las gafas. O quizá era llanto. No se puede viajar hasta NY para ligar con una gorda de suave bigote moreno. Carrascal parecía divertido por haber podido enseñarme un ejemplar de la libertad femenina en NY. Luego cenamos en la Bowery. El restaurante estaba lleno de negras jóvenes y hermosas, cargadas de joyas baratas, joyas que herían con sus reflejos de oro triste cuando ellas movían los dedos para comer.

A una de aquellas negras sí le hubiera aceptado la invitación de la yanqui, pero no se produjo. Cuando tienes mala suerte con las mujeres, la tienes hasta en NY. La Bowery se puso de moda años atrás, cuando los grandes pintores, como Pollock, Motherwell e incluso Andy Warhol, empezaron a comprar inmuebles enteros a bajo precio. Tiraban todas las escaleras, pisos, tabiques, para hacerse unos estudios inmensos y vacíos donde creaban el abstracto americano, con obras como el *Homenaje a la República Española*, de Motherwell. Luego, esas obras iban a parar a las grandes galerías de Manhattan, constituyendo un mercado de millones de dólares sabiamente llevado por judíos.

Estaba en mi tercer o cuarto día neoyorquino cuando una yanqui rubia y millonaria me llevó una noche a la Bowery en su coche. Aquello, durante la noche era una doble sucesión de hogueras, en ambas aceras, donde los bebedores interminables echaban sus chaquetas, sus corbatas, sus botellas mediadas de alcohol, todo para mantener la hoguera y protegerse del frío del invierno neoyorquino. Allí estuvimos la yanqui y yo, sentados sobre los abrigo de cualquiera y bebiendo ginebra sin cautela. La meta de todo bebedor era llegar a las tres botellas y tirar la última a la hoguera, mediada de alcohol. Yo veía difícil llegar a mi tercera botella, e incluso abandonar el juego dejando vacía la segunda, pero mi amiga seguía su viaje al cielo del alcohol sin hablar una palabra, limitándose a tenerme una mano cogida como para arrastrarme con ella a ese cielo de pintores, borrachos y mujeres rubias, espléndidas y solitarias porque querían. Esta amiga mía se llamaba Gallan y creo que hablo de ella largamente en este libro. Con gran elegancia, no me habló nunca del santo que habíamos robado en Santillana, aunque lo más probable es que lo hubiera olvidado hacía mucho tiempo. Para mi alivio, cuando Gallan andaba por la segunda botella, se acercó silenciosamente el Ford de la chica a buscarnos. El chofer era un hispano con la elegancia y la sobriedad de los buenos criados españoles. Le regalé mi media botella y no pareció agradecerlo mucho. La dejó en el maletero del coche. Gallan caminaba sujeta a su segunda botella. Nos abrazamos en el fondo del coche y suspiré porque había terminado mi primera y última noche de la Bowery.

15. El 27

Creo que descubrí la escritura en los poetas del 27. Si hago ahora un repaso o balance resulta que en mi juventud leí más poesía que prosa, con mucha diferencia. Yo estaba al día, incluso, de las posibilidades económicas de escribir versos. Nadie vivía de lo que escribía. De modo que yo seguía haciendo versos por desahogar la influencia literaria del momento. Los del 98 eran unos bohemios y los del 27 eran una generación de profesores en su mayoría. Primero se habían asegurado la vida con un sueldo modesto y luego habían entregado su tiempo y su espacio al menester poético. Escribir poesía, o simplemente leerla, es uno de los menesteres más arrasadores que puede tentar al hombre. Ni siquiera la filosofía puede absorber a un hombre tan absolutamente. Leer y escribir versos, vivir en poeta, equivale a tomar drogas o ensayar otro método de locura. De hecho, Baudelaire estimuló la experiencia poética con la experiencia de sus paraísos artificiales.

En la adolescencia todos hemos hecho versos, se dice, pero hay el que los hace por empezar a vivir, como el que se enamora, y hay el que vive en ese vértigo irremediable de la palabra. Si el individuo está bien asentado en su familia puede sin peligro ejercer de poeta, aunque lo más probable es que, víctima del confort, no escriba nada. Paradójicamente, el que necesitaría trabajar para vivir es el que se entrega de lleno a la labor poética, a la vocación, a la intoxicación, y difícilmente trabaja o estudia en algo que le dé solidez a su situación vital y social.

A estas alturas de mis memorias debo confesar que yo fui un joven bastante ecléctico, como lo he sido siempre, y he proyectado mi vida con sentido común, un sentido común pequeñoburgués que por otra parte me daba bastante asco. De modo que renuncié a vivir de la poesía y a otros sueños adolescentes. El justo término medio entre poesía y mundo inmediato estaba en el periodismo, que por otra parte también tiene sus tentaciones. De modo que me hice periodista de la manera que ya creo haber contado y en el periodismo me fue fácil alternar la vigilia de las rotativas con esa otra vigilia mágica de la poesía. Pero cuando había resuelto así mi problema, perdí las ganas de seguir haciendo versos, que me parecían fascinantes en otros pero aburridos en mí. El gran José Hierro me reprochó muchas veces el no escribir poemas y trataba de convencerme de que yo ante todo era poeta y que lo que había en el fondo o el revés de mis artículos era poesía. Pero también había humor y Pepe nunca me dijo que me hiciese humorista.

Lo cierto de todo ello es que mi prosa empezó a funcionar y a leerse mucho porque estaba directamente nutrida de lecturas poéticas. Y no necesito exculparme de plagio porque la palabra poética sólo resuena en el que es poeta. De nada me habría valido leer a los poetas si a esa lectura no respondiese en mí un temblor lírico.

Pero seamos autobiográficos según exige este libro. Puedo decir que yo empecé a leer versos al revés. O sea que no me acerqué a los clásicos hasta haber conocido todo lo contemporáneo, que era mi siglo xx. Estamos ya todos de acuerdo en que el instrumento del poeta es la palabra y aquellos señores antiguos que poetizaban en griego, en latín, en castellano viejo, etc., no podían llegarme como cualquier poeta contemporáneo. Yo necesitaba la palabra actual, temblorosa de inmediatez, vividera y vivible, y lo que se me ofrecía, por mi edad, era un mal rollo erudito de señores con gola. Una vez saturado de modernidad pude volverme hacia los clásicos con pleno conocimiento de las llaves herrumbrosas que abren los alcázares de esa poesía. Pero, para entonces, ya estaba formado. La formación me la había dado la generación del 27, de la que luego hablaré, uno por uno, más algunos americanos, como Neruda y Vallejo, y algunos traducidos, como Rilke. Se aprende más de todo esto leyendo poesía que leyendo tratados de poesía, aunque a mí me gustaban mucho y mi condición de periodista me permitía hacer artículos/ensayo sobre Juan Ramón Jiménez o sobre el último descubrimiento joven. Venido a Madrid, tuve en mis manos la fabricación de

Poesía Española, que me entregó García Nieto como ya he contado aquí.

El primer miembro del 27 que yo conocí personalmente fue Gerardo Diego, que estuvo en Valladolid dando una conferencia/concierto, como acostumbraba. El acto fue por la noche en el Casino de Valladolid. Los poetas locales, de los que ya he hablado, le hicieron o le hicimos corro paseando por los soportales. No sabía yo entonces que iba a ser tan amigo de Gerardo y por tantos años. Como ha dicho alguien, Gerardo tenía cara de pobre y tardaba en arrancar a expresarse como los tartamudos, aunque no era tartamudo. Sus ojos sí eran de poeta, muy claros y siempre abiertos a paisajes que los demás no veíamos.

Con todo y con eso, Gerardo era como yo me lo imaginaba y no me emocionó demasiado conocerle, aunque su poesía me gustaba mucho y de ella recuerdo de pronto algún verso perdido:

Inconsútil, siempre virgen agua...

Vicente Aleixandre, en su libro *Los encuentros*, retrata a Guillén como muy alto y de cabeza pequeña. Así era Guillén, efectivamente, cuando llegó a la provincia, casi de incógnito y yo charlé con él en la casa familiar donde se alojaba. A la entrada de la casa había un gran retrato del poeta, de cuerpo entero, de modo que de clandestinidad, nada. Yo me había enterado por el periódico de su llegada, le llamé por teléfono y luego lo pensé mucho hasta saber qué le iba a preguntar. Pero Guillén me preguntaba a mí continuamente por los poetas jóvenes de la ciudad, por mi propia vocación, por mis maestros preferidos, etc. Yo le conté, entre otras cosas, que el día de mi santo mi madre me había dado veinte duros para que los gastase libremente. En una librería de viejo, donde los dueños tenían fama de rojos, encontré por casualidad el *Cántico* completo de Jorge Guillén.

Valía justo los veinte duros que ella me había dado. Cuando se lo conté, por la noche, solamente me dijo:

—Mejor te habías comprado una corbata.

Aquella primera entrevista duró bastante y salí de ella muy satisfecho. Guillén estaba un poco americanizado con las gafas sin montura y toda la dentadura espectacularmente ilesa. Había abandonado la boina castellana de otros intelectuales paisanos. Empecé a hacer artículos y dar conferencias en el circuito local de la cultura y en el Ateneo del que ya he hablado al principio de este libro. Y ya entonces pude constatar que Guillén era un poeta perfecto, pero perfecto en el sentido de impecable, frío, geométrico, algo tocado por Paul Valéry. Ahora, cincuenta años más tarde, compruebo que no me había equivocado. Su hijo Claudio me insiste en que su padre está olvidado, que nadie habla de él y que esto es una injusticia. Yo le digo a Claudio que cada uno elige no sólo su gloria sino su forma de gloria. Guillén había elegido una gloria hermética, fría, luminosa, perfectísima, quizá olvidando que estaba dentro de una generación en la que destellan García Lorca, Alberti, Cernuda y otros brillantes poetas del sentimiento. Guillén, aboliendo los sentimientos, prefería la estatua en mármol que definitivamente eran sus ideas, sus imágenes, su vida. Claudio tiene ahora ochenta años y él sí que está completamente americanizado con su pelo corto peinado sobre la frente, su ropa deportiva y su aspecto de viejo adolescente.

A Guillén volví a verle, años más tarde, ya aquí en Madrid, en una casa familiar, y luego, casado con su segunda mujer, le encontré en Málaga, donde se había instalado definitivamente, tras el final de la dictadura, retirado de todo y feliz con todo como siempre. Era un hombre que creía en la armonía del mundo y se dejaba llevar por ella. Hacía bromas en la conversación con su mujer, con su joven mujer que ya he citado.

Málaga podía ser para él un manadero de imágenes luminosas, una confirmación de su eterna teoría del optimismo. Pero se había refugiado ya en una poesía de la cultura, que eso sí que es una forma de perennidad de la belleza. Sus paisanos me parece que se acuerdan y se ocupan poco de él. Era el mayor del 27 y murió siendo el más viejo.

Entre el libro de mi santo y el encuentro directo con Guillén, yo pasé una escarlatina guilleniana y probé a hacer ese tipo de poesía, pero me quedaba muy mal. No era lo mío en el fondo ni en la forma.

Siempre nos escribimos mucho. Me leía en cualquier parte, no sé cómo encontraba mis cosas, pero lo mismo desde Italia que desde Estados Unidos me llegaban cartas de Guillén cuando yo ya había elegido otros modelos poéticos, pero seguía fiel a la lectura de Jorge. Estos días anda por aquí su hijo Claudio, ya citado. Es un poderoso ensayista con una cultura universal precisamente porque no se ha especializado en nada concreto sino que está, como esos médicos internistas, especializado en el hombre. Guillén siempre fue elogioso conmigo pero Claudio me ha contado que le dijo su padre, refiriéndose a mí: «No se puede al mismo tiempo jugar y juzgar.» Y yo le digo: «Eso precisamente es lo que usted está haciendo, maestro, con esa aliteración.» Jugar y juzgar. También seguía yo mucho a Guillén por los libros y las revistas. Le pidió una colaboración a Juan Ramón Jiménez para la revista que estaba haciendo y que abrió en primera con un poema de Unamuno, dejando para las páginas siguientes a Juan Ramón. Éste le puso un telegrama lacónico como un dardo: «Quedan retirados poema y amistad.» Guillén jaleó mucho la salida del padre del 27, pero yo creo que el andaluz tenía razón. El poeta absoluto es él y Unamuno sólo es un catedrático que hace versos malos rimando Salamanca con palanca.

Como todos los hijos de grandes hombres, Claudio está sumido en la devoción por su padre y hace bien porque JG es un enorme poeta y sólo cabe decir que tenía un proyecto de juventud que le duró toda la vida. El optimismo. Pero llega una edad en que el optimismo se cuarteo y entonces hay que recurrir a poetizar la cultura, como Guillén, o a poetizar la música, como José Hierro.

Guillén, como todo el 27, se distanció de Juan Ramón, que era el padre, y cuando el padre es tan poderoso acaba por molestar. Claro que Juan Ramón tampoco les quería ver mucho ni muy cerca. Cuando el moguerense supo que Lorca hacía teatro se llevó la mano a la frente y exclamó con pesadumbre: «¡Pobre padre...!»

Una vez fueron Federico y Alberti a visitar a Juan Ramón y éste se quejaba de que no le dejaba trabajar un grillo que había en el patio de la casa. En la visita siguiente los dos jóvenes poetas fueron provistos de numerosos grillos y se los dejaron por todo el piso.

Claudio tiene razón. Su padre era cuando menos un posible premio Nobel. En una dedicatoria Claudio pone que me ve «en filigrana», refiriéndose a mi escritura. Lo de Góngora también es filigrana. No sabe uno si Claudio me critica o me elogia. Lo mismo pasaba a veces con Jorge Guillén. Lo que caracteriza al 27 es el monopolio de la imagen. La mayoría de ellos está en la imagen, en la metáfora, más que en la música o en otros alicientes poéticos. Quizá por eso el 27 fue mi bachillerato lírico. Sigo pensando que la concentración poderosa y adivinatoria de la imagen justifica a Gerardo cuando dice que la poesía no tiene nada que ver con la literatura. Pero está la literatura llena de imágenes, desde Quevedo y Torres Villarroel hasta Gómez de la Serna.

Guillén fue maestro de las imágenes luminosas que deslumbraron mi adolescencia.

Dámaso Alonso nunca me había parecido un poeta, ni físicamente ni, lo que es más grave, literariamente. Dámaso es un sabio, un maestro, y tiene una gran prosa llena de conocimientos y de humorismo. Cuando apenas le conocía como amigo, le vi en la Academia con muy poca concurrencia, contando la vida de un pariente pobre de Góngora. Era un ensayo delicioso o un cuento del hombre fracasado, tema muy de este tiempo pero que Dámaso había arrancado a la biografía mayor de Don Luis de Góngora. Siempre me gustó su atención minutísima a las cosas pequeñas, su visión piadosa y humorística de los hombres y de las cosas. En aquel ensayo o conferencia o lo que fuese, Dámaso manejó como gran prosista la observación, la piedad por el pequeño detalle, la ironía, el dato difícil y gongorino, todo eso.

Después de sus versiones de Góngora, sus estudios y su manera de hacer biografía crítica o crítica biográfica, Dámaso se había distraído contando cosas adjetivas de la vida de Góngora, como el pintor que, una vez completo el gran cuadro, deja escapar una pincelada nueva por aquí o por allá. Todo esto lo admiro yo en Dámaso Alonso mucho más que su poesía, rescatada tarde y milagrosamente por Gerardo Diego para su antología famosa.

En otra ocasión me gustó verle perorar con gran generosidad sobre Pablo Neruda, aquel Neruda que le había insultado literalmente. «Los Dámasos, los Gerardos, los hijos de perra...», dice Neruda en un poema a Federico. En alguna coincidencia, Dámaso ya me sugirió que se había fijado en mí, y eso rebrotaría luego en su íntimo Lázaro Carreter, quien me contó que a Dámaso le había molestado mucho que en una entrevista yo contase que él andaba de capita corta, en invierno, para no pasar frío, en su chalet de la calle Alberto Alcocer, cerca de donde vivía Menéndez Pidal, a quien también yo había entrevistado para *La Estafeta Literaria* o alguna otra revista de ese género. Hoy la casa de Dámaso es un restaurante chino. Parece la última broma del maestro.

Yo era vecino de Dámaso y me lo encontraba en el Banco y por la calle. Dámaso paseaba mucho porque se lo había mandado el médico. Para estos paseos el poeta se vestía como de académico, con cuello duro o cuello de porcelana, como decíamos los chistosos. Llevaba chaqueta y chaleco y en verano sudaba mucho con aquellos paseos. Pero como daba muchas vueltas a la manzana, yo le veía ir despojándose de ropas sucesivamente, hasta quedarse en mangas de camisa, con el cuello de porcelana y la corbata guardados en el bolsillo. Con un gran pañuelo se secaba numerosamente la calva. Durante el paseo se volvía a mirar a todas las muchachas. Algunos días subía a mi casa, justo cuando estábamos comiendo, y me llevaba alguno de sus libros de poemas dedicado. A pesar de que yo sólo publicaba prosa, Dámaso sólo me regalaba poesía. Sin duda, su gran perspicacia literaria había adivinado que yo era un poeta más que otra cosa. Aparte de que le interesaba divulgar sus libros y de que uno de sus grandes tomos sobre Góngora era más caro.

Quizá por eso, por un trastabilleo entre nosotros, se fueron desvaneciendo sus grandes proyectos y los de Lázaro sobre mi persona literaria. A mí todo eso me daba más o menos igual, como lo de la capita corta. Todas estas cosas las estoy pensando ahora, mientras velamos el cadáver de Dámaso Alonso, en su chalet de Alberto Alcocer, con las puertas y ventanas abiertas, esperando a los tíos del entierro. Camilo acababa de volver de Estocolmo, donde había ido con su novia a recoger el Premio Nobel y le pegó una fuerte bronca a Alvar, por entonces director de la Academia, por no haber sabido despachar con todos los honores aquel cadáver. Miguel Delibes, que no ha venido, ha hecho llegar su cabreo por la idea de Camilo de rehacer todo el protocolo minuciosamente. Lo que quiere Camilo, pienso, es desacreditar al director como tal porque el director pensaba ser él, garantizado por su Premio Nobel. Camilo se ha traído de Estocolmo un sombrero negro y duro que se quita y se pone constantemente, porque le debe de ser incómodo con este calor. Se me acerca Rafael Alberti, que está un poco apartado del grupo académico, y me pide que le presente a Camilo. Éste interrumpe su bronca, le da dos dedos a Rafael para que los apriete y vuelve sobre su víctima, que ya no sabe dónde meterse.

Cuando le han preguntado a Alberti por el Nobel de Cela, el poeta ha dicho que bien, que bueno, pero que el chico es demasiado joven para eso. Por una vez en la Historia alguien, en este caso Cela, se ha indignado porque le llamen joven. De ahí lo de los dos dedos, sin quitarse los guantes negros, que le ha ofrecido a Alberti sin mirarle. A mí me tiene dicho Camilo José:

—He visto a tu amigo, el lírico menesteroso, y parece la encargada de una casa de putas de Ceuta.

La Academia es ante todo un feudo de la generación del 27 y Camilón está intentando equivocadamente hacer una brecha en esa generación, que es algo así como la catedral de Burgos de la poesía española y además han hecho de la amistad una especie de juramento de los Caballeros de la Tabla Redonda.

Como los muerteros tardan, y las señoras de los académicos están muy parleras, alguien propone que recemos un rosario. Inmediatamente todos aparecen con rosarios en la mano, salvo Alberti y yo, que nos miramos con pavor. Alberti me hace un guiño pícaro al estilo del Trastevere romano donde él se había criado por segunda vez. Yo no tenía rosario, pero tenía en el bolsillo el pequeño y gran librito de Rafael, creo que último de los suyos, *Roma, peligro para caminantes*. Del libro, que ahora estaba de venta en Madrid, recuerdo que Alberti me dijo en Italia: «Es un libro donde voy abandonando a Góngora y aproximándome a Quevedo. El Barroco es la profundidad hacia fuera, y todo el barroquismo se resume en Quevedo.» Quería decirme, en fin, que estaba pasando de la imaginación a la realidad, las dos formas universales de hacer poesía, como ya lo vio claro Baudelaire, definiéndose a favor de la imaginación. El rosario es como un tren de avemarías. Cuento a los que no tienen rosario ni son académicos. Ramón de Garcíasol, Leopoldo de Luis y quizá José García Nieto, que ha vivido siempre entre la frontera de la Academia y la frontera del santo rosario.

Llegan los muerteros y maniobran el cadáver con dificultades. Cela lo dice como lo diría uno de sus personajes:

—Para esto hay que saber.

Dámaso me apasionaba como ensayista pero no llegó nunca a interesarme como poeta, ni a mí ni a nadie. Su primer libro, su revelación, es *Hijos de la ira*, que tuvo la fortuna de encabezar el movimiento social-realista en España por el sencillo procedimiento de ponerse delante de los demás. Eran los años 40 e *Hijos de la ira* resultó un libro prosaico, agresivo, violento, pero donde, como me decía José Hierro, aquellos hijos de la ira no eran sino humildes pajillas que se hacía un viejo.

La verdadera poesía social la inauguran realmente Blas de Otero, Hierro, Celaya y por ahí. Son los que encontraron la fórmula para redactar una extensa denuncia social con todos los matices y variantes de la vida real, como aquellos versos de Ángela Figuera, famosa por entonces: «Madres del mundo, tristes paridoras.» Otero llega a ser un preciosista del realismo y del misticismo, según sus títulos, que le expresan bien: *Ángel fieramente humano*, *Redoble de conciencia*. Hierro hizo más bien una poesía de lo cotidiano, la lírica del hombre de la calle. Pero nada de esto se encuentra en Dámaso ni en aquellos libros que me subía a casa a mediodía no sé si para mirarle el culo a la criada o qué. Me lo dijo Hierro:

—Demasiado título para unos poemillas de viejo cabreado que no había llegado a hacer de su cabreo una obra de arte.

Se respetaba en Dámaso al hombre sabio, al discípulo de Pidal, al gran prosista, al estudioso de Góngora, y en función de eso se respetaba también su poesía que ciertamente no le gustaba a nadie.

Ahora el taxi corría hacia el cementerio tras la negra furgoneta del muerto. En el taxi íbamos Camilo, García Nieto y yo. Camilo siguió echando discursos contra todo hasta que llegamos al cementerio, donde dejamos el taxi y seguimos a pie la mancha sombría de la prudente multitud que seguía el cuerpo del maestro. Cela se enfadaba ahora con García Nieto porque tampoco había sido eficaz en la tramitación del entierro. Llegó a decirle a Pepe que no había hecho otra cosa en su vida que bajarse los pantalones. De pronto cayó en la cuenta de que un cura predicaba muy alto y me preguntó a mí:

—¿Qué coños dice ese gilipollas?

Yo no sabía qué coños decía aquel gilipollas ni si era tal gilipollas. Me alejé de los dos buscando un sitio donde mear, porque llevaba muchas horas aguantando. Encontré

unos nichos en construcción y allí me desahogué, dentro de un nicho. Pero antes de terminar estaba ya rodeado de fotógrafos y al día siguiente los periódicos se preguntaban en qué nicho iba a orinar Umbral en el próximo entierro. La mujer de Dámaso intentó leer unos versos al marido, pero su tenue voz femenina, atenuada por el dolor, no se oía. Quiso sustituirla un poeta animoso y se cayó dentro de la sepultura, encima del muerto. De pronto me encontré paseando con Camilo por una zona alejada y tranquila del camposanto. Nos cruzamos con Castillo Puche, que sin duda venía a felicitar a Camilo por el Nobel, pero mi amigo no le dirigió la palabra. Le pregunté por qué:

—Cuando salió Pascual Duarte ese señor no sólo quería prohibir el libro sino que pidió que me fusilasen.

Pero yo conocía algo a Castillo Puche y no le veía aplicando penas de muerte. Todos en la guerra habían sido otra cosa, y luego en la paz no se reencontraron nunca.

Volví a Madrid en otro taxi, Camilo y yo solos. Al día siguiente era jueves, sesión de la Academia, y Camilo me vino explicando toda su táctica y su estrategia para acabar con aquellos académicos que no sabían enterrar a un muerto ilustre.

Yo creo que en realidad lo que pasaba es que Camilo había esperado un recibimiento más caliente por la cosa del Nobel e incluso alguna alegría en Madrid. Aquel día aprendió que el tiempo tarda en digerir sus glorias y cuando las ha digerido ya no valen nada. Pero esto no se lo podía decir a él porque me hubiera replicado con lo de bajarse los pantalones, que no sé qué tenía que ver, como a García Nieto, desaparecido por cierto, y quizá harto.

La famosa generación de la amistad, el 27, se iba deshilando con la muerte de unos u otros en España o en el exilio. Dámaso había escrito que Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres. Hoy vamos ya por los cuatro o cinco millones. La poesía tremendista siempre se queda corta. Lo único tremendo es la vida. Cuando paso por delante de la casa de Dámaso veo un restaurante chino y una cervecería. Quizá allá al fondo haya un hombre solitario que bebe o lee y ni siquiera mira a las chicas que pasan.

A Vicente Aleixandre le conocí, como a tanta gente, mediante el procedimiento de la entrevista. Muchas entrevistas me servían para ganarme la vida, pero sobre todo para entrar en conocimiento directo de los mitos vivos de mi pasión literaria, concretamente poética. No sé si lo he contado ya en este libro voluntariamente un poco desordenado, lo cual le da la presencia viva y alborotada que ahora quisiera conseguir. Me refiero a unas páginas sobre Vicente Aleixandre, que allá en la provincia fue uno de los mitos más luminosos de mi precoz y aventurada adolescencia. Yo diría que el surrealismo español de Aleixandre es la poesía más específicamente surrealista de una generación que lo sacrificó todo a la imagen, distanciándose del mito rubeniano de la música, que ya quedaba lejos.

Música hay en Aleixandre, naturalmente, pero una música de amplio pentagrama que no necesita la rima ni la medida para traernos esa ola de luz y temperatura que hay en cada uno de sus poemas. Aleixandre tuvo una enorme influencia en América, donde competía con la fuerza desatada de Pablo Neruda. Hispanoamérica es, como el resto de América, un continente sin terminar, y así es como lo viera Hegel. El poeta americano ha necesitado siempre expresar esa mutilación advertida por Hegel, y que a veces es nada menos que un volcán de riqueza, de vida, de aceleración y descubrimiento. Eso lo da Neruda plenamente y lo da Aleixandre, sin ser americano, por un especial dominio de las fuerzas del tiempo y de la luz. Si leemos despacio, Aleixandre no llega a la violencia fundacional de Neruda, pero su sinfonía de la naturaleza pone en valor todos los enigmas del suelo y del cielo americanos a través de una sutil poetización, de un delicadísimo artificio que viene en el origen europeo de los versos de Aleixandre.

Muchos poetas jóvenes le visitaban por entonces, mediado el siglo, en su chalet de la Ciudad Universitaria, pero yo le adelanté que no era poeta, que no le iba a leer nada, que no le iba a aburrir y sólo quería una entrevista. Aleixandre era un armonioso conjunto de ojos claros, frente rubia, manos largas que sutilmente bogaban en el agua de la tarde. Desde muy joven estaba enfermo y esta enfermedad le creaba distanciamiento. La distancia es prestigio, me ha parecido siempre, y este prestigio es el que aureolaba la poesía de Aleixandre para los jóvenes poetas. Vivía casi solitario en el sitio que he dicho y allí le visité varias veces. Nunca le vi en la calle, por la calle, salvo en su pueblo de veraneo, un pueblecito de Castilla camino de Burgos. Por allí paseamos una tarde hasta sentarnos en el banco de un árbol ancho, muy corpulento, abrumado de su propia sombra, y que era como el escudo vegetal del pueblo. Vicente —ya me permitía llamarle Vicente— tenía siempre mucha luz en torno a sí, donde estuviera, y la cualidad áurea de su persona se repartía por la cabeza, los brazos, por todo el cuerpo. Tocado siempre de ese ardor de luz, digamos que no podía escribir de otra forma sino como lo hacía.

Le visitaban mucho los jóvenes poetas de la generación de los 50, como ya se ha dicho: Bousoño, Claudio Rodríguez, Valente, etc., y más tarde Gimferrer, que era el más cercano a él en cuanto a suntuosidades de la palabra. Le pregunté quién era el más famoso del 27 y me dijo hábilmente que en el 27, como eran tantos, siempre se habían ido sucediendo, cediéndose la antorcha unos a otros.

—Yo, por unas razones o por otras, siempre he estado presente entre los jóvenes. He tenido esa suerte.

—¿Y por qué les preocupan a ustedes tanto los jóvenes?

—Ellos son el futuro, en ellos pervivimos y al mismo tiempo nos traen lo venidero, la poesía que ya está naciendo.

Vicente Aleixandre vivía con una hermana en su chalet de Madrid, y recibía casi siempre recostado en la cama, reposando, pero hablaba mucho y movía las manos como dejando las palabras en el aire.

Pese a lo que hemos dicho de su renuncia a la musicalidad rubeniana, lo cierto es que en sus largos versos suenan muchas cosas, y esto se advierte mejor si leemos a Aleixandre en prosa, donde desaparece la magia y se le caen las palabras al suelo. A mí me sigue gustando la poesía de Aleixandre, que me viene pregnada de latitudes y recuerdos adolescentes, pero comprendo que su momento celestial ya pasó y no sabemos si volverá.

Aleixandre, como toda su generación, conservaba el rito elegante y literario de la correspondencia. A mí me escribía muchas cartas con su letra bella y azul. Yo en mis artículos pedía con frecuencia el Nobel para Aleixandre. Era una manera de molestar al Sistema, pues Aleixandre tuvo categoría de exiliado interior. Pero lo cierto es que un día le dieron el Nobel, años después que a Juan Ramón, que lo tuvo en el 58, creo, dándome ocasión de debutar en el periodismo radiofónico con un poema en prosa sobre el viejo maestro, aunque ahora no recuerdo bien si en aquellos años 50 Juan Ramón ganaba el Nobel o se moría o asistía a la muerte de Zenobia, allá en Puerto Rico, donde el poeta andaluz había encontrado otra Andalucía y otro mar que para él era el mismo. En cuanto al Nobel de Aleixandre, fue una alegre sorpresa, pero Aleixandre no era un poeta político y el Sistema no se sintió dañado por la audacia de Estocolmo. Así iban cayendo los hombres y los mitos del 27, pero el Sistema no caía nunca y yo era ya un escritor de nómina en mis días felices de Argüelles. A veces miraba hacia el Norte buscando el chalecito de Aleixandre, pero a lo mejor Aleixandre estaba ya muerto o ciego como la última vez que le vi, en la consulta de un médico, tan cordial como siempre, pero viviendo en sombra, él que había sido el capitán selvático y domeñador de la luz.

En total puedo decir que yo conocí personalmente a cinco hombres del 27. A veces he

dado alguna conferencia sobre ellos con este título enigmático: «5 del 27.» Al final de la conferencia venía Eduardo Haro Tecglen a decirme: «bueno, ya nos has demostrado que sobre el 27 lo sabes absolutamente todo. Yo me voy a cenar».

Siempre gravitó sobre mí el primer surrealismo de Luis Cernuda, el más lejano de todos y el más solitario. Gerardo me contaba que en cierta ocasión, hallándose Cernuda muy mal de recursos —como toda su vida, por otra parte—, los del grupo decidieron hacer una colecta para ayudar económicamente al amigo. Le encargaron a Gerardo recaudar el dinero y entregárselo al sevillano en nombre de todos. «Luis cogió el dinero, lo guardó y se marchó sin despedirse y sin darme las gracias. Así era Luis, no un malvado, pero un hombre que sufría mucho por todo.» Hoy está de actualidad el Cernuda tardío, confesional y desesperado, pero a mí me gusta más el otro, el que había empezado pareciéndose a Guillén para pasar luego al surrealismo francés que practicaban algunos de ellos en el grupo, grupo que nunca lo fue para Cernuda, pues era hombre de soledades y lejanías.

Otro tanto pudiera decirse de Juan Larrea, el gran amigo de Gerardo, sumergido siempre en sus desapariciones y en su gorra. Gerardo, como hombre bueno, acababa siendo el único que trataba a los intratables. Cuando Alberti volvió tumultuosamente a España, yo vi a Gerardo haciendo cola toda una tarde para saludar al viejo amigo, pero cuando se acercó a él Alberti le dio una mano distraída, no se puso de pie ni sonrió. Claro que aquí entraba el caso político. Gerardo y Dámaso eran los únicos del grupo que se habían quedado en España, en la España de Franco. Ninguno de los otros se lo perdonó, y tuvieron conciencia del inmenso vacío en que habían quedado. Gerardo en mayor grado que Dámaso, pues yo creo que era hombre más sensible. En Dámaso había una inesperada y divertida punta de cinismo.

Con otros escritores españoles del exilio pasaron cosas aún más disparatadas. Un día, Juan Ramón Jiménez, en Buenos Aires, se acercó a visitar a Ramón Gómez de la Serna, que tanto tenía que ver con el 27 y con el propio Juan Ramón. Pero el creador de la greguería, sabiendo que Juan Ramón estaba abajo, le habló a gritos desde la escalera: «¡No subas, Juan Ramón, malvado, que en tu último libro escribes dios con minúscula. No subas porque no voy a recibirla!»

Y no lo recibió.

Ramón había hecho una visita fallida a Madrid y ya no volvió a España, pero esto se debía a la influencia de su mujer, Luisa Sofovich, aquella judía argentina que le tenía perfectamente dominado. No sé si he contado en estas memorias el entierro de Ramón, pero recordaré ahora que estuve almorzando con la Sofovich en el hotel Fénix y me dijo, comentando la muerte de su marido: «Ahora me toca a mí.»

Le tocaba, por lo visto, hacer unos artículos cortos y vacíos en *ABC* evocando mayormente la tumba de Shakespeare. Aquel Madrid del Sistema era realmente inhabitable y Luisita, como la llamaba Ramón, se volvió a América llevándose tan sólo, de aquel Madrid que odiaba, el recuerdo secreto y en blanco de un hombre del que se enamoró aquí: Juan Belmonte.

La memoria me trae y me lleva sobre este punto interesante: el distanciamiento entre Ramón y el 27, que no es cosa de la guerra sino muy anterior. Casi todos tenían una intoxicación de greguerías. Véase *Pasión de la tierra* de Vicente Aleixandre, allí donde dice que las viejas respiran por sus encajes. Nunca negaron a Ramón pero eran escuelas literarias y sociales completamente distintas. Ramón aún creía en una bohemia románticoide y sabatina, que cultivó toda la vida. Los del 27 eran unos señoritos universitarios que vestían como diplomáticos y habían heredado el purismo y el ascetismo de Juan Ramón Jiménez. Cuando la Guerra Civil, estas frecuentes diferencias sociales tomaron cariz político. Es decir, que Ramón era un señorito de derechas que jugaba a la última bohemia y ellos eran unos republicanos cultos que habían comulgado con la deshumanización del arte de Ortega. Jorge Guillén me dijo

una vez como confesándose: «He dudado mucho antes de meter la palabra *nieto* en un poema.»

Efectivamente, todos ellos se habían conjurado a muerte contra el prosaísmo, hasta el punto de que hoy me asombra ver, en un libro de Claudio Guillén, su admiración y el estudio sobre el populismo o popularismo de Rafael Alberti. Todos ellos admiraban mucho a Lorca, pero en secreto suspiraron de alivio cuando Federico se dejó de cantes jondos y epopeyas gitanas.

De lo antedicho podemos deducir que el 27 se dividía en greguerizantes y anglosajones, en catedráticos y vagabundos. Pero con el tiempo y los libros, años y leguas, la obra total del 27 resulta globalizadora, vuelta sobre sí misma como un modelo de la gran poesía europea posterior a Baudelaire.

16. Los premios

En el año 2000 me daban el Premio Cervantes de Literatura, después de que yo hubiera obtenido el Príncipe de Asturias de las Letras, el Nacional, el de la Crítica, el Mariano de Cavia, el de Periodismo y otros muchos de novela, ensayo y relato corto. A estas alturas podría decir que uno tiene buena mano para los premios, con lo cual me he evitado el resentimiento, según sentenciaba el otro. En 1975 ganaba el Nadal de novela y así sucesivamente, hacia atrás y hacia adelante. Esto de los premios es una cosa que se espera con nerviosismo y se olvida con melancolía, o ni siquiera eso.

Uno no sabe bien todavía si los premios edifican una sólida carrera literaria o más bien llega uno a hacerse soluble en sus premios, y los amigos y enemigos, que son indeclinables, pueden maltratarte igual por muchos premios o por ninguno. La gloria, la fama, el prestigio. Todas esas cosas parece que son como espirituales, pero la multitud no tiene espíritu y se rige por las marcas, como la moda. Luego las marcas pasan y al escritor se le olvida, como tenemos olvidados a todos los plusmarquistas de la literatura. A los clásicos se les almacena en una tienda de antigüedades sólo visitada por la carcoma de los eruditos y a los contemporáneos se les entierra vivos para que dejen paso a los jóvenes a quienes están esperando sus flores naturales y sus novias.

Lo mejor, pues, es desentenderse de los premios y trabajar en lo que a uno le gusta, cosa que casi nunca es lo que les gusta a los demás. En 1975 yo escribía diariamente en *La Vanguardia* y semanalmente en *Destino*, de modo que era bien conocido en Barcelona y mi visita a la ciudad para recoger el Nadal la recuerdo como un éxito. Hablé mucho en catalán con los escritores catalanes, pero lo único que se me ha quedado fue una conversación con José María Pemán, que estaba ya completamente sordo. Nos traducía una hija suya. Pemán fue el prototipo de escritor del Sistema, pero a mí me caía bien porque era asimismo un articulista nato, más lo que había aprendido de Ortega. La derecha no ha vuelto a tener un escritor tan culto, tan ameno y tan periodista.

Para cobrar el Príncipe de Asturias fui a Oviedo en avión, un avión que parecía populoso de premiados. Allí, durante el viaje, charlé con Adolfo Suárez, que llevaba con mucho humor su cesantía. También hablé con periodistas y amigos. En el periodismo actual se ha puesto de moda ir a buscar al famoso para anticiparse a los colegas que le esperan en el aeropuerto. O sea que hay que llegar a la meta con la noticia ya puesta, habiéndose adelantado a los periodistas locales. El acto lo presidían la Reina Sofía y el Príncipe, que aún no había descubierto a Letizia pero andaba muy cerca porque, como se sabe, Letizia es asturiana.

El Campoamor es un teatro muy hermoso que cuando se llena de gente nos devuelve al mundo elegante y peculiar de *La Regenta*. Leí un discurso donde glosaba a los otros premiados, uno por uno, siguiendo la norma imprescindible de elevar la anécdota a categoría, qué hubiera hecho uno en esta vida sin la sugerencia sutil y precisa de Eugenio d'Ors. Entre los otros premiados tenía yo amigos como Adolfo Suárez o Indro Montanelli, el gran periodista italiano, muy alto, muy viejo, muy ingenioso y acompañado de dama. Con Montanelli había tenido yo tertulias en Plaza Navona cuando Montanelli aún dirigía periódicos y hacía política. Era un conservador revolucionario, especie política y paradójica que se da mucho. También estaba el filósofo Julián Marías, que no me perdonaba mi indiferencia juvenil ante Azorín. Tampoco en Oviedo me la perdonó, pero a mí ya me daba igual. Él y su grupo, en Madrid, eran una interesante secta de intelectuales del Sistema, o sea el Movimiento, que se habían creado su mitología, como toda secta, y en esta mitología eran intocables Azorín y Baroja, pero uno no cree que en la literatura haya nada intocable, y ésa es su gloria y ventaja. Lo cual que, dejándome de literaturas, me puse a bailar con Carmen Tamames y otras bellas amigas. Mi discurso iba en prosa medida, era una especie de artículo largo y lírico como le hubiera gustado a Mallarmé. Uno cree que

para las cosas habladas o leídas hay que cuidar más el sonido que el sentido, pues a la gente le gusta que le halaguen el oído mientras piensa en sus cosas.

El Premio Nacional de las Letras Españolas me lo daban poco después en la Biblioteca Nacional, en una especie de gran tertulia que formamos a la puerta, bajo una lluvia otoño/primaveral. Luego la cosa se puso más seria cuando entramos en la Biblioteca a hacer un poco de cultura, pero no olvidaré aquella cita matutina en el Paseo de Recoletos, con premio, conversación y televisiones, porque desde algún tiempo había observado que donde voy yo va la electricidad. Y eso es hoy la gloria: electricidad.

Ya he dicho que en el 2000, para inaugurar el siglo, me dieron el Cervantes, que los periódicos llaman el Nobel español. Yo diría que mis mosqueteros en este premio eran Camilo José Cela, José Hierro y el crítico Miguel García-Posada. Parece que yo tenía enfrente a la Academia, o eso decían los más auspiciados. En cualquier caso, estos mis mosqueteros se batieron muy bien y me fueron fieles. Cela parece que habló con el marqués de Tamarón, que era el elemento frágil o diurético, pues alguna votación le cogió orinando. Se dice que hubo movida y yo tenía la casa llena de periodistas. Emma Rodríguez, de mi periódico, *El Mundo*, me había hecho una entrevista anticipada. A las seis de la tarde llamaba Marino Gómez Santos con una información equivocada que había recogido en un taxi. Poco después llamaba el Rey para felicitarme y enviarme un abrazo. Creo que esto ya lo he contado en algún otro libro o en este mismo. Pero la noticia me la dio Pilar del Castillo, por entonces ministra de Cultura y bella colegui mía en los tiempos de la extrema izquierda, de donde la había sacado José María Aznar.

La entrega de este premio en Alcalá de Henares reunió una mañana al todo Madrid. Recuerdo a Cela en primera fila, a Leopoldo Calvo Sotelo, al pintor Álvaro Delgado, del que guardo un antiguo y valioso retrato, a Cayetana de Alba, que me traía el último y conmovido abrazo de Jesús Aguirre, y a mucha más gente, claro. Se esperaba a los Reyes para empezar y les vi de pronto acercarse desde el fondo del paisaje, como si vinieran a caballo, como si aquello fuese un western o una visión de Don Quijote, que no podía andar muy lejos de allí. Con ellos venía Aznar, entonces presidente del Gobierno, y venía su mujer, Ana Botella. Aznar me dijo:

—Con todo lo que tú has escrito contra mí, aquí me tienes a entregarte este premio.

Ana Botella me había escrito aquellos días una carta: «Enhorabuena por tu Premio Planeta.» Nunca le conté a Ana que el Cervantes no es exactamente el Planeta.

Después de este premio máximo empecé a notar un vacío en mi vida, una placidez, un estado sonámbulo y definitivo. Ya había terminado la dura lucha del hombre contra las Instituciones. Por una vez había ganado el hombre. Mi carrera estaba concluida y mis sueños consumados. Afortunadamente, la literatura no tiene jubilación. Siempre quedan unos años de plenitud antes del olvido decisivo. Pero viví ese respiro de la obra completa. Sólo me quedaba la paz y escribir lo que me diese la gana o no escribir nada. Fueron unas vacaciones en el limbo de los justos o seno de Abraham. También advertí que este premio realmente removía algo en mi vida y en la sociedad. Yo había ascendido en no sé qué invisible escalafón. Me trataban de otra forma, me rondaba algún prestigio que yo no podía ver pero los demás sí. Incluso llegaba tarde a comer con el Rey y no pasaba nada.

17. Los anglosajones

En estos días le han dado el Premio Cervantes del 2004 a Rafael Sánchez Ferlosio. Rafael es un hombre que lleva siempre la polémica consigo o tras de sí. Aunque el premio parece que se concedió pronto y bien en un almuerzo entre dos escuetas mitades, luego la prensa ha debatido la personalidad contradictoria y polémica de Ferlosio, a quien unos consideran el mejor escritor del momento y otros critican como un elitista dotado y violento. Sin embargo, todos los columnistas, cansados ya de guerra política, han hecho su columna literaria sobre el frondoso tema de Ferlosio, pero hay dos temas adyacentes que nadie ha tocado, y entonces me he decidido a hacerlo yo: estos temas son el padre de Ferlosio, Rafael Sánchez Mazas, y el grupo literario, un grupo o plan o secta muy definido dentro de Madrid y que uno llamaría, para ir empezando, los anglosajones.

Por mi parte, he dedicado al tema Ferlosio dos artículos, uno sobre Cervantes y la novela y otro sobre el citado Sánchez Mazas, de quien parece que nadie se acuerda. Me interesa insistir, siempre que hablo de Cervantes, en una idea modestamente subversiva. El *Quijote* no es una novela convencional, modélica, perfecta y geométrica, aunque en España y en el mundo nos la prediquen como tal. El precio y la gracia del libro están en su carácter disparatado, que Cervantes toma de los libros de caballerías y adapta muy bien a la peripecia española de cada día, haciendo aflorar toda la riqueza de personajes y situaciones que esconde en su silencio lírico el campo manchego y toda la tierra de España. El *Quijote* no es un argumento corrido sino una acumulación habilidosa de entuertos y tropelías. Cuando acaba un suceso empieza otro, o bien Cervantes se da un descanso echando a hablar a Don Quijote, que predica para Sancho y para las aves del cielo.

Dice Borges que el vaivén de la prosa quijotesca, entre la retórica del caballero y el populismo del criado, constituye el mayor encanto de la obra cervantina. La novela modélica y clausurada como un cofre se haría más tarde en Rusia y Francia, la harían Tolstói y Balzac, más el milagro lírico y épico de *Los miserables* de Víctor Hugo. El *Quijote* es más bien una obra subversiva, a veces desordenada y siempre muy vivida y muy escrita. Cervantes escribió una novela moderna que se anticipa a todas las licencias y pluralismos de la narrativa del siglo xx.

Al principio de la segunda parte del libro *Don Quijote* se reconoce como protagonista de una famosa novela que anda ya por las calles de Madrid. Este detalle por sí solo sería un rasgo de modernidad, y lo es. Otro momento vanguardista del *Quijote* es la visita de los dos caminantes al pueblo del Toboso, en mitad de la noche, con una oscuridad absoluta, la oscuridad del siglo que Don Quijote resume en una frase muy glosada: «Con la Iglesia hemos topado, Sancho.» Pero el capítulo da para mucho más. Digamos que a tientas los dos viajeros llegan a la fuente del pueblo, que habla en la noche. El tiempo pasa lentísimo o no hay tiempo. Don Quijote, íntimamente, teme que llegue el día, pues Sancho le ha llevado allí a visitar a Dulcinea en su palacio, pero el hombre racional que hay dentro del loco sospecha de la realidad de Dulcinea, como todos nos quedamos desalojados cuando empezamos a sospechar de la realidad de nuestras convencionales realidades, desde el amor hasta el triunfo. Sancho, por su parte, sabe muy bien que a Dulcinea la inventó él en el Toboso y que no es más que Aldonza Lorenzo, una campesina de jóvenes abundancias que sin duda despertó al macho en el cansino Sancho Panza. ¿Y qué se va a inventar él para calmar a su señor cuando éste vea que no existe palacio ni princesa, como no existe sublimidad en el mundo ni verdad en lo sublime? A mí este capítulo me recuerda *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett.

De Rafael Sánchez Mazas creo que nos ocupamos en el capítulo dedicado a la generación del 36. Me parece que su personalidad y su obra explican por reflejo o respuesta muchas cosas de Ferlosio, y esto tiene mucho interés humano y literario. En

resumen vengo a decir que Sánchez Mazas, por limitaciones de la época, del Sistema y de su propia personalidad, dejó en proyecto un entendimiento más libre y menos académico de la literatura, y ese entendimiento es el que está realizando su hijo no tanto por vivir de las rentas familiares como porque lleva dentro los mismos estímulos fundamentales. Hay mucha clave personal en Ferlosio, aunque el público se limite a salvarle o condenarle en solitario, sin tener en cuenta que viene de unas influencias que ahora matizaremos. A poco de llegar a Madrid fui descubriendo que hay en su mundo literario o político o social una especie de sectas que se diseñaron pálidamente en la infancia y ahora están en el poder, con Franco y después de Franco, con lucimiento o en penumbra. Así, los que han estudiado juntos, frecuentado el mismo colegio, los que se han paseado largamente por la Universidad. Los que analizaron la Guerra Civil como asunto de sus padres, los que tienen más o menos dinero. Por lo que se refiere a la literatura, un becario pobre nunca escribe igual que un burgués adinerado. No vamos a hacer demagogia con este asunto, pero está claro que la alta burguesía segrega entre nosotros unos grupos intelectuales que antaño cuajaron en torno a Ortega y hoy, como no hay Ortega, cuajan en torno a sí mismos. Hemos hablado páginas atrás de la distancia que se abre entre Ramón y el 27, siendo tan afines literariamente. No es una distancia literaria sino social, de clase, de educación, de influencias extranjeras, más francesas en la pequeña burguesía y más anglosajonas en la alta burguesía cultural. Dentro de este grupo o taifa está Ferlosio con sus amigos, Juan Benet, Javier Marías, Martínez Sarrión, Javier Pradera, Luis Martín Santos, Gil de Biedma, Carlos Barral y algún otro catalán limítrofe.

Recuerdo que el editor Vergés, creador del Nadal, se sonreía irónico cuando estos escritores trataban de descubrirle, por ejemplo, a Conrad, que él había leído a los veinte años. Esta generación de los anglosajones ha querido hacer literatura inglesa, esnob, sabia, cosmopolita, para españoles, pero algunos de los más leídos no pasaron nunca de los quinientos ejemplares.

Frente a la hipotética anglosajonización de España ha persistido la tradición española que renace briosa con Cela y madura sobre todo en la poesía con nombres como Blas de Otero, José Hierro y Claudio Rodríguez. Las dos Españas se manifiestan aquí con toda evidencia, pero apenas he visto algún estudio o ensayo que trate el tema de estas dos Españas literarias no políticamente, sino sociológicamente. El caso es que Ferlosio, dentro de la fraternidad, viene a resultar algo así como la exageración del modelo, entre el continuo desacuerdo y el elitismo intelectual que va dispersando en obras menores y mayores. Digamos que Ferlosio es el poeta maldito, el niño terrible de una generación de gente bien que asimismo tiene algo del ejemplar 27.

18. Los social/realistas

Conviviendo con los que hemos llamado anglosajones estaban ahí los social/realistas, cuyos nombres ya hemos dado, por lo que se refiere a los más importantes. El social/realismo, como toda escuela, busca su antecedente glorioso, que en este caso es Don Antonio Machado. La elección nos parece un poco forzada. Machado cuidó siempre la forma, cuidó mucho la tenue música de su poesía, crecida al ras de la prosa. Los del realismo socialista, por el contrario, persiguieron una poesía prosaica y una prosa voluntariamente desprovista de todo encanto, salvo la moraleja social del asunto. Habían llegado a un preciosismo inverso, el preciosismo de la pobreza, la miseria y el asco, no sólo en el tema tratado sino en la manera de tratarlo.

Y estoy hablando de Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ángel González, etc. Era una poesía política que venía del neorealismo italiano. La literatura fue desechada como tal literatura e incluso el archicitado Ferlosio quiere tener su aventura social/realista, *El Jarama*. *El Jarama* le pareció a la crítica el mejor libro del género, y seguramente lo es, pero tiene artificio. El artificio es una novela sin argumento, un estudio gramatical, un diccionario, digamos, del lenguaje popular como los que luego se hicieron con el cheli en la Transición, y allí está el nombre de Ramoncín.

Ferlosio, que es un erudito emocional, disfruta cuando encuentra neologismos como «navajómetro» o «paellómetro». Esto nos pasa a todos los hablantes lo mismo con un hallazgo popular que con un medievalismo. Pero es difícil que una novela de destinatario popular, como es la ganadora de un premio, encuentre plena aceptación entre su público. Lo mejor que pasa en *El Jarama* es que no pasa nada. Esta novela fue una moda y hoy nadie la lee. El propio Ferlosio decía ayer que detesta ese libro. Quiso hacer la novela de un socialista que se baña en el Jarama, como los pobres, y le salió un ensayo erudito y un poco tedioso.

Siendo todos jóvenes, Vergés quiso celebrar algún aniversario del Nadal y yo le propuse otorgar un Nadal de Nadales, o sea elegir el mejor de los premios otorgados hasta entonces. Pero Miguel Delibes protestó diciendo que ya se sabía el resultado: todo el mundo iba a elegir *El Jarama*. Hoy por hoy, Delibes dice en todas las entrevistas que Ferlosio es el mejor de todo lo actual.

Lo que sí era aquella novela es la obra magna del social/realismo, como que no era social/realismo sino el realismo observado por un señorito, quiero decir por un escritor muy culto que había entrado en lo castizo madrileño como podía entrar en el arameo de Cristo.

De ahí para abajo, los del realismo socialista creían de buena fe que escribir mal era un signo de distinción, una identificación con el pueblo. Naturalmente, de aquello no ha quedado nada porque además la escuela tuvo un fin radical, que fue la ascensión del joven Gimferrer a los cielos. Me trataba yo con un grupo de poetas jóvenes que se marginaron del realismo, socialista o no. Este grupo nace de la revelación de Claudio Rodríguez, una especie de Dylan Thomas español, bebedor y siempre joven, que ha quedado, digamos, como el Rimbaud irlandés. Entre la lectura de Thomas y el lenguaje campesino español, Claudio había encontrado una fórmula personal, adolescente, creativa, a la que sólo amenazaba una cierta reiteración. Pero aquello ya no era realismo socialista, gracias a Dios, sino la auténtica asunción de un lenguaje novísimo que se ejercitaba en el experimentalismo sin perder el perfume ni la música de las más profundas ojivas de una agricultura así como eucarística.

Pero la poesía social proliferó en toda España, ya que para escribir eso no había que ser poeta. Bastaba, según caricatura de Pepe Hierro, con decir que España era una Virgen atravesada, como las Vírgenes de Semana Santa, por los cuchillos de la Pasión, y esos cuchillos eran sus ríos. Los poetas sociales, puestos a hacer lirismo, no daban para más. Pero la censura les dio libre curso porque la poesía no la leía nadie y además no se entendía, aunque fuese social.

Dentro de mi grupo, que acuñé en torno a Poesía Española, estaba Diego Jesús Jiménez, que era el mejor de todos, con influencias de Claudio. Estaba Mauro Fernández Dios y estaba Velázquez, un chico fino y tímido que producía poco. Después de la poesía como compromiso, estos jóvenes poetas traían ya la poesía como poesía. Entre unos y otros estaba Carnero, que tenía cosas de Gimferrer y era de lo mejor.

Ya está dicho que el social/realismo, de mucha producción, muere frente a un solo libro: *Arde el mar* de Gimferrer. Un social/realista tardío fue Eladio Cabañero, albañil de Tomelloso que hacía una poesía narrativa, sentimental, muy verdadera y llena de delicados aciertos, con más tendencia a César Vallejo que a ninguno de los poetas sociales. Hoy, en la poesía y en la prosa se vuelve a olvidar la literatura y los best/sellers de tres meses descubren glorias efímeras todos los días.

19. Mortal y rosa

No sé ahora quién fue primero, si el niño o el libro. Quiero decir que un niño entrañable o un libro entrañable se instalan en nuestra vida con naturalidad y silencio. Vienen desde siempre y van más allá de nuestro siempre. Uno se encuentra metido en faena, metido en niño, metido en libro sin saber bien cómo ni cuándo. Hay cosas que enriquecen la vida, como un libro o un niño. Los escritores sabemos bien que no es un tópico eso de haber parido un libro o haber escrito un niño. Lo que no comprende uno es cómo su propia vida ha podido llegar hasta aquí sin libro, sin niño, sin algo.

A lo que más se parece este dulce intrusismo de las cosas es al amor, claro. El amor no necesita decir su nombre porque ya sabemos que es el amor. Una dimensión enriquecedora de nuestra vida de la que no se sabe, ya digo, cómo habíamos podido prescindir hasta el momento en que aparece. Yo estaba sentado a mi máquina con toda naturalidad escribiendo de un niño real que primero había sido un niño literario. El niño había traído consigo a la madre como un gato trae otro si nos hemos portado bien con él.

A la madre, sí, la trae el niño, el hijo, y no a la inversa. La madre no tiene cualidad de madre hasta que no se la da el hijo. Éstas son reflexiones que hago ahora sobre mi libro, pero creo más o menos que la cosa fue así. Tampoco sé cómo empecé a escribir el libro, *Mortal y rosa*, y cómo Pedro Salinas, el único 27 con el que no me había comunicado nunca, me hizo llegar esos dos versos luminosos y absolutamente certeros, de los que a mi vez pude sacar el título del libro. Sólo recuerdo que escribía sonámbulo, por las noches, con mucho valium, a solas en la casa. Una traductora del libro al francés me dice que la frase que más le impresionó fue ésta: «Estoy oyendo crecer a mi hijo.» Estaba oyendo crecer a un niño, al mundo, a la noche, a esa cosa maternal que tiene la luna cuando se queda preñada. El libro iba creciendo mientras lo demás iba muriendo. El libro ocurre en una casa, en un hospital, en una playa y poco más.

Por el libro pasan los tucanes y todas esas aves acuáticas de las que dijo Quevedo, por el exceso de su pico, todo tú eres cuento de niños. Por el libro pasan los montones de fruta como incendios de fuego azul, los niños aplastados por una camioneta, los parques alegres con una alegría un poco cementerial, los caballos de peluche, que son los que más corren, y los señores austeros, de bata blanca, que calculan con una varita en la mano la duración del día, la duración de una vida. Por el libro paso yo, desesperado o dormido de valium y cansancio, por el libro pasa la madre, pasa una madre, pasan todas las madres en vela, por una razón o por otra, y todas son madres del niño que se duerme en una mecedora. Yo soy más madre que todos los padres.

Cuando recibió el paquete, Vergés, el editor, me dijo «esto sí que había sido un Premio Nadal». Pero el Premio Nadal ya me lo había dado y el hombre no sabía qué darme a cambio de un libro que le emocionaba tanto. Sin embargo, *Mortal y rosa* no fue una revelación, un estallido, nada inmediato, sino que se fue abriendo paso poco a poco y yo esto lo advertía por los conocidos y desconocidos que cruzaban la calle para felicitarme. Las mujeres, directamente, lloraban. De entre los hombres, recuerdo a Carlos Saura como el más conmovido, emocionado y contento con el libro. «Qué bien, Umbral, que hayas hecho este libro, qué alegría me has dado, qué bien para todos.» En todo entusiasmo personal hay siempre unos elementos diversos que llevan al estado de sinceridad y comunicación. La primera traducción de *Mortal y rosa* me la localizó Pitita Ridruejo en una librería de Nueva York. Luego han venido todas las demás traducciones, tesis, estudios, ensayos, cosas. Me avergüenza todo lo bueno que se dice de este libro porque yo sólo pretendía hacer el diario íntimo de un niño y sus tucanes.

Hay unanimidad, esa unanimidad sincera que se da en la vida, pero no en la política, en torno a un libro mortal y rosa donde dejé rubricada para siempre la muerte y la rosa,

la infantil muerte color de rosa.

Tengo traducciones al holandés de este libro y también a otros idiomas, y lo que me asombra es que la sensibilidad humana sea tan unánime y lo que emociona en Ámsterdam pueda emocionar igualmente en París o Madrid. Así pues, es un libro que me permite creer en la unanimidad del bien, aunque en sus páginas se predique con mucha insistencia el mal.

Por fin la literatura sirve para algo cuando a mí me fascinaba por su inutilidad. Sirve para que las gentes de cualquier país lean y sientan y vivan y mueran lo mismo que las gentes de otro país. A partir de ahí podríamos entendernos un poco, digo yo, me parece a mí. *Mortal y rosa* salió en 1975 y su vigencia es creciente. Ayer mismo he recibido otra traducción al francés de manos de una traductora belga. Los hombres se limitan a gestionar la traducción de lo que les gusta, pero las mujeres, además, te comunican o te devuelven todo lo que les ha dado el libro.

Un crítico literario diría que *Mortal y rosa* es la antinovela lograda porque cuenta los itinerarios de la nada para resolverse en nada absoluta. Lo dejo para otro día, pero quizá siga escribiendo cosas sobre *Mortal y rosa* porque el libro tiene más vida que yo.

20. Poesía lírica

Empecé muy pronto a escribir poesía lírica, pero me asustaba todo el andamiaje de las rimas, los acentos, las medidas y las musicalidades. Me parecía un error eso de meter el caudal de mi prosa en una escalera de versos que constituían en realidad un problema matemático. De modo que, cuando adolescente, seguí leyendo verso y prosa hasta que me di cuenta de que lo que yo buscaba en la prosa era la poesía. Cazaba imágenes en los versos y gracias a esas imágenes aprendí a hacer las imágenes en prosa que darían alguna consistencia a mi escritura.

Todo esto yo solo y siempre a solas. Tardé mucho tiempo en comunicarme con alguien sobre mis maniobras literarias para encontrarle un camino a mi prosa. No me faltaban imágenes, metáforas, para nutrir un poema y darle corporalidad lírica. En este libro he escrito que el 27 fue mi bachillerato literario. El 27 es una generación que opta unánimemente por la imagen, dejando atrás la música de Rubén. Había que curarse hasta el final de la convalecencia modernista y estos poetas lo hicieron muy bien.

Llegado que hube a la conclusión de que yo en la prosa también buscaba poesía, dediqué mis mayores lecturas al verso y cuando escribía algo en prosa abiertamente lírica quedaba bastante satisfecho del resultado. Fue cuando empecé a publicar en revistas universitarias alguno de aquellos artículos líricos como un poema. Baudelaire, con su *Spleen de París*, me mostraba el camino. Mallarmé, con su exaltación del artículo y del fragmento, me persuadía de seguir por ese camino. Claro que, sin pasar al francés, también en castellano encontraba modelos, desde Quevedo y Torres Villarroel hasta Ramón Gómez de la Serna, las abundantes prosas de Juan Ramón Jiménez e incluso algunos articulistas de prensa, como Foxá, Ruano y Eugenio Montes. Por ahí empecé a ver mi camino profesional de prosista creativo, eso que Lázaro Carreter, con alguna ironía, llamó «prosa de arte». Y otros, entre el elogio y la condena, periodismo lírico.

El problema estaba resuelto, pero yo abandonaba la poesía en verso como se abandona una novia adolescente. Lo que yo hacía era ya un oficio y alguna vez me pondría a escribir abiertamente en verso. Poeta fundamental, siempre me ha producido una cierta timidez eso de escribir poemas, verso libre o verso académico. La poesía me inhibe un poco, también como una primera novia.

Pero ocurre, por otra parte, que nunca he necesitado la poesía para vivir, para cobrar, y esto, aunque parezca un poco cínico, me ha alejado del género. Soy un convencido, pues, de que eso que llamamos poesía, ese temblor, esa luz, puede vivir igualmente en los versos de Juan Ramón que en la prosa de Gabriel Miró. *Mortal y rosa* es un libro muy lírico, pero es una novela o una antinovela, que viene a ser lo mismo. Sólo escribo poemas cuando me enamoro, pero ya me enamoro poco y los sonetos amorosos me parecen un juego de viejo verde.

En este momento en que escribo me parece que la poesía está en baja. El último gran poeta en sentido absoluto, José Hierro, se nos murió hace unos meses. Los jóvenes poetas andan algo perdidos buscando una poesía sencilla, narrativa, que no acaba de salirles. Los grandes poetas ya no me envían sus libros y he descubierto que lo que pasa es que ya no hay grandes poetas. Y los jóvenes, cuando hablan de poesía, se remontan a modelos extranjeros, como Bukowski, Patty Smith, etc. Los viejos modelos del 98 y el 27, o siquiera de los años 50, ya son poco frecuentados.

Por mi parte, he dedicado libros enteros a García Lorca, Gómez de la Serna, y muchos ensayos a Juan Ramón, Jorge Guillén, etc. La poesía sigue siendo uno de los motores de mi escritura, pero cada vez me voy más atrás en las influencias o las abandono definitivamente. La impregnación poética de mi prosa creo que se percibe todavía con intensidad. Dijo Eugenio d'Ors que el dibujo es la honradez de la pintura. Digo yo que la poesía es la honradez de la prosa. Creo que sigo siendo honrado.

El poeta más vigente en mí es Pablo Neruda, que dio y tomó mucho del 27. El verso

libre de Pablo Neruda es quizá el que me ha calado más profundamente. Hay lagunas en mi prosa donde si se metiera la mano saldría, sin duda, algo de Neruda, una palabra, un adjetivo, una imagen, una sorpresa. Neruda es uno de los poetas más fuertes e impregnantes del castellano. Pudiéramos definirle como el 27 americano, cosa que también ocurre con César Vallejo, pero en Vallejo se ve más al cholo, al manito, al desposeído. Neruda, por el contrario, nos comunica una impresión de poderío que se fija en nosotros para siempre. Recuerdo que cuando compré y llevé a casa *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, a mi madre le pareció pornografía y hube de esconder el libro, pero, como casi todo el mundo, me lo sé de memoria, aunque para mí el gran libro de Neruda es *Residencia en la tierra*. Ésa es la poesía que quisiera uno hacer, pero ya está hecha.

21. El Rey

El Rey Juan Carlos empezó a ser el Rey de los españoles en aquel famoso 23/F que ya se ha contado aquí. Quiero decir que la monarquía era un sombrero que no le sentaba bien al pueblo, como antaño los chambergos de Esquilache. Pero la conducta y aparición de Juan Carlos en la noche trágica de España nos hizo creer en él. Un mensaje urgente y de pocas palabras, emitido por un hombre de buena voluntad y aspecto honrado, puede tener más eficacia que todos los convenios, constituciones, promesas y solemnidades. Aquel hombre venía de Franco, pero la noche de los capitanes le puso de parte de los civiles y entonces empezamos a considerarlo como nuestro. He contado aquí que cuando yo salía de casa de Natanael, aquella mañana, ya teníamos Rey.

Y es que habíamos comprendido una cosa muy importante: que Juan Carlos era un hombre de acción y eso siempre mueve más la Historia que un Rey intelectual. Entonces principia la verdadera vida social de la Corona y los Reyes reciben en la Zarzuela a un millar de españoles, a una millenta de patriotas, intelectuales, escritores y gentes de la nueva situación. Y de la vieja, porque recuerdo a Antonio Díaz Cañabate, el revistero taurino, chancleteando por los pasillos de la Zarzuela para conocer al nuevo Rey, él que había conocido al anterior, a su abuelo, mayormente de los toros, que eran los dos reyes de la plaza, el borbónico y el golfo de buena familia.

Anualmente, el Rey sigue recibiendo a la intelectualidad en el aniversario de Cervantes, que es cuando se otorga el Premio Cervantes de Literatura. Al principio, aparecían en estas reuniones los distinguidos de las Letras, una especie de cortesanos ilustrados que parecían dispuestos a empeñar su republicanismo por no perder el favor del Rey. Con los años y los desengaños, estos autoaristócratas comprendieron que el Rey hacía democracia con todo el mundo y que no iba a distinguirles a ellos. A mí me lo dijo en una de aquellas reuniones:

—Yo no sabía que había tantos escritores. Tú los conocerás a todos.

—A todos, majestad, y además los he leído.

Yo tenía a mi izquierda a Luis Rosales, el monárquico hiperbólico de lo venidero, y tenía a mi derecha a algunos de la banda de los anglosajones, que ya se han citado aquí. Actualmente, estos festejos se van desvaneciendo porque los elitistas dejaron de asistir a la cita con el monarca, y allí sólo quedaba una buena gente de la izquierda y la derecha, democratizada en todo y en el fondo satisfecha.

Quizá para conservar el espíritu de aquellas recepciones se montaron otras en los Jardines de Sabatini, mucho más numerosas, más seleccionadas de público y más trasnochadoras. Era ya la época de Felipe González, que acudía con su bella Carmen Romero, o quizá no acudía, pero allí estaba ella con sus armoniosas túnicas blancas y griegas para redimirlo todo como la reina socialista visitando a la Reina Sofía. Yo bebía mucho vino y solía sentarme con Luis Berlanga y familia.

El pueblo de Madrid estaba allí fuera, en Santa María de la Cabeza, asistiendo al espectáculo y el banquete. Aquéllos fueron algunos de los momentos delicados de la monarquía, pues tenían un sabor de siglo XVIII, cuando el pueblo, en cualquier capital de Europa, se arrastraba hambriento a los pies de los caballos orleanistas o borbónicos. Yo vivía a fondo aquellas jornadas, pero me sentía inseguro, como si estuviéramos haciendo algo mal hecho, y así debía de ser, porque este festejo se suprimió pronto y con él la vergüenza de los grandes automóviles y los pequeños mendigos.

El pueblo hace muy bien su papel de comparsa de la Historia cuando se le da la oportunidad y algunas monedas. Pero yo hubiera dicho con Ortega «no es eso, no es eso». De pronto recordaba uno, entre las tertulias y los escotes, que estábamos en un socialismo recién estrenado, y se sentía como un susto en la sangre. Uno cree que allí, en los Jardines de Sabatini, bajo el cielo del verano, en el cumpleaños del Rey, en la

caliente y fugaz noche de San Juan, empezó a desvirtuarse y empecatarse el nuevo socialismo madrileño.

En estas mutaciones sucesivas la corona fue perdiendo primero a los intelectuales, luego a los mendigos, etc. No se podía hacer una política de masas y entonces el Rey empezó a hacer su política personal tratando a los españoles de uno en uno. Juan Carlos había encontrado su camino o su estrategia. Es un hombre de simpatías y ocurrencias, dotado de lo más popular de los Borbones. Parece como si flotase por sobre su condición de Rey, procurando no profundizar demasiado en las cosas. Claro que luego ha tenido otros golpes de audacia como el del 23/F, donde se ha comprometido él y ha comprometido la corona con frecuente éxito. Hoy podemos decir que Don Juan y el General Franco, tan dispares, acertaron en la elección del chico.

Juan Carlos es un español de la calle y por eso entiende bien a los españoles. Yo hablé una vez con él al costado de un jarrón del Palacio Real tratando de «cielo» a la Infanta Elena, que hoy sigue siendo amiga mía. Pero aquello de «cielo» sobresaltó mucho al monarca:

—Vámonos, hija, vámonos, que este hombre tiene mucho peligro; acaba de conocerte y ya te llama «cielo».

Y se la llevó. Era una manera graciosa y hábil de resolver la situación. Juan Carlos no quería utilizar contra mí el protocolo y entonces utilizó un recurso festivo, la tutela sobre su niña.

En cierta audiencia le elogí unos zapatos de ante. Se quitó uno de ellos y me lo mostró en detalle:

—Yo te mandaré el catálogo por si quieres una cosa igual.

En otra ocasión festiva le enseñé una corbata de Leopoldo de Luis, cuyo dibujo era la rúbrica de Carlos III. Leopoldo y yo debatimos si le debía regalar aquella corbata monárquica al Rey, pero éste interrumpió el debate:

—Tengo cinco.

Debiéramos haberlo supuesto, pero también hubo mucho humor por parte del Rey. Cuando me dieron el Premio Cervantes me llamó por teléfono para felicitarme, y yo le atajé:

—Pero usted no para, majestad. Esta mañana los blandros y ahora los escritores.

Esto le hizo reír y acabamos con un abrazo telefónico. Él entiende mi humor y yo entiendo el suyo. El fotógrafo Schommer estuvo encargado de hacerle una foto con la gente de su generación. Recuerdo que le rodeábamos Manuel Vázquez Montalbán, Umbral, Montserrat Caballé, Luis del Olmo, Adolfo Suárez, Pujol, Antonio Gala, Hermida, Gutiérrez-Caba, Lina Morgan, Polanco, Mariano Rubio, Núria Espert, Halfter, etc. Hicimos muchas pruebas, como es habitual, y al Rey se le salían siempre los pies de la foto, y Schommer le mandaba repetir hasta que Juan Carlos dijo: «Bueno, pues yo los pies me los corto.» Juan Carlos es el personaje adecuado para el papel de Rey. Exhibe una gran diplomacia de Escuela, que le viene ayudada por su natural sentido del humor y su absoluta desenvoltura a la hora de actuar. Muchas veces le dan un papel para leer por televisión y yo sé que todo aquello lo hubiera dicho él mismo con mucha más viveza y personalidad. Sabe muy bien hasta qué punto se puede ser Rey en la España de hoy, hasta qué punto se puede ser Rey en el mundo de hoy. Ahora mismo, cuando escribo estas líneas, tengo ante mí una foto de Prensa donde Juan Carlos aparece dándole un cordial y correcto abrazo al separatista Ibarretxe. Ibarretxe parece haber recibido un calambrazo. La amistad de un Rey parece cosa muy importante, pero a la larga vemos que no sirve para mucho. Lo importante de tener un amigo Rey es tener un amigo y basta.

No cabe esperar gran cosa de los Borbones, pues ya empezaron anunciando, o dando a entender, que no iban a ser palaciegos y no querían formar una Corte. El Palacio de Oriente, donde el último inquilino fue Don Manuel Azaña, sólo lo utilizan para

recepciones y fiestas. La Reina Sofía concede un premio de poesía y es reconfortante verla, ella sola, entre la docena de buenos poetas que aún tenemos en España, dedicando una velada completa a la poesía. Poca gente ha asistido a esta ceremonia, donde la Reina aparece más Reina, más mujer y más exquisita que nunca.

Yo cuento con que el Ejército no es demócrata, no puede serlo por una imposibilidad metafísica. Entonces, el Rey es necesario porque al Rey sí le obedecen los generales, y he tenido una sensación de inseguridad y provisionalidad, desde mi alma republicana, cuando he visto a un Felipe González con gabardina azul o a un José María Aznar con bufanda presidiendo bajo la lluvia los Ejércitos Españoles.

22. Natanael

Natanael casó con hombre rico y tuvieron muchos niños, pero seguía conservando su pequeño apartamento de Argüelles, y allí tocaba el violín casi todas las tardes, desnuda como siempre pero luciendo el grande y hermoso vientre blanquísimo de la preñez. A mí me gustaba pasar la mano por esa esfera cálida y viva recordando muchas cosas, muchos años. Sin duda, ya habían terminado mis días felices en Argüelles. Ahora tenía menos días felices y menos Argüelles, pero sí más éxitos, más trabajo, más premios, más nombre y desde luego no era más feliz. Natanael había afinado mucho su violín, que ya no prestaba a los amigos como metralleta para matar a los guardias del FRAP. Ya ni siquiera había FRAP. Habíamos acabado con todo y todo había acabado con nosotros. Éramos una raza carnívora y filosofante. Natanael se perdía en la espesura de la maternidad, como una Virgen de Mantegna. La vida es eso, que todos vamos retirándonos a nuestros bosques particulares con la esperanza de que en ellos nos entierren.

Un día, yo citaba a Natanael en un artículo. «Natanael, Natanael.» El marido leía el periódico durante el almuerzo, como todos los maridos, y le mostró a ella la palabra delatora.

—Bueno, respondió Natanael con su cinismo delicado y femenino, no pone más que el nombre.

Y dijo él:

—No, si lo que me molesta es el tono.

O sea que el tono había salvado el tiempo, el espacio y el periódico, mi periódico.

23. El Rastro

Aunque he nacido en Madrid nunca me tocó vender lotería por esos barrios infames. Pero sí recuerdo un Madrid de alambradas, estatuillas y relojes que no sé si eran el Rastro de toda la vida, conocido por la literatura o el rastro de la guerra, con farolas que se habían mantenido milagrosamente en su esquina a pesar de todos los bombardeos, ternes, y algunas con su bombilla encendida, pues aquélla fue una guerra que se hizo a la luz de candelas y bombillas, como preparándole el decorado a Picasso para su *Guernica*. Madrid, desde que llegué hasta hoy, conserva sus ruinas, que no llegan a ser prestigiosas pero valen dinero y siempre hay una señora elegantita con su sombrerito de lana cardada, una señora que va a misa o va de compras o sencillamente va de paseo y cruza entre las rejas y las suciedades sin romperse ni mancharse. Los viejos obispos de Madrid, que empezaron ya de obispos, andan por la calle llevando algún sacramento y considerando los milagros, los purgantes y las aguas de Carabaña como la salvación eterna de una ciudad que no tiene salvación, pero sigue siendo la capital de una taifa de locos y hurgamanderas.

Madrid ya no cree en Cascorro ni en los vinos de Valdepeñas o de la tierra, pero es una ciudad vinícola que toma siempre tinto con el cocido. Dijo Ramón que Madrid es moro y esta morería lleva siglos compravendiendo cosas con ruedas y cosas sin ruedas, pues lo que importa es el arte de compravender, que ayuda a vivir, y hoy mismo he visto un moro con turbante blanco de coleta y abrigo de espiguilla, manos hinchadas y un anillo en el meñique. Es el moro de la morería al que se refiere Ramón cuando dice que Madrid es moro. Hay paraguas con cabeza de moro y un moro con nariz de judío y un pequeño capirote que le orientaliza.

A las corralas las han encalado, pero les ha salido una floración de herrumbre y árboles secos, todo con el color de diciembre. La gente lee los periódicos por la calle como toda la vida, pero los periódicos son otros y han cambiado el alma de los madrileños. Antes de terminar este libro, *Días felices en Argüelles*, me pareció que al volumen le faltaba algo y me he bajado al Rastro, donde ya no está la casa en que nací, pero sí hay ruedas, muchas ruedas, como entonces y estas ruedas parecen los astros muertos de un planetario que se ha venido abajo. Hay otras ruedas onduladas, que son relojes parados implacablemente a las dos en punto, la hora en que les llegó el óxido como les llegará a nuestros huesos.

Lo que más vida le da al Rastro son los vendedores ambulantes, manoseadores y tramposos, que rifan cosas y usan puños muy largos y blancos para que se vea la honradez de su trato. Yo he bajado bastante al Rastro, tampoco demasiado, para comprar vírgenes y candelabros o para vender aquel santo de piedra que Gallan y yo robamos en Santillana, ustedes se acuerdan, Gallan la yanqui, con la que pasé más tarde una noche de ginebra y fuego en la Bowery neoyorquina.

Esta mañana he bajado al Rastro, ya digo, para despedirme, o más bien para despedir este libro, estas memorias, pues en el Rastro está el poso de Madrid, el arranque de los caminos que llevan a Andalucía, Marruecos y Canarias. En el Rastro sigue habiendo muñecos duros, antiguos, como aquéllos de antes, que se rompían mucho, y revistas en francés. Hoy, para un niño, la rotura de un muñeco sería como la muerte de un hermanito porque ahora los muñecos no se mueren, son de materias muy modernas, sin la antigüedad de la porcelana. Tampoco las mujeres son ya de porcelana. Lo que veo son muchos Cristos a mitad de camino entre el culto y la ganga, y pieles de gato, desastrosas pieles de gato. Decía Ramón que los gatos son todo espíritu y lucidez mental y por eso no se puede embalsamar a un gato, porque se le vuela el alma y ya no es más que una especie de perro puesto a secar al sol.

Lo que se ve son menos medallas, crucecitas, banderitas y cosas de llevar encima, porque las condecoraciones se han pasado de moda y los políticos ya no se condecoran tanto unos a otros, sino que a la salida de las Cortes dejan de ser

enemigos y se toman juntos unas copas en el Palace, que está frente por frente de los leones. Llaves, muchas llaves oxidadas antes de que la casa se caiga. O quizá sean las llaves de los judíos que salieron de España olvidándose de las llaves, con las prisas. Eran aquéllos que entonaban: «Perdimos la bella Sión, perdimos también España, nido de consolación.» Ya no quedan puertas claveteadas, como unas que yo me compré para hacerme una mesa de comedor. Lo que sí quedan son muchas esquelas, todas las que le sobraron al muerto cuando echó la cuenta de parientes y amigos y, naturalmente, se equivocó. Van cerrando las fumisterías para poner bares de alterne y bares de ambiente: estos últimos son los de los homosexuales o sarasates. Los chaperos pasan aquí más disimulados y mejor vestidos, se conoce que son los primeros en recibir la ropa del difunto y se lo compran todo con el dinero que les dio otro difunto por un encule.

También hay trajes de novia transparentes, muy pulcros, muy femeninos y sostenidos con pinzas de la ropa. Toda la lencería blanca y fina no deja de tener algo erótico de habérsela puesto la muerta para pasar la tisis que no pasó. Aquí se ven abrigos de piel, que son los que ahora usan las pobres, pues las ricas van de paño o en pañales, según la fiesta. Efectivamente, nunca vendí lotería en el Rastro, pero a veces vuelvo a mi origen, como para despedirme y vuelvo a ver ese puré de cementerio que es el mercado de ruinas, y las grandes llaves entre las que estará la de mi casa natal.

Se venden enchufes y pipas para el tabaco. Hasta aquí no ha bajado todavía el cáncer del tabaco, que sólo arruina a los santos, no sabemos si es que los santos fumaban mucho o que la falsificación aguanta poco. El primer bidé que vino a Madrid, el que escandalizó a las madrileñas porque era para lavarse la cosa, esa cosa que no había que lavar nunca. Churriguera llena de volutas y lujuria los grandes espejos que no hay porque no nos reflejan. A lo mejor es que ya no estamos y no lo sabemos. El Rastro, que antes era una fiesta andrajosa, ahora le pone a uno triste y desde luego los espejos insisto en que no me reflejan. Estoy ya fuera de mi libro.

Epílogo

Mi vida, aunque no muy movida, no creo que dé sólo para este puñado de páginas que ahora sopeso antes de enviarlo a la editorial. Quiere decirse que se me deben de haber olvidado muchas cosas, quizá las que más lucen en unas memorias, que tampoco he querido demasiado sistemáticas o minuciosas, sino como un airón de tiempo y vitalidad que debo recoger antes de que se apague.

El epílogo de un libro habría que ponerlo al principio porque luego cuesta despedirse y quisiera uno seguir refugiándose todos los días en estas páginas, que son al mismo tiempo una inmersión en el agua bautismal de la literatura y una huida hacia tiempos más felices o que ahora nos parecen tales, porque conservan un resol de juventud que se irá empalideciendo. Ahora comprendo que escribir unas memorias, aunque ligeras como éstas, es más metafísico y corazonal de lo que uno pensaba. Me cuesta dejar este libro porque me ha hecho mucha compañía durante los meses de su escritura. Y no porque haya pensado mucho en él, que no ha sido así, sino porque de pronto abrí un espacio inédito en mi vida, una cancha libre y aireada para correr en todas direcciones y contarle todo de cualquier manera. Hacer estas cosas más cuidadas supone caer en la erudición, y la erudición es la carcoma de estas antigüedades en que acaban siempre unas memorias.

Escribo este epílogo como echando la llave, como poniendo el candado a un tesoro mínimo de recuerdos que no quisiera perder, pero tampoco me importa demasiado conservar. Lo que de verdad me apetecía era escribir el libro y escribirlo así, a ojo de mal cubero, jugando a la chapuza nada menos que con mi propia vida. Ya ha escrito uno algunas memorias pretenciosamente trascendentales y literarias. Aquí, ya lo he dicho, he querido ser más periodista que literato, por la liberación que eso supone. Memorias periodísticas, pues, por la manera de estar escritas y porque su tema principal yo creo que es mi vida de periodista, o sea mi vida sin más. Ahora echaré un ojo a ver si se me ha olvidado algo, pero no pienso perseguir demasiado los olvidos porque son como los espacios en blanco de un libro o de un periódico, algo que airea y le quita pretensión a nuestra escritura.

Me gusta, en realidad, que las memorias queden así, con sus personajes, sus viajes, sus chicas, sus premios, sus vivos y sus muertos, que tampoco hay que contabilizarlos demasiado porque entonces se vuelven mercancía y dejan de ser estilo, escritura que se dice ahora. Estamos a mediados de diciembre del 2004, a favor de la mayor soledad posible. Como he escrito hoy en la columna de mañana, con las corbatas que me manda Cuqui Fierro y los pasteles que me manda Inés Oriol, más algunas otras regalías, puedo montar mi navidad previa, porque a lo mejor cuando venga la navidad ya no tengo gana. El otro día he cenado con Pedro J. Ramírez, con Agatha, que está más mujer y más amiga, con los ministros Zaplana y Bono, de la derecha perdedora y de la izquierda tardoleonesa de Rodríguez Zapatero. Seguimos con la política, que es nuestro fútbol, porque arreglar no vamos a arreglar nada. Cósima, mi ahijada, ha cumplido catorce años y es ya una Lolita ambigua, como todas, que no sabe uno hasta qué punto ha llegado en su instinto femenino o en qué punto se ha quedado. En cualquier caso, está preciosa, inquieta, y coquetea sin saberlo. Pertenece todavía al futuro y eso le da un prestigio a sus ojos y su cuerpo.

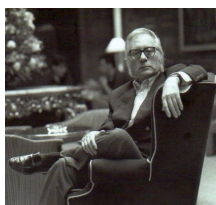
Las chicas de las tesinas, como siempre, traduciendo *Mortal y rosa*. Me escribe sobre esto una belga impetuosa y una valenciana que se interesa más bien por mi columnismo. «¿Qué le motiva a usted para escribir todos los días?» El sueldo, hija, el sueldo. Ya prefiere uno ser lacónico y un poco cínico a ser pedante. Ayer vinieron dos chicas de una revista femenina a hacerme fotos y preguntas. A estas niñas del periodismo les gusta coquetear con los viejos. Yo, por mi parte, insisto en la línea dura de un cierto cinismo porque me aburren las explicaciones profesoriales que ellas no van a entender.

Siempre viene gente por aquí a llevarse los últimos tesoros, que en mi caso son de hojalata.

Estamos a viernes y el lunes vendrán a recoger este libro para la editorial. Por cierto que un cámara de televisión me ha preguntado el otro día:

—¿Pero usted todavía escribe?

—¿Y usted ha escrito alguna puta vez?



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1936-2007). Desde los años sesenta se dedica, profesionalmente, a la literatura y el periodismo. Se le ha definido como «el mejor prosista en castellano del siglo». Su novela *Mortal y rosa* (1975) es considerada una de las obras maestras de la segunda mitad del siglo XX. *Las ninfas* ganó el Premio Nadal ese mismo año. La obra de Umbral ha merecido, entre otros reconocimientos, el Premio Mariano de Cavia, el Premio González Ruano de Periodismo, el Premio de la Crítica, el Premio Príncipe de Asturias en 1996, el Premio de Novela Fernando Lara 1997 con *La forja de un ladrón*, el Premio Nacional de las Letras en ese mismo año, el Premio Víctor de la Serna en 1998 y, en diciembre de 2000, el máximo galardón en lengua castellana, el Premio Cervantes.

Entre sus obras destacan *Un carnívoro cuchillo*; *Los helechos arborescentes*; *El socialista sentimental*; *Madrid, tribu urbana*; *Trilogía de Madrid*; *La leyenda del César visionario*; *Diario político y sentimental*; *Historias de amor y Viagra*; *El hijo de Greta Garbo*; *Cela, un cadáver exquisito* y *Los metales nocturnos*.

Un ser de lejanías, su primer título tras el Premio Cervantes, ha sido comparado a su obra cumbre, *Mortal y rosa*.

Después de fallecido, se ha publicado, en 2008, *Carta a mi mujer*, una emotiva epístola dirigida a su esposa, María España, que el autor escribió durante los veranos de 1985 y 1986.